

105



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la Dirección de Patrimonio Documental de la Oficina del Historiador de La Habana con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

Perfil institucional en Facebook
Patrimonio Documental
Oficina del Historiador







ALHAMBRA



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORICADO
DE LA HABANA

Crítica, mayo 18/34.

Se acabó el filón de la vieja mina de plata. — De tabaquero a director. — "Cancán" y rumba. — "Cocktail" fin de siglo. — Perfecto viceversa cubano: en "Alhambra", teatro picaresco, lo que valía eran los hombres. — Los efectos de la fosilización. Tres generaciones de cubanos desfilaron por la platea. — Anarquía, indisciplina, mala administración; la enfermedad de "Alhambra" es la enfermedad de Cuba.

A "Alhambra" el viejo teatro alegre de la calle Consulado, acaba de cerrar sus puertas. Se ha hecho la oscuridad en el anciano caserón, donde durante más de cuarenta años consecutivos actuaron las huestes regocijadas y picarescas de Regino y de Villoch. Ya todo es sombras en el apollillado escenario, que supiera — en el curso de los años — del hablar reposado de Gustavo Robreño, de las contorsiones inigualables del "gallego" Otero, de la verba endiablada de Sergio Acebal, de las estupendas caracterizaciones del viejo Regino, del notable temperamento artístico de Blanca Becerra, de las rumbas de la "Chelito", de las "brincas" de Pepe Serna y de la máscara de alegría con que cubrieran sus íntimos dolores de todo género las muchachas del coro... En ese escenario que fué testigo, en las pos-

trimerías del pasado siglo, de los éxitos de "Pirolo", el hermano de Regino y — al decir de uno de sus contemporáneos — "ayuno de cultura, pero, ello no obstante, poseedor de una gracia inagotable que hacía desternillar de risa al público, apenas asomaba por el foro su auténtica nariz de gran histrion, aditamento facial que fué, sin duda, el factor principal

de su muy justa fama de gracioso".

La "Alhambra" ha cerrado sus puertas. Por última vez ha caído el viejo telón. Y las huestes de Villoch y de Regino han sido aventadas. La noticia, indiferente para la juventud, ha de haber emocionado profundamente a los mayores de treinta años. Porque "Alhambra" — cuya fama en época ya lejana traspuso las fronteras naturales de la patria — era, realmente, pese a lo que han dicho en todo tiempo sus eternos denostadores, vírgenes del calor popular y divorciados de la realidad ambiente, una institución nacional. Por la platea de "Alhambra" han desfilado, en el curso de los tres lustros, tres generaciones de cubanos y cuantas figuras de relieve internacional, artístico o periodístico, han pasado por La Habana y han gustado de saborear un plato de fuerte sazón folk-lórica... Y más de una dama también, picaresca y curiosa, sentirá al leer la noticia la nostalgia de los días lejanos en que, cubierta por velo espeso, penetró

en uno de los famosos "grillés" en busca de pimienta con que sazonar la horrible monotonía de su existencia burguesa.

* * *

En "Alhambra" — y he aquí algo que seguramente ignoran muchos

— no fué cultivado siempre el género cubano. Fué inaugurado por una compañía de zarzuela española, a cuyo frente figuraban, como "estrellas" del conjunto, Carmita Ruiz y Blanca Vázquez; la misma Blanquita que, años más tarde, ya consagrada totalmente al género vernáculo, logró ser una de las artistas mimadas del público. Hoy se dice "estrellas"; entonces se decía "divas". Pero aquella temporada fué lánguida al extremo. Y el teatro se "cerró por reformas", que es la mentira piadosa con que se entierran las temporadas fracasadas.

El 21 de Febrero de 1891, "Alhambra" volvió a abrirse, con una compañía de sabor criollo, que finalizaba sus obras típicas con el contraste de los "cancanes" franceses y las rumbas del barrio de Jesús María. Un "cocktail" fin de siglo... ese siglo XIX que murió sin ver ni el avión, ni la radio... ni el "cocktail".

La novedad gustó; pero el empresario se dió cuenta de que necesitaba urgentemente de la colaboración de un director con fibra para disciplinar al conjunto por su capacidad y su energía. Repasó nombres mentalmente. Solicitó de sus amigos que lo ayudarían a encontrar el individuo capaz de empuñar el timón de la nave farandulera. Y, al fin, decidióse a sacar de la tabaquería de Calixto López a un sobrino de éste — nombrado Regino — que cultivaba como "amateur" el teatro.

Trabajo costó convencer a Regino. Este no se decidía a ser profesional. Prefería continuar como aficionado, trabajando en los beneficios y en las veladas que se celebraban en "La Caridad" del Cerro, en Guanabacoa, etc., donde tenía como compañeros de escena a la señorita Margarita Pedroso, al licenciado Alfredo Zayas y al "Conde Kostia".

Al fin, razones de pesos, más que "de peso", convencieron a Regino. Y éste tiró la chaveta e instaló su taburete de director en el escenario de "Alhambra".

La compañía fué reorganizada. Entraron nuevos elementos y, al ser inaugurada la nueva temporada de género

cubano, figuraban al frente de ella Inés Velasco, la veterana muerta hace pocos años; Enrique Castillo, el inolvidable "viejo"; Enrique Prado y Manolito Areu.

El empresario — que se llamaba Narciso López, como el General venezolano — que le dió a Cuba la vida y una bandera — acordó con Regino llevar a escena obras criollas que se apartaban del género "bufo", entonces en auge en Cuba, un género que había tenido los honores de la exportación, en "tourneés", por las repúblicas del Caribe, de las compañías de Miguel Salas, Mellado, la Meireles, la Moncau, etc.

Fué un éxito que duró treinta años; treinta años de aplausos, de risas, de entradas formidables y de recaudaciones estupendas. Treinta años en que "Alhambra" fué una mina de plata...

* * *

LOS más populares autores y actores del patio han pasado por "Alhambra". Agustín Rodríguez — que triunfa hoy al frente de su compañía en el "Martí" — se inició en "Alhambra", donde estrenó durante muchos años. Igualmente, Gustavo Sánchez Gallarraga, Gustavo y Carlitos Robreño, "Pepe" Sánchez Arcilla, Antonio Caetell, "Pepín" Rodríguez, "Manolito" Más y su fraternal "Calvo" López, ese sainetero de alma que es "Cacharrito", y muchos más, olvidados ya, muertos en la memoria de los espectadores, que es la peor de las muertes para el hombre de teatro.

* * *

EN cuanto a los actores, ¿quién no los conoce? ¿Quién no los ha aplaudido? ¿Quién no ha olvidado alguna pena riendo sus gracias inagotables? Caso único en la historia del teatro picaresco universal, "Alhambra", templo de la sicalipsis, teatro para hombres solos, escenario pecaminoso y excomulgado, tenía su máxima atracción en los actores del sexo feo. Acebal, Robreño, Regino, "Pancho" Bas, Otero, "Pepe" del Campo, y otros y otros más; "chulos", "jallejos", "astorianos", "molatos" de la farsa, fueron siempre las grandes "estrellas" de "Alhambra". Sólo una mujer los igualó en popularidad, y hacía papeles de característica: la inigualada Eloísa Trias.

Otro "viceversa" muy cubano, el escenario de "Alhambra" que, entre las

PRIMONIO
UMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

condiciones y el telón de fondo, oía estallar todos los dicharachos más rudos del léxico del solar, y veía los gestos obscenos subrayar la frase pleéyca, era, por dentro, un templo de seriedad y de orden. El único camerino en el que se recibían visitas era el de Gustavo Robreño, el cual, noche tras noche, en los años de auge del teatro que fué una mina de plata, se transformaba en una especie de Ateneo en que se discutía de todo menos de política y de amor. El camerino de Robreño, con su saloncito anexo, ha visto desfilar muchas más personalidades y oído más conversaciones serias que el despacho de la Presidencia de la República o el confesonario de Su Ilustrísima el Arzobispo de La Habana.



ALLI era visita fija aquel inolvidable Ministro de Italia que batió en La Habana el "record" de la simpatía, Stefano Carrara, poeta y hombre de "sprit", que pronunció en el Cementerio de Colón el chiste mejor que haya burbujeado en las avenidas umbrías de la ciudad de los muertos. Era el año de 1917 y habían fallecido en menos de quince días dos ministros extranjeros: el de Brasil y el de Chile. Menocal, al saludar en el cementerio al Ministro Carrara, le dijo en son de broma:

—Cuidado, Ministro; que están ustedes embullándose demasiado con la muerte...

Y contestó Carrara:

—Excelencia: es la única forma que tenemos para comunicarnos con su Ministro de Relaciones...

Hay que saber que en aquella época era Secretario de Estado el cicatero doctor don Pablo Desvernine, huraño, muy extravagante y tocador de violín, que, en ocho años de ministerio, no les dió a los diplomáticos acreditados en Cuba ni una taza de café ni un cuarto de hora de entrevista en serio. Don Pablo es espiritista; de allí el chiste graciosísimo de Carrara.

Una noche el célebre actor italiano Ruggeri visitaba a Robreño y éste aca-

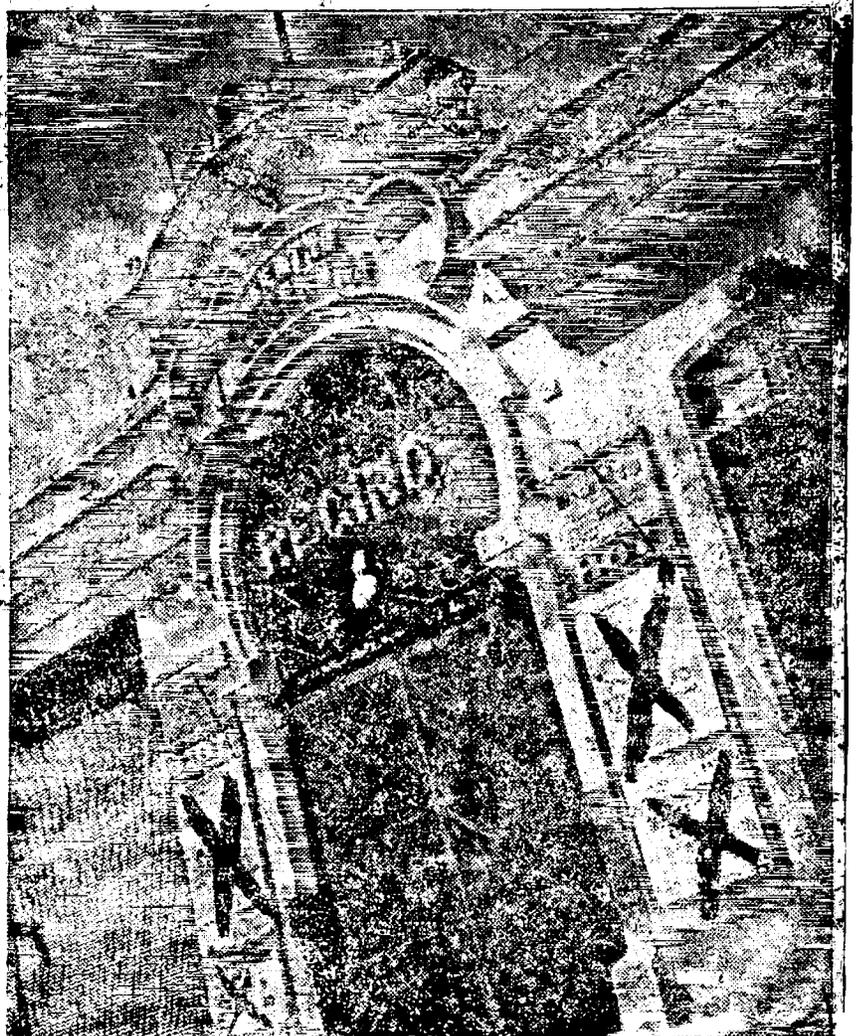
baba de manifestarle que el escenario de "Alhambra" era la cosa más seria del mundo, cuando estalla a pocos pasos una bronca "fenómeno". Corre Robreño a informarse, y al minuto regresa, orondo y satisfecho. La "bronca" la había provocado el cancionista Petrolini, un italiano, que le había roto por celos la guitarra en la cabeza al tenorcito Colombo, roba-corazones de los escenarios de aquellos tiempos. Hoy Petrolini es un actor de fama europea. En el escenario de "Alhambra", aquella noche, no era más que un marido cornudo que se había dado cuenta.

Gustavo Robreño, que dió tema a "Alhambra" con su "Napoleón" y sus inimitables creaciones de "Pote" y del andarín Carvajal, ha de llorar hoy la muerte del viejo teatro al cual dió lo mejor de su espíritu, en el cual transcurrió su juventud, vió llegar la madurez, asomar las canas de la vejez... Sólo que, al contrario del Abencerraje, no tiene que lamentar errores. Si llora, llora como hombre lo que como hombre defendió... Pero no era el amo.

Y llorará, ya sin miedo a rayar de blanco el tinte negro de sus inimitables caracterizaciones, Sergio Acebal, que llena las páginas más brillantes de nuestro teatro vernáculo. Ha sido un maestro inigualado en la caracterización del negrito dicharachero, chulón, jactancioso, jaquetón, vago y jugador, y en la del negro catedrático, parlanchín, gárrulo, ampuloso, disparatero.

Y Adolfo Otero, el "jallejo" incomparable, el "gallego" por antonomasia. Muchos han querido imitarlo, remedando hasta sus mínimos gestos y su andar que, él solo, era un poema de risa; pero nadie lo ha logrado.

Y "Pepe" del Campo que, en otros tiempos, poseyó una hermosa voz y fué un "catalán" sobrio, lleno de intención. Y "Pepe" Serna, guapo del solar, vividor e "Illamba"; y "Pancho", Bas... ¿Cuántos más pueden llorar el derrum-



La cartelera de "Alhambra" es como una esquela de defunción
::: en la vida nocturna de La Habana :::



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

be del teatro en que enterraron sus ilusiones y su juventud? ¡Felices los muertos que no vieron el desastre del que fué templo brillante de sus sueños!

* * *

La decadencia de "Alhambra" data de fecha ya lejana; pero era tan robusto su impulso, que pudo durar años de agonía. Se debió esa decadencia a la fosilización de sus huestes, a la falta de comprensión de los tiempos y a... la censura de Machado. Machado prohibió severamente que en "Alhambra" pudieran representarse esas obras de fondo político-oposicionista que tanta boga le dieron al teatro de Regino, y los empresarios, a cambio de esta autorización, recibieron el permiso de pimientar las obras con pornografía. Pero el público de "Alhambra", que quería los chistes groseros, algún que otro desnudo más o menos estético, y algún gesto cargado de sensualidad faunesca, no era público de pornografía exclusiva, y la decadencia ya iniciada se acentuó...

Y así se ha cerrado el teatro que fué, con la Acera del Louvre, y más que la Acera tal vez, el vaso en que se escanció la quintaesencia de la vida criolla, esa vida que murió el día en que empezamos a bailar el "fox" y a emborracharnos con "coktails".

*Crónica,
Chicago 18/34*

6

COMEDIAS DE COSTUMBRES ESTRENADAS

EN EL TEATRO "MARTI"

Todas estas obras fueron estrenadas en el Teatro MARTI.

Decoraciones de los pintores escenógrafos NONO V. NORIEGA y

MANUEL ROIG.

- LA PERLA DEL CARIBE.-- Cuadros históricos.
Libro de JOSE SANCHEZ-ARCILLA.
Música de Rodrigo Prats.
- CECILIA VALDES. ----- Escenificación de la novela de
Cirilo Villaverde.
Libro de JOSE SANCHEZ-ARCILLA y
AGUSTIN RODRIGUEZ.
Música de Gonzalo Roig.
- EL CLARIN.- ----- Comedia de costumbres contemporáneas.
Libro de AGUSTIN RODRIGUEZ y
JOSE SANCHEZ-ARCILLA.
Música de Gonzalo Roig.
- LA HABANA QUE VUELVE.-- Comedia que se desarrolla en 1895.
Libro de Antonio Castells.
Música de Rodrigo Prats.
- LEONELA.- Adaptación de la novela.
Libro de los Hermanos Castellfullit.
Música de Rodrigo Prats.
- ROSA LA CHINA.- Costumbres contemporáneas.
Libro de GUSTAVO SANCHEZ GALARRAGA.
Música de ERNESTO LECUONA.
-

Ignacio Benítez del Cristo: Los novios catedráticos;

Emilio Blanchet: Esposa de coche y estrado;

José Bolaños: El médico y su portero;

Victor Caballero: Lo que puede Don Dinero;

Raimundo Cabrera: Del parque a la luna, Intrigas de un secretario, Va-
por correo;

Eusebio Cacho Negrete: Tiró el diablo de la manta;

Eva Canel: La mulata, El indiano;

José María de Cárdenas y Rodríguez: Un tío sordo;

Pedro Carreño: Un industrial de nuevo cuño;

Isaac Carrillo: El que con lobos anda...;

Francisco Covarrubias: Las tertulias de la Habana;

Juan Covo: Una volante;

Bartolomé José Crespo: El chasco, o vale por mil gallegos el que lle-
ga a despuntar, Debajo del tamarindo;

Olallo Díaz: La supresión de la provincia, Desde Cuba al Paraíso, El
buen camino, Doña Cleto la divina, La cuestión del pan;

Jacobo Domínguez: La calle de la Muralla, El barberillo de Jesús María;

Justo Eleboro: La visita del bayamés, El rico y el pobre;

Francisco Fernández: Los negros catedráticos;

Jesús María Fernández: Desde el mostrador al... cielo;

Wen Galvez: La casa de socorro, Usted la tiene;

José Joaquín Govantes: Una vieja como hay muchas;

- José Guerra García: Puntos negros;
- Juan José Guerrero: La suegra futura, Una tarde en Nazareno, Las boas de Petronila (segunda parte de la anterior), Un guateque en la taberna un martes de carnaval, Tales padres, tales hijos;
- G. Hernandez: A la Habana me voy;
- Francisco de Trachita: Las reformas de Laura y el Marqués de Chirivía;
- Rafael S. Jorriñ: Malditos sean los duelos!;
- José Gerónimo Lozano: Por sacar un cascabel;
- Andrés López: La romántico-manía;
- José F. López: Nadie sabe para quien trabaja;
- Juan Miguel Losada: El catalán generoso;
- Mariano Torres: El padrino inesperado, La elección de un novio, El corazón en la mano;
- Augusto E. Madan: ^{novelas ant. de...} Artistas para la Habana, Matrimonios al vapor, El Olimpo a la española, El cáncer social, La mujer del porvenir, El pariente de ..., La reina Moda;
- Manuel Martínez Otero: El censo de población;
- Jaime Martínez Mayob: Las que resultan, Incidente oficinesco;
- Antonio Medina: Don Canuto Ceibamocho o el guajiro generoso;
- Teófilo Meireles: Velorio de un mondongo en Jesús María;
- Manuel Mellado: Perico Mascavidrio, La casa de taita Andrés, Apuros de un figurín, Miseria humana;
- Tomás Mendoza: Los mocitos del día;
- Ramón Meza: Una sesión de hipnotismo;

José Agustín Millán: Amor y travesura o una tarde en Bejucal, Un concurso de acreedores, Un velorio en Jesús María, Función de toros sin toros, Apuros del Carnaval, La bendición papa o el viejo enamorado, Mi tío el ciego o un baile en el Cerro, Sota y caballo o el andaluz y la habanera, Los sustos del huracán, Manjar blanco y majarete, La guajira o una noche en un ingenio;

Ygnacio Miranda: La traca en el veneno, Lo que la loba hace al lobo le place, Donde menos se piensa salta la liebre, No es oro todo lo que reluce, Alma sola ni canta ni llora;

Jesús María del Monte: La mala vecina;

Ramón Morales Alvarez: El proceso del oso, El Paso de la Malanga, La plancha H;

Juan C. Nápoles Fajardo (El Cucalambé): Consecuencias de una falta;

Carlos Noreña: Una noche buena en Jesús María, Una noche mala, Un paréntesis, Sí, Libros viejos (en colaboración con Ezequiel García);

José G. Nuza: Un cómico de la legua, Un gabinete de consulta, La gran careta;

Rafael Otero: Un novio para la isleña, Un bobo del día, El muerto lo manda, Quien tiene tienda que la atiende, Del agua mansa me libre Dios

Cayetano Palau y Vivanco: Rosario o la mas bella mulata;

Ramón Piña: No quiero ser conde, Las equivocaciones;

José de Poo: Casarse con la familia;

Gabriel Potestad: Sofocos de un orgulloso o el triunfo de un taba-
quero;

Quintavo y Francisco
Robreño.

Fin Juan
Napoleon

La Flor de Mantua
Pacheco Capitalista

Don Joaquin Robreño
La primera revista teatral
que se escribió, titulada:
Revista de 1881

José M. Quintana: El gran proyecto, Diputados a Cortes, La mulata de rango; †

Ygnacio Sarachaga: ^{Adolfo Sarachaga} Un baile por fuera, ^{Un baile por dentro} Habana y Almendares o los efectos del base-ball, Tres patas para un banco, En un cachimbo, La señora del llavín, Un ~~maestro~~ en Ceiba Mocha (en colaboración con Enrique Hernández Miyares); Lope para en la cocina, La pericona, Mefistofeles

Alfredo Torroella: El mulato, Un minué, El ensayo de Don Juan Tenorio, Amor y pobreza;

F. Valerio: Perro huevero...;

Narciso Zamora: El hacendado ridículo;

Adolfo Sarachaga: Más vale papas en mano...
Liana al tambor mayor, Los tres pies del gato, No por miel o madrugan...
 Federico Velloch: La mulata María, La cuenta crolla, Papantó, Las damas de las Camelias, La alegría de la vida, Los grandes de Cuba,

Crónica Sobre el Derrumbe del Viejo Teatro "Alhambra", Escrita Por Gustavo Robreño, Conocido Actor y Periodista

Temporada teatral de 45 años.—Cuba y todos sus regímenes al través de "Alhambra".—Un Archivo de 4,000 obras.—El teatro ajeno al vestibulo.—Calibán

UN RELOJ QUE SEÑALA EL MOMENTO EXACTO DEL DERRUMBE.—LA DAMA MISTERIOSA

De vuelta del Cementerio, donde acabamos de dejar los cuerpos desahucados de un empleado del teatro "Alhambra" y otro del teatro Payret, muertos en el derrumbe del primero, el director de "El Crisol", me encomienda el aporte de algunos datos históricos acerca de ese teatrillo, unido a mi existencia por más de cuarenta años, y de cuyas bambalinas penden, como festones mezclados de alegrías, y de penas, mil recuerdos de juventud y madurez, relacionados con seres queridos que ya no existen y con tiempos que, si no mejores, eran, al menos, más ricos en ilusiones, en bellos ideales.

Y en verdad que no me desagradó el encargo de hacer esta especie de necrología del teatro Alhambra, con pleno derecho al título de histórico y de institución cubana, ya que en aquel escenario, durante cuarenta y cinco años ininterrumpido (la temporada teatral más larga que se conoce en el mundo) más de dos generaciones acaso de tres, han visto desfilar a diario, tipos y cosas peculiares de cada época, siendo así que recorriendo el archivo de ese teatro, puede reproducirse, exactamente, una gran parte de la historia de Cuba, así en la era colonial como en la que comprende las dos intervenciones y la República, más o menos eclipsada, intervenida, restaurada, próspera, tirantizada y chocada.

Todo eso puede hallarse en el archivo alhambresco, integrado por más de 4.000 obras modestas, sin pretensiones, epigramáticas, más recogidas que literarias, frívolas y sencillas (como las que constituyen el inicio de todos los teatros) pero que no por ello dejaban de presentarse, para regocijo del público, personajes de su tiempo y las diversas situaciones políticas y sociales correspondientes a ese medio siglo, o poco menos, que ha durado la temporada.

Espectáculo gustado con deleite en cualquier época por el elemento masculino de toda la Habana (y el de provincias, que al venir a la capital, ponía la tanda alhambresca como el primer número de su programa habitual).

¿Quién no recuerda, en efecto, las veces que, siendo niño e impedido, por tanto, de entrar en un teatro, los hombres solos, ha pedido prestados unos pantalones largos o los ha hurtado a su padre o a un hermano para entrar disfrazado de señor, a ver bailar la rumba?

Es éste un recuerdo amable de muchachez que, indefectiblemente, perdura en muchas cabezas, hoy calvas o grises, conjuntamente con el del teatro cuyo derrumbe todos doloran.

Ahora bien: conviene aclarar que el derrumbe fué parcial, pues el teatro en sí, lo que constituye el cuerpo del edificio, construido y reconstruido por Regino y por Villoch, no ha padecido lo más mínimo.

La catástrofe ocurrió en la parte central del vestibulo, de construcción anterior al primer teatro Alhambra (inaugurado en 1890) y aún a la de su antecesor el «Skating Ring», sustituto de un gimnasio, como éste lo fué, a su vez de una botiga establecida en esa esquina de Consulado y Virtudes, por el célebre Pancho Marty, más tarde constructor del teatro Tacón y empresario teatral, a más de pescadero.

El techo de ese vestibulo, hecho de teja española hace más de 60 años, sobre vigas que ya el tiempo y el agua habían roído, fué el que se desmoronó cayendo a plomo sobre los que allí se hallaban, sin darles tiempo a huir, hiriendo a once personas y repulmando en sus escombros a los inteligentes Gerardo Avila y Agripino Roque, cuyas familias quedan en la más pobre y triste orfandad.

Peró el teatro quedó intacto. Tal parece que el Destino, como el monstruo Calibán creado por Shakespeare, inconsciente y brutal,

inició el siniestro y solo se contuvo cuando un poder superior así lo quiso y le obligó a respetar el teatro Alhambra, con su archivo y sus enseres que es reliquia y es conjunto de esfuerzos y sacrificios y enseñanzas y es cimiento de un mejor teatro cubano.

De esta suerte puede verse el montón informe de escombros limitado ante la puerta que da acceso al teatro, resguardado por su inmovible y fuerte reja de hierro, sobre la cual un reloj eléctrico señala la hora y minutos en que se produjo el hecho catastrófico (12 y 27 de la noche) que es cuando se rompieron los alambres que lo movían y los mismos que al tirar de la gran bomba luminosa que alumbraba el pórtico, hicieron que ésta se rompiera con gran estruendo, dando así la momentánea impresión de que el teatro se había hundido a causa de un poderoso explosivo colocado allí por alguno de nuestros regeneradores.

Otra feliz coincidencia o, si se quiere designio de algún hada protectora, hizo que las víctimas no se comunicaran ampliando espantosamente la hecatombe: las funciones de la Alhambra venían terminándose a la una menos cuarto porque, como «fin de fiesta» cerraba el espectáculo una artista anónima que bajo el título de La Dama Misteriosa presentaba un sketch más o menos incitante.

Peró ocurrió que al cesar en sus contratos, la noche anterior, la empresa que venía actuando y constituirse en cooperativa, los artistas La Dama Misteriosa se negó a trabajar en tal forma exigiendo un tanto fijo; y al suprimir forzosamente su número del programa, la función terminó media hora antes de lo acostumbrado.

Ello evitó que la catástrofe se produjera precisamente a la salida de público, con el posible balance necrológico de dos o trescientas víctimas.

La Dama Misteriosa actuó, por tanto, de Angel Tutelar, aunque no en modo absoluto, ya que no pudo evitar la muerte de esos dos buenos amigos y compañeros cuya desaparición lamentan cuantos laboraron en ese teatro que hoy aparece erguido y separado totalmente del vestibulo como cercenado, de un solo tajo, por el hecho de un titán.

Acaso reanude pronto sus labores el histórico salón, cuya solidez está garantizada por los arquitectos municipales, antes y después del siniestro, pero aunque así no lo hiciera y permaneciese clausurado, nadie podrá negarle a la Alhambra su brillante historia; su aporte inicial a teatro vernáculo y la creación de un género especial, que vio nacer y fomentó Regino, el viejo actor, cuyo nombre en grandes letras luminosas permanece orgulloso en la fachada inhíesta e inmovible, no obstante la enorme sacudida.

23/35

NIO
NTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

EL DERRUMBE DEL TEATRO ALHAMBRA.

EL DERRUMBE ocurrido el lunes por la noche en el vestíbulo del Teatro Alhambra, en el cual perecieron dos personas y resultaron diez o doce lesionadas de mayor o menor gravedad, da una infensa actualidad a las páginas que vamos a reproducir, debidas a la pluma de Gustavo Robreño, uno de los más notables actores que ha tenido el género cubano, que mientras existió la genuina compañía de Alhambra, perteneció a ella, y que ahora se encuentra retirado del teatro.

Estas páginas escritas en EL PAIS GRAFICO hace tres años, cuando publicaba sus MEMORIAS A LA FAMILIA, por Robreño, cobran ahora nueva actualidad con motivo del lamentable y triste accidente, pues en ellas se narra el origen y la fundación del Teatro Alhambra, que en un tiempo fué simbolo y un templo de nuestro choteo criollo, y durante más de treinta y cinco años mantuvo el record mundial de una misma compañía, en un mismo teatro, haciendo el mismo género.

Déjemos narrar a la pluma chispeante y evocadora del autor de la "Historia de Cuba en Broma", los primeros días de ese teatro, que en esta semana ha tenido su última noche:

CUBA AL TRAVES DE ALHAMBRA

Concretándonos al teatro "Alhambra", que por su labor constante de cuarenta y tres años a través de varios regimenes (colonial monárquico, interventor americano, republicano legislativo y anarco-socialista, cumbancho-comunista o como se llame el que los sucedió), bien puede aspirar al calificativo de institución cubana y figurar, con orgullo, al lado de la trompetilla que es, evidentemente, la más seria de nuestras instituciones: concretándonos a este teatro "sui generis" incommovible y resistente a los cambios de banderas y

gobiernos, sin excluir al machadato (lo que constituye un "record" de resistencia) diremos que nuestra "Alhambra", sin cáhmenes ni arrayanes ni fuentes ni nada, en fin, de común con el rojo Alcázar granadino, fué fundada el año 1890 en el lugar que hoy ocupa (Consulado y Virtudes) en el que primitivamente, o al menos, hasta la fecha a que alcanzan mis recuerdos, había un gimnasio y más tarde un salón de patines, "Skating Ring", que derivó al fin, en salón de bailes públicos cuya habitual concurrencia era abigarrada y multicolor: la promiscuidad indio-etiope-asiático-caucásica era la característica de aquellos bailes, trascendentes a almizcle y otros olores generados por el sudor de las distintas razas.

Si a esto se agrega el efluvio de la herrería contigua, mezcla de heno y boñigos, donde el albeitar catalán José Ros herraba por el día mulos y caballos, se comprenderá fácilmente que los bailadores del "Skating" no aspiraban un ambiente de heliotropos y alelíes y que la sensación por ellos recibida no era la de encontrarse en los suspensos y babilónicos jardines de Semiramis.

Tal fué la cuna del teatro "Alhambra", sustituto inmediato del "Skating", en lo que no hay desdovo, ciertamente, ni imposibilita al pequeño coliseo para obras de gran empeño, habida cuenta de que el propio Redentor del Mundo también nació en un establo, que no debía oír muy bien.

Y acáso en el origen, un tanto delétreo, del salón-teatro, esté la explicación de que éste haya derivado, en ocasiones, hacia el campo sicaliptico y llevado a su escena, hampones y tipos de la peor estofa, aunque nunca con el propósito de expo-

nerlos como regla general, sino como decía el notable autor cubano Manuel Mellado en una de sus mejores obras: ("Apuros de un figurín") "con la plausible intención de presentar a la vista de los seres depravados un espejo en que vean retratados sus vicios y malas costumbres, para ver si arrepentidos y conocido el triste fin a que los conduce un torpe manejo retroceden avergonzados de sí mismos".

Conviene advertir, no obstante, que el teatro "Alhambra", llamado irreverentemente por algunos "catedral" de la scalipsis" (como si este género pudiera catedralizarse y fuer a perder con la Alhambra, alcázar árabe lo que hiciera España un día con las ex mezquitas de Córdoba y de Sevilla) no cultivó en sus comienzos, ese género teatral criollo en que, más tarde, ha incurrido, pues su primera temporada fué de zarzuela española, siendo la función inaugural con las muy conocidas obras del repertorio español "Marina" y "La Colegala", y figurando en el elenco el tenor hispano Monjardín, su hija Enriqueta y las muy jóvenes tiples cubanas Carmita Ruiz y Blanquita Vázquez de 14 y 13 años respectivamente y quienes, tres años antes, habían logrado ruidoso éxito como primeras tiples de la gran compañía infantil organizada en el teatro "Tacón" por el Maestro Justo Soret en la que tuve, por cierto, la honra de figurar, aunque me esté mal el decirlo, ya que no es bien que uno mismo confiese sus muchachadas y declare que ha sido niño alguna vez.

Ahora bien: me interesa aclarar (siquiera sea entre paréntesis) que entre mis precocidades infantiles jamás figuró el uso del revólver ni el de las pistolas "parabellum".

A la representación de aquellas obras dirigidas en la "Alhambra" por el propio Maestro Soret, siguieron las de "La Tela de Araña", "Niña Pancha", "Torear por lo fino", "La Gallina Ciega", "Toros de puntas", "Ya somos tres", "Vivir para

ver", "Chateaux Margaux" y otras cien del repertorio español, en cuyos entreactos se ejecutaban bailes internacionales y criollos: cancanes, jotas, redownas, yambú, rumba, el papalote y otros que el Maestro bailarín Martín Frayet sabía "sacar de quicio" acentuando los movimientos en su sentido picaresco, inteligentemente secundado por el cuerpo de baile, que integraban Natalia Jiménez, Lulú "La Pollita" Charo, Amalia Pumareta Elvirita la "papalotera", Juan Rivera, Leopoldo, Dobito, Urefia y algún otro de los que ya anteriormente habían amenizado con bailes de igual índole los intermedios del teatro Cervantes.

Eran, en realidad estos "excesos" coreográficos los que constituían el atractivo principal del teatro Alhambra, cultivador, por otra parte, del mismo inocente género zarzuelero que explotaban las empresas de "Cervantes" y "Albisu", posiblemente con personal más escogido.

Pero entonces, como ahora, cierta parte del público, pueril en sus aficiones o tal vez queriendo echarlas de "pillín" y corrompido, dió en decir que el espectáculo alhambresco era demasiado "verde" (la palabra pornográfico no se empleaba corrientemente todavía) y aunque no dejó de asistir a él, lo convirtió, sin verdaderos motivos y acaso poseído de un sentimiento egoísta, en espectáculo "para hombres solos".

De esta suerte cuando algún señor casado se encontraba un amigo en el teatrullo de "Alhambra", luego de ponerse rojo como una amapola, le encargaba al camarada: "No vayas a decir en casa que me has visto aquí".

Y aun hubo honrados padres de familia que enfermaron sus hogares por habérseles ocurrido ir a "Alhambra", alguna noche a ver moverse aquellas bailarinas perfectamente enfundadas en su "mollo" de seda, cuando no ataviadas con amplísimas batas de larga cola.

Con la particularidad de que las propias víctimas de tal mojigatería acababan por convencerse de que habían cometido una gran calaverada... motivo por el cual, reincidían a la mayor brevedad.

Fué así como se le aplicó el mote de teatro de "relajo" al que en rigor, no hacía, al principio, más que representar las mismas obras que se ponían en todos los teatros de habla española, sin extralimitaciones "morcillas" ni gestos indecorosos.

Sólo la rumba vitanda y el cancan pecanino acreditaban la desvergüenza de la "Alhambra", al menos, en sus comienzos y hacían que el espectador, creyente y temeroso de perder el cielo por la herejía realizada, exclamase, como Dante, trasponer el pórtico: "Lasciate ogni speranza voi che entrate".

No quiere esto decir, naturalmente, que la "Alhambra" insistiera mucho tiempo en el cultivo de un género teatral semi-inocente y que no imaginara aprovechar el "sambenito" de teatro verde para iniciar, en efecto, un nuevo género, más libre y epigramático y hacia el cual claramente se notaba ya la inclinación del público masculino; pero reservaremos para un próximo artículo la relación de cómo ocurrió el cambio de género en el hoy vetusto e histórico teatro "Alhambra".

"PIROLO", ACTOR INCULTO, PERO ARCHISIMPATICO

SENTADO, al fin, en la silla de dirección de "Alhambra" para encaminar el nuevo género teatral por una segura senda de triunfo, bien pudo Regino decir como el Campeador Rodrigo de Vivar en el drama de tal título:

"Por necesidad batallo
y una vez puesto en la silla,
se va ensanchando "Castilla"
delante de mi caballo".

(Pascual Castilla era uno de los comanditarios de la empresa alhambresca que, efectivamente, se "ensanchó" con la adquisición de Regino) pero aunque así pudo decirlo el nuevo director, no lo dijo, porque ni él era el Cid ni siquiera conocía el drama caballeresco de Fernández y González en que se dicen esos versos.

Concretóse, por tanto, a trabajar y a dirigir con arreglo a su leal saber y entender, la compañía existente en la que figuraban artistas de valía como Enrique R. del Castillo, Inés Velasco, Santiago Lima, feo y graciosísimo actor cubano y cantante de excelente voz, amén de los ya nombrados en el anterior capítulo, valioso elemento escénico que fué, a poco, reforzado con artistas jóvenes entre los cuales es fuerza incluir, por respeto a la verdad histórica, al que escribe este relato.

Y bien puede agradecerme esa histórica señora (la Verdad) la confusión que por respeto a ella, hago de mi ingreso en "Alhambra" allá por 1891-1892, pues aunque cuarenta y dos años de labor continua, con el aplauso público, no deshonran a nadie, no es menos cierto que esta paladina declaración puede dar ocasión a que me incluyan en la deprimente categoría de "veterano actor" nombre que sólo se da a los viejos cómicos que se "despiden" del público todos los años o a quienes se les organizan beneficios o suscripciones, al objeto de "aliviar" su situación o atenuar, un tanto, la miseria de su "vejez gloriosa".

Son tópicos que se aplican de modo exclusivo a los artistas obsoletos, esto es, a los que están ya fuera de combate artístico e inutilizados, a la vez, para cualquier otro trabajo ajeno al teatro y no por incapacidad física, ciertamente, sino por el hecho involuntario de no tener veinte años.

La ancianidad y aún la madurez son crímenes imperdonables, sobre todo en esta época de fiebre juvenil en que hasta a los propios libertadores de la Patria se les niega el sol y el agua, precisamente por esa misma veteranía de que hacen gala y recuerda los "bárbaros" tiempos en que las armas cubanas se esgrimían en defensa de un ideal y no para captar destinos "a la brava".

Pido a Udes. excusa por esta digresión que me ha hecho caer anacrónicamente, en la manigua y referirme a los héroes de la guerra iniciada en Baire, héroes que, en verdad, se produjeron con posterioridad a la fecha en que Regino se hizo cargo de la dirección de "Alhambra" (1891).

Ello es que durante tres años de la "avant guerre" cubana se trabajó ansiosa y ordenadamente en el teatro de Consulado y Virtudes, bajo el control artístico de Regino, no obstante el cambio habido en la empresa (por razones que no son del caso explicar y a pesar del creciente favor del público, Narciso López cedió sus derechos de empresa al catalán José Ros); pero es muy de justicia consignar que en la consolidación y afianzamiento del género alhambresco Regino halló el valiosísimo concurso de su hermano menor, Piroló, cómico hasta los tuétanos (muerto prematuramente el 5 de Abril de 1902) completamente ayuno de cultura, que como la de su hermano mayor se reducía a un simple conocimiento del s'labario—con la diferencia, a favor de Regino, de su claro talento y su amplio espíritu de asimilación—pero ello no obstante, poseedor de una gracia inagotable que hacía desternillar de risa al público, apenas Piroló asomaba por el foro su auténtica nariz de gran histrión, aditamento facial que fué, sin duda, el factor principal de su muy justa fama de gracioso.

De tal modo lo era este buen cómico (mi amigo y compañero querido) que aún a los treinta años de su muerte, los viejos lo recuerdan regocijados y la actual generación, que tan sólo de nombre lo conoce, lamenta no haber visto y escuchado a aquel emperador de la gracia, cuyo "mote" se ha perpetuado en bien queridos y mimados animalitos domésticos porque sus dueños han querido bautizarlos con un nombre amable: hay en Cuba muchos gatos y no pocos perrillos falderos que se llaman "Piroló".

José López Falco (que tales eran sus nombres y apellidos, aunque no nació en Grado, cosa que saben muy pocos como su hermano Regino, de iguales patronímicos, sino en Madrid, pero es lo cierto que se crió en esa villa asturiana en donde primeramente le apodaron "Liyete", trocándole, a poco, el mote por el de Piroló, que fué con el que el joven mixto de "gato" y "moscón" y más que joven un "nin" arribó a Cuba para ingresar en la tabaquería de su pariente Calixto López, en la que barrió "mogolla" y recibió los puntapiés inherentes al aprendizaje, hasta hacerse "escogedor" como su hermano mayor.

Como este, sintió siempre gran afición al teatro y, a falta de escenario, se inscribió gustoso en el "orfeón" del Centro Asturiano, como "bajo", más por vocación artística que por tener facultades de cantante.

A imitación de Regino daba también sus escapadas al teatro "Cervantes" o a algún otro de los que funcionaban esporádicamente, en temporaditas fugaces; y aunque no logró hacer papeles principales, es evidente que en los de menor cuantía que desempeñaba en zarzuelas como "El gorro frigio", "El Lucero del Alba", "Bola 30" y "Comico tronatti", etc., etc., lograba, por su gracia natural, sacar de juicio, sus "roles" insignificantes recibiendo por ello estruendosas ovaciones.

Así hasta que ingresó en la gran compañía de zarzuela y opereta que bajo la dirección del notable barítono José López Palou actuaba en el teatro Tacón en 1889, con ocho primeras tipes: Carmen Ruiz, la Quesada, la Golzeta, la Nalbert, Carolina y Amelia Méndez, Carmita Ruiz (la cubana) y la Cuevillas; tres grandes tenores: Marimón, Ricardo Pastor y el gallego Varela (tenor de opereta); el bajo Valentín González, los tenores cómicos Miguel Gutiérrez y Maximino Fernández, la característica Ana Gallardo, varias segundas tipes, 40 coristas, gran orquesta, un conjunto, en fin, de "primísimo cartello" del que bien puede decirse que fué la mejor compañía de su género que ha actuado en Cuba al través de todos los tiempos.

14

TE 5

Y fué bajo sus auspicios que Pi-
rolo ingresó, como ya he dicho, en
el teatro profesional, haciendo su
debut con la zarzuela de Chapí
"Las hijas del Zebadeo" y alcan-
zando en su papel éxito más que
ruidoso.

Ello hizo que el empresario Pa-
lou le firmara un contrato para
actuar no sólo en Cuba, sino en
Centro y Sur América, por donde
anduvo tres años cosechando aplau-
sos.

De regreso a la Habana, de la
que no quería ni podía vivir dis-
tante mucho tiempo. Regino y sus
compañeros logramos que Piroló
ingresase en "Alhambra", no sin
vencer los escrúpulos del catalán
empresario, que aún estimando los
méritos del nuevo actor, desconfi-
aba de su formalidad para el tra-
bajo, dada la vida alegre y disli-
pada de que gustaba Piroló en
contraposición con la muy sobria
observada por Regino.

Vencido todo obstáculo, nuestro
resistente compañero dirigido por su
hermano a quien debió, en gran
parte, su renombre, (pues en ri-
gor, lo encauzó en el sendero del
triunfo, repartiéndole los más im-
portantes papeles para que des-
envolviera sus excepcionales facul-
tades de cómico y dándole ocasión
para que su estupenda gracia na-
tural resplandeciese en un género
teatral hasta entonces por él no
cultivado) Piroló se adueño al fin,
de todo el público que acechaba
sus palabras y gestos más insig-
nificantes para prorrumpir en en-
sordecedoras risotadas.

Tal es, a grandes trazos, la his-
toria teatral de aquel buen cómi-
co, inculto y archisimpático, cho-
rreante de gracia, que fué ídolo del
público habanero, al que supo tener,
durante años, "metido en un
bolsillo", según el dicho popular.

3

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

EL TEATRO ALHAMBRA

— Por Federico Villoch —

DESDE el día 18 de febrero de 1935 a la Habana le falta una cosa: las funciones que durante cuarenta y tres años sin faltar un sólo día, venía ofreciendo al público habanero el popular teatro Alhambra, pudiera decirse, sin temor de parecer exagerado, una verdadera institución nacional. A causa de un accidente fortuito se vino al suelo en la noche del citado día, poco después de terminar la función de costumbre, la marquesina central del vestíbulo de dicho teatro, causando la muerte de dos empleados de una compañía que aquella noche trabajaba allí en cooperativa; y resultando heridos de más o menos importancia varios empleados de la misma. Desde aquel momento la tristeza se esparció en torno al alegre teatro de otros días. Toda aquella barriada, aquellos cafés y restaurantes que le debían la vida al teatro, permanecen solitarios y silenciosos como los lugares cerca de los que ha tenido lugar una hecatombe. Cuando pasan por allí los transeúntes, al ver que el teatro no ha sufrido en su interior ningún percance, se detienen ansiosos para preguntarle a los guardianes del edificio cuándo reanuda el teatro sus representaciones; y hay que decirles que pronto, sin conocer efectivamente la decisión de los dueños, para que se vayan alegres con esa esperanza. Es infinito el número de los que no se pueden pasar sin las representaciones de Alhambra. Algunos experimentan un encanto especial deteniéndose en la conserjería y recordando el nombre de las obras de mayor éxito que allí se representaron; y los famosos artistas del género que en su interpretación se distinguieron. Suenan los nombres de "Pirolo", muerto en la flor de su edad y en lo más ruidoso de su fama. El de su hermano Regino López, que para gloria y contento del arte vernáculo vive aún. El del tenor cómico Ramírez, que se hizo tan célebre y popular interpretando el "bobo" de las obritas cómicas. El de la gran actriz, no superada por nadie, Eloisa Trias, que no tenía rivales interpretando las características y las "mulatas de rumbo" de los regocijados sainetes del género. El de Acebal, que no ha tenido similar desempeñando los "negritos", y cuyas ocurrencias, llamadas "morcillas" en la jerga teatral, eran tan comentadas y aplaudidas, doblando muchas veces el éxito de no pocas escenas y situaciones. El de Pilar Jiménez, la aplaudida tiple de linda voz; rostro más bello aún, y gracia y sandunga criolla como ninguna. Amalia Sorg, la escultural; Blanquita

Vázquez, la siempre joven, bella y discreta; Inés Velasco, la característica de "fealdad" genial. "Chelito Criolla", alma y fuego de los sainetes callejeros; Sevilla, el actor para todo; Julito Díaz; Robreño, actor de mérito y autor con su difunto hermano Pancho, del popularísimo y regocijado sainete que aplaudió y vió la Habana entera titulado "Tin-Tan"; Mariano Fernández; Zarzo; Pepe del Campo; el viejo Castillo; Lutz Gil, que se hizo célebre con "El Rico Hecendado"; Otero, que hacía reír al público de risa en la "Isa de las Cotorras".

Ninguno de nuestros teatros puede disputarle a la Alhambra esas gratas añoranzas, ni robarle las simpatías del público. En su juventud la que este recuerda; son treinta, cuarenta años de noches de risas; de aplausos; de alegría y de guasa y "choteo" criollo. Jamás serán olvidados sus artistas y sus músicos; sus libretistas y sus escenógrafos Arias, Gomis, Nono Noriega, Antony; y la Habana deberá gratitud eterna a sus empresarios Miguel Arias, Pirolo, Regino y Villoch, que en sostener aquel teatro a través de mil dificultades, virtieron sus años y sus esfuerzos, si bien, a la larga, fueron estos últimos debidamente recompensados para holgura de sus días y tranquilidad de su vejez. Dicese que el teatro será reconstruido en grande; se oye hablar de planes verdaderamente fantásticos: cuatro pisos; tres mil lunetas; cinco mil tertulias... Aquella Alhambra, modesta y famosa, cerró un ciclo en nuestra vida teatral habanera; y aunque renazca de sus escombros, arrogante y retadora; grande; llena de oropeles; modelo de confort y comodidades ¡ay! no será como aquella tan sencilla; tan democrática; tan popular y, sobre todo, tan íntima, tan "nuestra"... Por su significación en el arte teatral cubano y su régimen de vida interior, era, salvando la distancia, nuestra "Comedia Francesa".

243

1-7

DIVAGACIONES DE UN ESPAÑOL DEL PRINCIPIO Y FIN DEL TEATRO ALHAMBRA CON DON FEDERICO VILLOCH.

Por José Aixelá

SIN el concurso creador y fecundo, del publicista matancero, don Federico Villoch, el triunvirato que, por espacio de treinta y cinco años, sostuvo en el cartel la variedad ajustada a su público especial, difícilmente hubiese llegado a una vida tan efectiva, como la registrada en los anales del teatro habanero.

Don Federico Villoch heredó de la «Atenas Cubana» su imaginación comediógrafa y oportunista. Tenía de sus padres cubanos, la característica del catalán para sacar fruto de las piedras. De su racial eúskaro, la tenacidad y su resistencia. Y, además, poseía del progenio astur, lo flexible de su acomodación, con la ductibilidad irónica, puebluna y canturriona de las romerías de aquel Principado, en quiebra republicana, Villoch, Elorza y Alvarez forman el trío de su ingenio que cimentó una empresa de incansante exprimir su meollo en un sin fin de actualidad imantada, con la fuerza atractiva que resplandecía de sus carteles.

Del final de la calle del Obispo, en donde se hallaba el «Instituto» y de su opuesto y reducido local por O-Reylli, que se llamó «La Universidad», el señor Villoch debería escribir un compendio de crónicas de aquel estudiantado, del que salieron personajes tan destacados como Alfredo Belt, Balbino González, Juanillo Montalvo y otros esclarecidos personajes que ocupan, u ocuparon, altos puestos de la República Cubana.

Azares del destino interrumpieron el final de su carrera de leyes, para inyectar en su espíritu las visiones y experiencias durante los tres años de residir en París y Madrid. Dos fuentes de maravillas imaginativas. En las despertaron en el momento, sus dotes de escritor con su debut en un libro del viajero que tituló: «Por esos mundos», y fué la piedra angular de la Biblioteca de «EL FIGARO». Su éxito determinaba la inclinación a enfrentarse con el público. Seducido por el halagüeño aplauso de sus amigos y compañeros, la propia revista después lucía la gracia de Villoch, publicando otro libro de versos, «A LA DIABLA», prologado por don Aniceto Valdivia, más tarde convertido en «CONDE KOSTIA», pontífice máximo de la crónica habanera.

Una de las simpatías más infantiles que alentó mi espíritu, dominado por cuanto suponga el contenido de un catalán de valer, fué el nombre de F Villoch, al pie de los folletines de «La Unión Constitucional», que, por espacio de once años, llamaron la atención pública, junto a los trabajos del eminente triunvirato «JUSTO DE LARA» y el sugestivo D. Antonio Escobar, otro de los inmortales, dentro del periodismo castellano. Como las creaciones folletinescas se reproducían en distintos periódicos, supe por uno de ellos, que Villoch, si bien era descendiente de catalán, sus padres eran matanceros. Matanzas se ha nutrido de las tres ramas hispanas que aludí al principio. Lo testiguan apellidos y empresas de la «Gentil Yucayo».

Leí en cierta ocasión, que la personalidad novelística de Blasco Ibáñez, se debió a los folletines de su periódico valenciano, y, más tarde, en la colaboración del múltiple productor andaluz, González y González, Blasco daba a su colaborador la chispa genial de su portentosa facilidad. Así también, nuestro Villoch, que tenía su pluma por réditos de entrada, con los once años de folletín, hecho como el médico a palos, y sus veintidós escribiendo, bajo el pseudónimo de «Cascabel» las crónicas novelescas del semanario «LA CIRCUNSCRIPCIÓN», se hizo de una cualidad mental, capaz para dar al teatro «ALHAMBRA» las cuarocientas y pico de obras en donde como en la rebotica, hay luces y sombras, reactivos y sedantes para los humanos ansiosos de poner a su vida mercantil, unas risas de jocosidad a su manera, saturadas de verde oscuro.

Villoch ha sido el cubano «Self-made» que tuvo por hacienda su pluma al servicio de su Empresa, cuando le pasaron por su frente, los cestos simbólicos de las cerzas con la parábola de su destino. Había observado cómo el Ldo. López, más conocido por «POTE», de unos folletines de Villoch, acerca de la historia del bandido «MANUEL GARCIA» con un plato de lentejas, unos míseros pesos, alquilaría su propiedad, el librero más astuto del país, proporcionándole media docena de miles de pesos. Y mientras escribía unos versos para «LA HABANA ELEGANTE», con sus «CUENTOS A JUANA», tentóle su magín a dedicarse al género teatral, perfilando su personalidad en una obra que fué su mascota.

d

2

«LA MULATA MARIA», en 1896, subió a la escena del Teatro Irljoa, hoy «Martí» y con sus revuelos de torbellino y sus gracias populares, se juntaron unos pesos de Pirelo, con ahorros de Villoch. Buscaron a Miguel Arias, para que sus pinceles, creadores de paisajes cubanísimos, formasen parte de su empresa y así mantenían los «fríjoles», mediante un trabajo colosal, reedificando el teatro ALHAMBRA a sus expensas, si bien ayudados por el «Bodeguero de la esquina» que les prestó dos mil pesos, los cuales fueron devueltos al fin del primer mes. Liquidaron una utilidad de tres mil y lo primero en convenir, fué devolver el préstamo del noble bodeguero y así cumplir el cubano «autor», el astur «comediante», y el castellano «escenógrafo», con la seriedad de empresarios ya solventes y perseverantes.

Fallecido el pintor Arias y el más cómico de los asturianos que lo fué «Pirelo», el binomio social de Regino López y Federico Villoch, hermosearon a su costa el popular Teatro Alhambra.

Se abrió con una entrada desbordante, en la noche del 9 de noviembre de 1900, y estuvo funcionando, sin parar un solo día, hasta junio de 1935, que por no coger goteras, el techo del patio se vino al suelo, sin causar más alteración que el cese de la empresa teatral, en momentos de una oportunidad como llovida del cielo. Lo que tantas ganancias ofrecía en otros tiempos, ya hacía dos años que Regino y Villoch no sabían cómo dejarlo, pues les mermaba sus pertenencias.

¡Treinta y cinco años! ¿No constituyen el «hatir el record» de todas las empresas teatrales del mundo entero? ¡Fué una obra doblemente feliz, por su producción literaria y su resultado económico! Esto lo sabe todo el mundo...

Puede asegurarse que la empresa «López-Villoch» ganó más de 600.000 (seiscientos mil pesos) entre ambos componentes, lo cual no es tan extraordinario, compartiendo en los treinta y cinco años de una labor constante y fructífera.

Como el público alhambresco tenía una composición de hombruna exclusividad, y algunas obras alcanzaban el calificativo de famosas, como la compañía del teatru-

cho de Cervantes, que Robillot la presentaba en los grandes teatros, hasta dar fondo en «Albisu», así Regino y Villoch, trasladaban al Nacional y Payret los teatros admirables de su reducido teatrillo, junto con la compañía de su pertenencia, cuyos artistas se esmeraban en su representación.

¿Quién ha olvidado, aquel Ferrocarril Central? Las familias se encantaban con las obras de Villoch «El Patria en España» y «Delirio de automóvil», «La Isla de las Cotorras» y «Alemanes y Aliados». Y para no consignar el índice de las 412 obras, escritas por Villoch, para su empresa teatral, sólo quiero afianzarme en «LA CASITA CRIOLLA», que después de una inmensa alternativa en su ALHAMBRA, se representó en el Teatro Tacón o Nacional, más de CIENTO NOCHES CONSECUTIVAS, con aplauso delirante. Con sólo esta obra, puede constituir el crédito teatral del eminente cubano, que en otras latitudes y ambiente universalista, podía haberse ganado una inmortalidad resonante y merecida. Al género requerido por su empresa, únicamente la ductibilidad del matancero escritor, pudo darle vida larga y merecida.

¡Y lo que son las coincidencias! La última obra de Villoch, una tragedia cubana en dos actos, se estrenó en el mismo escenario de su inicial «LA MULATA MARIA». En el teatro Martí que en 1896 tenía el nombre del fundador «IRLJOA», en donde rambuleaba la Mulata Maria, en 1936 se cantaba, con éxito completo, la zarzuela «Guamá» música por el inspirado maestro Rodrigo Prats y decorada por el genial escenógrafo Nono Noriega. De su mérito intrínseco me bastará con decir que la están poniendo en escena, en un teatro de Buenos Aires con admirable correspondencia a la amable acogida que la Habana ha brindado a la influencia argentina en nuestros teatros y cines.

Ahora, nuestro criollo autor teatral, cerrados los escenarios de su juventud, no puede abandonar el lápiz de su faena mental. Villoch jamás puso el dedo sobre las teclas de una máquina de escribir. Mantiene su automática función, con esas «Viejas Postales Descoloridas», por donde desfilan, con profusión de medallones de auténtici-

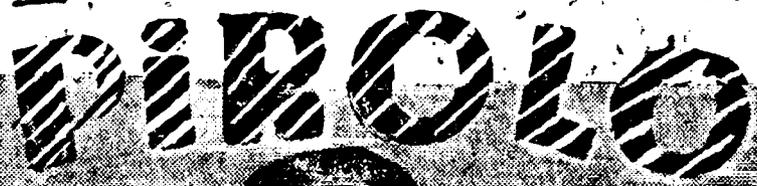
d 3

dad diversa, todo el folklorismo habanero que está considerado, en las grandes naciones europeas, como una necesidad histórica para cada país. Hoy que el eminente revisor de bibliotecas y conocedor de los méritos folklóricos de las postales de Villoch, se halla, para bien de Cuba, en uno de los sectores más brillantes para la cultura refinada de la República Cubana, sería de una inmensa grandeza histórica, si lograrse que el Estado editara, revisando lo más granado y revelante de tal colección, unos tomos, cuyo valor espiritual, no ha de escapar a quienes suspiran, para los anales cubanos, libros de lectura atractiva, por sus originales estudios acerca de un pasado, cuyo valor acrecentará al transcurso de los tiempos. Cuantos más años duren, mayor ha de ser la estimación del folklore de este hermoso país.

En las citadas postales y sus libros publicados, con otros en perspectiva, como «RECUERDOS TEATRALES», con sus noches de Tacón y Payret, de Alhambra y Martí, desfilarán los principales actores y actrices del teatro cubano, con sus autores y demás personales que crearon y dieron sentido popular a escenas inolvidables para los que las vivieron, y de plácido recordar a los que podrán imaginar, cómo era y lo que era, lo que personificó don Federico Villoch, hombre del teatro picaresco y creador de una familia cubana con todas las excelencias de un hogar santificado por una criolla mujer, que puso en él una dicha orlada de virtudes y encima del escritorio, en donde el lápiz villochesco, escribió tantas escenas de jocosidad y de lágrimas, se ostenta una imagen del Creador, cuya reverencia me sobrecogió al entrar por primera vez en el modesto vivir del eminente publicista matancero, gloria de Cuba, que deja escritos tantos y tantos tesoros de vida popular.

Dr. Ariz 2/7

Viejas Postales Descoloridas



por
**Federico
Villock**



BREVE, pero gloriosa, fué su vida artística. La gente de hoy lo conoce por referencia; pero los descoloridos de aquel entonces, fieles asistentes a los teatros "Alhambra" y "Lara", allá por los años de 1890 a 1902, sa-

ben que fué el actor más popular y aplaudido de nuestro teatro vernáculo, no superándole ninguno en la interpretación de sus tipos característicos, sobre todo, en el de asturiano o gallego "aplatanado", que al igual del italiano acriollado del teatro bonaerense,



**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Su gran amigo y compañero de barras—en el doble sentido de la palabra—era un barrista americano que solía traer Santiago Publones en sus temporadas ecuestres; y el cual no hablaba una sola palabra en español, entendiéndose el maromero y el actor en un lenguaje especial de mímica y términos raros que se habían inventado ellos para su uso; y así bebían, se veían; comían; y se entendían y se querían, de tal modo, que cuando en su última temporada vino el acróbata yanke y se enteró de la muerte de su amigo el cómico, se le oyó exclamar afectado:

—¡Carramba; mi lo sienta mocho!—Y lo lloró.

Sus grandes creaciones escénicas, que no habrán olvidado los descoloridos de "Lara" y la antigua "Alhambra", fueron: el asturiano lavandero y rumbero del sainete de Manolo Saladrigas: "A Guanabacoa la Bella", el gallego "agenciero de mudanzas" del sainete de Villoch "El Castillo de Atarés", y el comicísimo marinero de "El Primer Acorazado" que—¡ay!—no pudo representar más que unos cortos días, a causa de la cruel y pertinaz dolencia que le obligó a guardar cama unos meses, hasta su viaje a España en vías de curación inútil; puesto que a su vuelta reapareció en escena con la misma obra y se vió obligado de nuevo a abandonarla para no levantarse más del lecho. Ni aun en él, y en medio de los más atroces dolores, le abandonaba su buen humor.

Cierta noche, ya en sus postrimerías, vino a visitarlo, y pidió permiso a los íntimos del actor para acercarse a su lecho, un señor conocido del enfermo y de toda la gente del teatro, cuyo negocio consistía en venderles a los artistas, a plazos y a módicos precios, trajes para la escena, chisteras; fracs; smokings; y objetos, en fin, ya usados, pero todavía en estado aprovechable. Pirolo lo tenía siempre azarado con sus bromas en ese sentido. Aquella noche el ropavejero se acercó cariñoso—porque lo quería— al lecho del enfermo, ya próximo a su último día, y le preguntó:

—¿Qué hay? ¿cómo te sientes? Piro'o abrió los ojos; y al ver a su visitante y reconocerlo, le preguntó con el mismo tono de guasa que siempre había usado con él:

—Ah! ¡Tú!... ¿vienes a proponerme ataúdes de medio uso?...

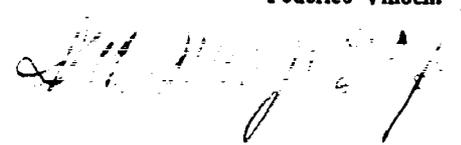
La tarde que precedió a la noche de su fallecimiento, el doctor Fortún, que era su médico de cabecera, acudió soñoliento como siempre al llamamiento de los amigos del enfermo, después de un largo síncope que le acometió y que todos creyeron que era la muerte que tocaba, al fin, a las puertas del compañero. Fortún venía recién vestido con un impecable traje blanco número cien; y todo oloroso él a Colonia y a fino jabón de Hiel de Vaca. Pirolo extendió su pobre brazo escualido a la inyección reconfortante que se preparaba a ponerle el doctor su amigo; y en el mismo tono de broma que tenía por costumbre usar con él, le dijo, con su voz débil, que ya empezaba a ser tartajosa:

—¡Ave María, compá ¿a qué bachata vas esta noche, tan taca y tan perfumado?...

Fueron las últimas palabras que pronunció en este mundo el popular y querido actor alhambresco José López Falcó, conocido por Pirolo. Exhaló su último suspiro aquella madrugada del día cinco de abril de 1902, rodeado de su hermano Regino López y de los amigos y actores de su compañía. Su entierro fué una espontánea y popular manifestación del cariño y la simpatía que había despertado en todas las clases sociales. Todos se disputaban en las calles del tránsito por cargar sus restos. Flores; lágrimas; elogios y sinceras frases de condolencia caían sobre su ataúd, tras el cual iba tocando la marcha fúnebre de Chopin la orquesta del Alhambra, siguiendo a pie los artistas de su compañía y de todos los demás teatros de la Habana sin ocultar su llanto y su pena. Se iba el buen amigo de todos; el cómico genial—bueno y modesto—que había hecho torcerse de risa a la isla entera:

¡Pirolo!

Federico Villoch.




PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

Viejas Postales Descoloridas

“LA SEGUNDA DE ALHAMBRA”

PARA la tanda en que siempre, o por lo menos, durante muchos años, se «acababa el papel». La obra de éxito se le ofrecía al público corrientemente a esa hora—las nueve y media de la noche—cuando empezaba a «aflojar» la entrada, pasaba por algunos días a tercera; después a primera, y de ahí desaparecía para descansar un tiempo prudente en el archivo; y se reprisaba, según su importancia y el efecto que había causado en el público, más o menos pronto. El cartel de Alhambra se regía por una ley inflexible que aplicaba sistemáticamente la empresa del teatro: si la obra era de importancia, se estrenaba el viernes; si era un juguete cómico ligero para rellenar y pasar el tiempo, el martes, y nunca dejó de cobrar ningún autor, cuando menos, ocho o diez representaciones de su obra si el público no la rechazaba en la primera.

La segunda tanda de Alhambra, le servía de punto de reunión a media Habana; y si decimos que pasaba otro tanto con los vecinos del interior de la isla, no nos engañamos. —Te espero en la segunda de Alhambra—era la frase corriente entre los compañeros de la Lonja, del Foro, etc., etc., o la cita que al separarse los compañeros de viaje se daban en la Estación Terminal, antes de encaminarse cada cual a su respectiva posada.

Por lo general «se acababa el papel» en la segunda tanda. Una tanda bullidora, hirviente, donde como enormes mariposas se agitaban los numerosos abanicos que aun unidos a los grandes ventiladores de aspas pendiente del techo y a los pequeños metálicos de las paredes laterales y a los grandes ventanales abiertos a uno y otro lado de la sala, resultaban insuficientes para refrescar la calurosa y pesada atmósfera que se respiraba: solamente un espectáculo tan atractivo y simpático como aquel de Alhambra podría mantener al público sin la menor protesta en aquel horno, donde rompían de continuo las carcajadas estruendosas, los calurosos aplausos y los «bravos!» saturados del fuego de la enardecida sala, y del regocijo que colmaba todos los pechos... Uhtoff, el periodista mejicano, marcando las jotas con fuerte expresión siniestra, decía:

—¡Viejo: este es el teatro del regocijo!

Afuera, en el café del vestíbulo, se iba aglomerando la otra tanda; y entre el mosconeo del público, oíase el vocerío de los vendedores que, según la importancia de la obra, cobraban ochenta centavos y hasta un

—Por—

FEDERICO
VILLOCH

peso por la luneta; el pregón de los vendedores de postales, libros y abanicos y el del negro Sandunga: como una cantinela monótona, siempre en el mismo tono:

- Los cuplés de Acebal, y vale medio.
- El argumento de la obra, y vale medio.
- Postales de artistas, y vale medio.
- Boleros con su letra, y vale medio.
- El Guajiro y la Corista, y vale medio.

Los maldicientes y murmuradores —que son los que en los espectáculos públicos suelen frecuentemente encontrarse entre los que no pagan sus entradas— propalaron un tiempo la especie de que en el elenco del teatro Alhambra figuraban en mayoría las viejas y los viejos; y ello no carecía de verdad, hasta cierto punto. Aquella casa, a fuerza de años, y obligada por las consideraciones, se fué poco a poco convirtiendo en una de Beneficencia. Durante mucho tiempo no existió la Sociedad protectora de los artistas, que se fundó recientemente, y no le parecía humano a aquella empresa que se echaran a la calle elementos que la habían acompañado desde su fundación, brindándole los encantos y las primicias de sus años mozos. Seguramente esos murmuradores de entonces son los que truenan hoy en los mítines contra la explotación de los burgueses que dejan a sus «viejos obreros» en el mayor desamparo. Pero, volviendo a los viejos histriones: unos murieron; otros, por su voluntad se retiraron para dedicarse a distintas y más provechosas actividades; a algunos se les señaló una modesta pensión que conservaron hasta la hora de su muerte; y por todo ello fué adquiriendo aquel mal comentado elenco la novedad y frescura que se deseaban. Llegando sobre todo a ofrecer un coro—como se le llama ahora, de «segundas tiple»— que como dirían los «indios» del género, tenían «tribilla» y «rabla en el tablero». Allí Candita, Mercedita, Lupita, la Rubia de Platino; Teresa; la Oriental; la Camagueyana y muchas más y no pocas que cuando la Danza de los Millones al cancion el minúculo con que sueñan estas estrellas de sexta magnitud, sufriendo unas a grandes señoras y convirtiéndose otras en respetables consortes.

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

4

La segunda tanda de Alhambra tenía sus asiduos que iban indefectiblemente todas las noches y ocupaban la misma luneta de cabecera, separada de antemano por un revendedor de su confianza. Gentes del foro; del comercio de la industria que ya conocían las obras, y hasta se las sabían de memoria, y que dejando «su punta de sueño», abrían los ojos en determinados instantes para dirigirlos, interesados o amorosos, sobre la artista de su predilección; o, con menos intención precamerosa, deleitarse oyendo éste o aquel número eriolisimo de su gusto. El respetable y querido señor Meddiavilla, que fué gerente-administrador del periódico «El Mundo» muchos años, en mucho tiempo no dejó de dormir su sueño de nueve y media a diez y media en su luneta cabecera de quinta fila. El Sr. Hidalgo, viejo banquero hemiplégico que se acompañaba de un fiel oriado, tampoco dejó la suya de la segunda fila, en la propia tanda, hasta el día antes de su sentida muerte. Muchos conocidos severos jueces e ilustres señores magistrados del Supremo —Castro, del Cristo, Almagro, etc., etc.— ruminaron más de una vez sus sentencias, condenatorias o absolutorias, en aquella su tanda preferida, viendo y juzgando la vida con mayor bondad, a través del buen humor que respiraban las obras. Si nos pusieramos a citar nombres conocidos, no tendríamos para cuándo acabar. El bandolero «Arroyito», tan perseguido y buscado por la Justicia, declaró al ser, al fin, capturado, que acostumbraba a asistir

con frecuencia a la segunda tanda de Alhambra, convenientemente disfrazado, y ocupando siempre distinta luneta para no llamar la atención...

Una noche, representándose en la segunda tanda la chistosa obra del maestro de saineteros, Ramón Morales titulada «Tarjetas Postales», detrás del palco destinado a los concejales del Ayuntamiento, y que se hallaba junto al escenario y a la izquierda del público, un vigilante de Policía que sufrió en aquel momento un súbito ataque de locura desfundó su revólver inopinadamente; y disparó sus siete tiros sobre los artistas; que en aquel instante se encontraban en gran número en el escenario, con el consiguiente número de curiosos entre cajas y los espectadores de los grilles de la derecha del mismo; y a la sazón en que, con gran regocijo del público, cantaba Regino López, secundado por el coro general, los couplets de los «Pecados Capitales». En el momento en que se dirigía a una de las segundas tipes que personificaba la «Avaricia», y le cantaba:

—La avaricia rompe el saco
un refrán nos da a entender;
pero aunque el refrán lo diga,
no te lo...

se disparó el susodicho vigilante con sus siete disparos, uno detrás del otro sin parar; y ya pueden ustedes imaginarse el pavoroso corre-corre que se desarrolló en el teatro. Por un milagro de Dios, nadie absolutamente fué herido por ninguna de aquellas balas que pasaron silbantes por encima de las cabezas de los músicos de la orquesta y por entre los cuerpos de los artistas. La ballarina italiana, Tina Tuvatti, que se encon-

traba peinándose en su camerino en el segundo piso del escenario, y que tenía en una mano un frasco de loción para el cabello, se quedó con la base del pomo entre los dedos, viéndolo deshecho en cien fragmentos por un balazo que fué a dar a aquel sitio. Los espectadores, presas del mayor pánico, se lanzaron a todo correr para la calle; resultando con la pierna derecha quebrada uno que se arrojó sobre las lunetas desde un delantero de tertulia que ocupaba; y por ahí anda el hombre con sus muletas. ¡Si se acordará el tal cojo de la segunda tanda de Alhambra!...

Ora segunda tanda memorable de aquel teatro: una noche, allá por el año 1908, o 7 u 8, o 9... en que se declaró un incendio en la guardarrósa del escenario, contribuyendo a extinguir el voraz elemento el numeroso público que, como de costumbre, llenaba todas las localidades; y el cual, muy complacido de haber salvado de las llamas a su querido teatro, continuó después viendo la función como si tal cosa no hubiese sucedido.

Próxima a terminarse la segunda tanda el actor, director de la compañía, Regino López, que se encontraba en escena, anunció al público la noche del 28 de febrero de 1914 la sentida muerte, ocurrida en aquel momento, del gran patriota, D. Salvador Cisneros, marqués de Santa Lucía, a los 86 años de edad; suspendiéndose inmediatamente la función y retirándose la concurrencia con el mayor respeto.

Durante una segunda tanda de Alhambra llegó al Palacio de la Plaza de Armas, donde residía el primer Gobierno interventor americano, el cablegrama en que el Presidente de los Estados Unidos, entonces Mr. Teodoro Roosevelt, anunciaba al pueblo de Cuba su decidido propósito de que se proclamara, en término de meses, el Gobierno propio de la República Cubana, y fué leída ante los espectadores de aquella tanda, con el regocijo que es de presumir, la «Última Hora» de un periódico que tan agradable noticia lanzaba a la publicidad. ¡Y ved ahí que la primera ovación pública que se le tributó a la República Cubana, tuvo lugar en la sala del popular teatro Alhambra!...

La Alhambra, en fin, fué tan consecuente con su público, que, cuando en la triste noche del 18 de febrero de 1935 determinaron los hados que había llegado su última hora, en su deseo de no causarle daño a nadie, esperó a que terminara la función y hubiese abandonado el vestíbulo el último de sus favorecedores de tantos años, para echar abajo un insignificante cobertizo del café; cuyo inesperado contratiempo determinó el cierre del teatro y su transformación en el salón cine que hoy lo ocupa.

Frecuentemente se oye decir—desalentados— a los que acostumbran salir de sus casas en las primeras horas de la noche para dar un paseo por la ciudad:

—Falta algo en La Habana.

Y se les podría contestar:

—Efectivamente, amigos: falta la segunda tanda de Alhambra.

Pero, como cuando se le muere a uno un ser querido; que el tiempo va restañando la herida; que se va uno acostumbrando; y que al cabo sólo queda una cicatriz indolente...

¡Pobre Humanidad si no fuera así!

del P. ... 27/37

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS.

EL SALONCILLO DE ALHAMBRA.

Por Federico Villoch.

Carteles, oct 23/938.

EL SALONCILLO de Alhambra puede decirse que era uno de los lugares más conocidos del mundo. Así como suena. En treinta y cinco años de funcionar el teatro, sin parar un solo día, desfilaron por aquél, en su visita a la capital de nuestra República, las personalidades artísticas y literarias más renombradas, llevándose todas las más agradables impresiones acerca del especialísimo género que en dicho teatro se cultivaba. No hace mucho aún, el nombrado y cultísimo escritor y conferencista norteamericano Waldo Frank nos aseguraba, en la última visita que nos hizo, que ese —“nuestro teatro”—por su espontaneidad, verismo y desenfado, era digno de un reposado y minucioso estudio, el cual no tendría inconveniente en llevar a cabo en una nueva excursión a nuestra patria que para más adelante proyectaba. Frank poseía un vasto y profundo conocimiento de los teatros populares de Inglaterra, Francia, los Estados Unidos, Buenos Aires e Italia, de cuya rama napolitana nos hablaba extensamente, encontrándole un parecido exacto con el nuestro. Le encantaban sobre todo nuestros sainetes populares, admirándose de la facundia y gracia *sui-generis* de esos desconocidos, padres de nuestros dicharachos y modismos callejeros y creadores anónimos de esas tonadillas que enriquecen y dan vida intensa a nuestro ambiente popular: una riqueza folklórica digna de estudio.

Todos los que pasaron por el saloncillo de Alhambra dejaron un recuerdo: bien su retrato con su dedicatoria correspondiente, que lucía en las paredes; bien una frase oportuna; bien un chiste ingenioso que recordaban y repetían todos con agrado. Los que por razones de compañerismo o de negocio éramos visita diaria de aquel saloncillo, podríamos escribir un libro lleno de amenidad e interés, con sólo recordar las ocurrencias, los juicios

y los comentarios que de infinitos asuntos de actualidad mundial se les ocurrieron a aquellos visitantes, cuya sola lista de nombres basta para darse cuenta de su importancia: Zaconi, Novelli, Borrás, Larra, Balaguer, Thuiller, Federico García Sanchiz, Blasco Ibáñez, Valle-Inclán, Benavente, González Blanco, Zamaçois, Fernando de los Ríos, Marcelino Domingo, Zuloaga, Martínez Sierra, Marquina, García Lorca, Jiménez Asúa, Marañón, etc., etc. Apenas desembarcaba en La Habana alguna celebridad por el estilo de esas, lo primero que le decía a su guía o cicerone:

—Bueno; ya me llevará usted a conocer la Alhambra.

El guía, amoscado, o con la mala intención de todas las cuñas por los palos de su propia especie, solía contestar:

—Hombre; la Alhambra...

—Es que he oído hablar tanto de ella...

—Bueno—accedía el cicerone—si usted se empeña.

Y nunca tuvo el guía que arrepentirse de haber complacido en su demanda al curioso visitante, quien, en no pocas ocasiones, como sucedió con Zamaçois, González Blanco, Joaquín Belda y algunos otros, se convirtieron durante su larga permanencia entre nosotros, en visita diaria e íntima de la casa; sin contar aquellos que, cuantas veces pasaban por nuestra capital con rumbo a otras Repúblicas americanas, reaparecían sin esperarlos en el tal saloncillo, con el solo objeto de saludarnos y pasar unos instantes en aquel agradable rincón, durante las contadas horas que les concedía la escala.

Los asiduos concurrentes al saloncillo recordaremos siempre la charla de Blasco Ibáñez, tan amena y llena de vida y color, en las dos horas que llenó él solo contándonos las impresiones de su viaje a México, que más tarde vieron la luz reunidas en un tomo; y la de Valle-Inclán, todo retórica y fraseología de relumbrón. Dos caracteres opuestos. El



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

uno todo sinceridad, emoción, vida; el otro pose, deseo de abrumar y deslumbrar a su auditorio: poco simpático en su soberbia.

De Benavente también quedaron frases ingeniosas. Tratándose de que dijera algo de ciencia y sociología, en unas sesiones que celebraba por aquellos días cierta asociación de cultura, le dijo al delegado que solicitaba su cooperación:

—Señor mío: yo no soy más que autor dramático; y no siendo eso, me declaro más ignorante que un académico.

Zamacóis nos deleitó toda una velada contándonos sus viajes por el gran río Magdalena; y sus impresiones en Antofogasta, ciudad que a nosotros se nos figuraba una de esas poblaciones que se inventan en las astracanadas de Muñoz Seca y Abatí.

Rendueles, un periodista madrileño de mucha gracia, representante, en una de sus excursiones por América, de la gran compañía Guerrero Mendoza, nos refería sus aventuras por los Andes y las Pampas, de manera tan pintoresca que nos torcíamos de risa.

—Bueno—decía con su cerrado acento madrileño de la calle de Toledo—había que vernos cruzando aquellos ríos a lomos de cocodrilos y elevándonos sobre aquellas montañas en alas de cóndores y águilas...

Larra y Balaguer, los dos famosos artistas madrileños que rindieron su primera temporada en el gran teatro Tacón con el mejor éxito artístico y económico, eran visita del saloncillo, siempre que el programa de sus funciones se lo permitía. Se asombraban de que nosotros estrenáramos obras de verdadero empeño con nada más que diez o doce ensayos, y nos citaban, como una excepción entre ellos, cierta obra escrita por los hermanos Quintero para un beneficio de Balaguer, a la que se le dió sólo "un mes de ensayo", tiempo que nosotros invertíamos en ensayar lo menos cuatro.

Novelli, el gran Novelli, iba también a menudo a aquel saloncillo a deleitarse con el trabajo cómico de aquel genial actor nuestro que se llamaba Arturo Ramirez, y que tan maravillosamente interpretaba los papeles de "bobo". "El Bobo de Alhambra", como le llamaba La Habana entera.

Uno de los que asistían con frecuencia al saloncillo era el doctor Benigno Souza; e iba, como él decía, a tonificarse los nervios excitados, tan a menudo, por las atenciones de su carrera. Instruido en muchas ramas del saber humano, las visitas del doctor Souza eran en extremo entretenidas y amenas, pues cada una de ellas resultaba una provechosa conferencia, ya sobre literatura, bien sobre Historia, de la que posee vastos conocimientos; ora sobre ciencia, de la que es un adorador incansable. La simpatía de su trato, además, y sus grandes relaciones sociales han enriquecido el tesoro de sus recuerdos de tal modo, que de cualquier asunto o acontecimiento que se trate puede en el acto aportar datos y referencias de inestimable importancia. Ni él se cansaba de hablar, ni nosotros de escucharlo; y cuando se le advertía que se había levantado el telón y que iba a dar comienzo la obra, nos respondía siempre:

—Yo a lo que vengo es a charlar con ustedes.

Rafael Conte, el popular y ameno periodista fallecido hará seis años, iba siempre al saloncillo con alguna noticia inventada por él, o a darnos cuenta de algún libro raro que acababa de leer, y cuya veracidad correría pareja seguramente con la de la noticia que nos comunicaba. Tenía ocurrencias felices. Una noche, comentándose en el saloncillo el reciente estreno de cierta obra musical de un autor del patio—muy estimable por cierto—se le ocurrió que entre todos los que nos encontrábamos reunidos allí en aquel momento, compusiésemos una crónica haciendo el juicio de dicha obra y firmada por un supuesto crítico de música italiano, de paso entre nosotros. Cada cual puso su "barbaridad" correspondiente; y había cosas como éstas:



2

3

24 17

“¿Dónde ha visto el señor Fulano—el autor de la obra—que se use la madera para expresar el odio y la venganza?” “¿Qué hacen entonces los metales?” “La sonatina con que comienza el segundo acto, en vez de haber sido escrita en *fa*, debió haberlo sido en *sol*, tratándose sobre todo de un país tropical como Cuba, que es donde se desarrolla la acción”. Y así media columna de desatinos que publicó un periódico de la mañana; y después de leer los cuales, decía por los cafés un conocido crítico teatral de aquel tiempo:

—Eso; eso es crítica musical bien hecha.

Y hasta agregaba que había tratado en Milán, personalmente, al tal crítico de arte inventado por Conte.

Así se escribe la historia; y la crónica teatral algunas veces.

También nos visitaban con asiduidad los hermanos Savon, periodista el mayor y corresponsal de varios e importantes periódicos de provincia, muy enterado de las cosas de Palacio durante el Gobierno de Machado, del cual nos daba noticias de gran interés en aquellos tres últimos años de la “prórroga”, tan llenos de peligrosos incidentes. Vigués, el simpático Juan Criollo que redactaba entonces “La Voz de la Conciencia”, era también uno de los asiduos. A veces venía con él el humorista Jorge Fernández de Castro, de la “Marina”; González

López, del “País”; y Soloni, del propio periódico, con frecuencia; Lillo Jiménez, cronista de *sports* y también poeta, que en una temporada “sentimental” nos visitaba todos los días. El joven doctor Fernando Oller nos hablaba de los “misterios del corazón”, su especialidad, y el doctor Ricardo Ponce de la situación financiera del Estado.

También nos honraban a menudo con sus agradables visitas, los destacados miembros de esta leída revista CARTELES, los amigos Quilez y Roselló, sobrino éste del que fué nuestro compañero en la Prensa y en el teatro, aquel hombre culto y amenísimo en su trato que se llamó Gustavo Gavaldá, sal y atractivo de nuestras tertulias en el Café Central y de estas veladas del saloncillo de Alhambra, que ahora referimos. Gavaldá había leído y viajado mucho, residiendo largas temporadas en París, Madrid y New York; y su conversación resultaba, por lo tanto, de lo más interesante e instructiva. Formó en aquel grupo de autores de bufos cubanos que tanto se hicieron aplaudir por los años 83, 84, etc., en los teatros de Albisu y Torrecilla; y fué en su juventud profesor distinguido del Colegio San Ramón, que dirigía el ilustre doctor José de Poo.

El doctor Ramiro Cabrera, primogénito del nunca olvidado don Raimundo, también iba frecuentemente al saloncillo; y con él revivíamos gratos recuerdos de su padre, de cuando con no escasa fortuna figuró entre los autores vernáculos de su tiempo, dando a la escena del teatro Cervantes, cuando de él era empresario Narciso López, las obras “Vapor Correo” y “Del Parque a la Luna”, ambas con música del maestro también cubano Mauri. En “Del Parque a la Luna” trabajaron la aplaudida tiple señora Padilla, mujer hermosísima además; el hoy popular Regino López, que comenzaba entonces su carrera artística, y aquel cómico bonachón, Ballós, que desempeñaba el tipo del español avaro “que quería cogerse la luna”. Ballós desempeñaba en “La Gran Via” el Isidro aquel que timaban con los paquetes de perdigones. “Del Parque a la Luna” era una candente sátira contra el Gobierno de la Colonia; lo que produjo en el citado Cervantes un gran revuelo la noche del estreno. Gabriel Camps, ya desde entonces dando muestras de su espíritu vivaz, combativo y sin pelos en la lengua, se subió al escenario y pronunció un fuerte discurso contra el gobernador y el censor de teatros, señor Miralles; siendo detenido y llevado a la Comisaría, de donde lo sacaron los jefes del Partido Autonomista que protestaron del acto y armaron lo que hoy se llama una *tángana*, y entonces se le decía una *guángara*. Aligerada la obra de algunas durezas, se representó ciento doce noches consecutivas; y según aseguran los que lo saben, le dió de ganancia al citado empresario Narciso López muy cerca de cien mil pesos B. B. del B. E. de la Y. de C. Ya metido entre bastidores—de donde se hace difícil salir una vez que se entra—don Raimundo escribió la comedia en tres actos “Intrigas de un Secretario”, que se puso en Tación varias noches con buen éxito: Un centro cultural de la época premió la labor del doctor Cabrera con una espléndida corona.

Situado el saloncillo en la parte más fresca y ventilada del escenario, siempre se le veía concurrido durante la representación por cómicos y periodistas, parte de éstos últimos haciendo hora

para dar comienzo a los trabajos nocturnos de sus respectivos periódicos; y parte de vuelta de los mismos, de haber terminado ya los trabajos de la tarde. Muchas de las noticias sensacionales que iban a asombrar al público en los periódicos de la mañana, se conocían en el saloncillo con tres y cuatro horas de antelación. ¡Qué visitas tan amenas y entretenidas las que nos hacía el inolvidable

Victor Muñoz, con el texto de los cablegramas de Washington, New York y Paris, que iba después a traducir e inflar para su periódico "El Mundo"!

Durante la guerra mundial Benito Aranguren, fallecido recientemente con gran pena de sus amigos, y que era uno de los inseparables del saloncillo, clavó en una de las paredes del mismo uno de los infinitos mapas de las operaciones militares que se publicaron; y en él seguíamos con lápiz azul y rojo, día a día, el más minucioso movimiento de los ejércitos beligerantes. Y vengan apasionadas discusiones entre los simpatizadores de uno y otro bando; y vengan planes y cálculos de los miles de estrategias que surgían por dondequiera con motivo de la monstruosa conflagración que tenía aterrorizado al universo. El saloncillo se estremecía a veces como un Congreso con las acaloradas disputas; gracias que en él, como en el mundo, estaban en mayoría los aliados, y aquellas duraban poco. De estas discusiones surgió la obra del postalista "Aliados y Alemanes", representada en aquel escenario infinidad de noches con gran éxito. Cuando se acabó la guerra, la cartulina del plano empezó a amarillarse con el tiempo, y a enroscarse, y al cabo se desprendió de la pared; y una mañana el barrerero del escenario la barrió a golpes de escoba hasta sepultarla en el latón de la basura... No ha hecho menos la escoba de los años con los magnates y jefes que motivaron y sostenían aquella guerra inicua.

Ultimamente le había dado por acudir con frecuencia al saloncillo al doctor Julio de Poo, antiguo rata de teatro, que desde los diez años hizo vida diaria de escenario. Su padre, el doctor Jose de Poo, gran aficionado al arte de Talia, autor entre otras obras de la comedia "Casarse con la Familia", era el organizador de los cuadros dramáticos que trabajaban en las sociedades de recreo del tiempo viejo. Julio Poo era un archivo viviente de nombres, fechas, acontecimientos, etc. A menudo lo utilizábamos para los datos de nuestras postales; y siempre quedábamos complacidos; hoy lo echamos bastante de menos. Carlitos Vasseur, sobrino de Julio, y nuestro antiguo discípulo en el ya citado colegio de San Ramón, nos visitaba también con frecuencia, entreteniéndonos con sus amenas narraciones de los países sudamericanos, en los que había residido largos años como representante diplomático de nuestra República.

Nos placía oír hablar a Julio Poo del teatro viejo. Gustavo Robreño, que descende de familia ilustre de artistas, y que como el doctor Poo anda por ese mundo de las bambalinas desde sus más tiernos años, se ponía con él a citar nombres, estrenos y fechas; y era como si se presenciara la resurrección de aquel periodo de arte en que brillaron tan esclarecidos artistas y surgieron a la vida inmortales creaciones que por desgracia no se han visto superadas con frecuencia en el presente: de donde surgían en el saloncillo acaloradas discusiones entre los partidarios del teatro an-

tiguo y del moderno, quedando convencidos todos de que no hay más que un teatro que no guste, ni tenga adeptos: el malo.

En el saloncillo se hablaba de arte, de literatura, de teatro, de finanzas, de amores y amoríos; y si alguna vez el tema político se ponía sobre el tapete, se le despojaba de su acritud; y con el solo hecho de ser tratado en aquel sitio, y entre personas que no eran por lo general políticos militantes, ya adquiría la discusión un sesgo altamente cómico y pintoresco de marcado "choteo cubiche". A veces ocupaban los grills del escenario los más connotados representantes de nuestros grupos partidaristas; mas al respirar aquel amable y simpático ambiente, fraternal y democrático, que era la característica de "nuestra casa", en muchas ocasiones unos y otros se estrechaban las manos; y pasaban después al saloncillo, confirmandose en él su simpática, aunque efimera, reconciliación política, de que después hablaban los periódicos.

Machado, cuando preparaba su elección presidencial, era visita casi diaria de los grills y del saloncillo de Alhambra. Cuando José Miguel Gómez desempeñó el Gobierno de las Villas, no venía una vez a La Habana que no nos visitara. Grau San Martín, siendo ya Presidente, fué una noche a ver una representación de nuestra obra "La Intervención Cubana", donde se le aludía, desde luego, en forma correcta; y lo mismo el coronel Batista, que tuvo para autores y cómicos las más calurosas y entusiastas frases de elogios. Freyre de Andrade, en su tiempo, iba muy a menudo; y también el general Menocal; Asbert, y últimamente Miguel Mariano Gómez, de cuyas bondades viviremos agradecidos.



De aquellas visitas surgieron las obras "La Casita Criolla", "El Triunfo de la Conjunción" y otras. Pepe Strampes, "el eterno alegre" de la Acera, nos llevaba los efluvios de su simpatía irresistible. Muchas de estas personas, ajetreteadas de continuo por el vértigo de la cosa pública, cuando se sentaban en el saloncillo, exclamaban con un hondo suspiro de satisfacción

—¡Qué bien se está aquí, señores!

En el saloncillo de Alhambra se concertaron algunos duelos que después se llevaron a efecto en el escenario: el de Wifredo Fernández con el profesor de armas Loustalot; el de Pepin Rivero con Iraizoz, casi recién salidos ambos de la Universidad; el de Rey con Quiñones; el del general Loynaz del Castillo con no recordamos quién, y muchos más; y no con espadas y pistolas de utillería de teatro, ciertamente, aunque por dicha no llegó nunca la sangre al foso; ni dejaron de salir reconciliados los combatientes en la mayoría de los casos.

Últimamente el saloncillo se había ampliado en más del doble, convirtiéndose en una verdadera y confortable sala de recreo, donde cabía un buen número de sillas, mecedoras, bastoneras, etc., que ofrecían sobrada comodidad a los visitantes. En un ángulo, y sobre una esbelta columna de caoba, colocamos un busto, en bronce de Shakespeare; y él presidía nuestras veladas. También colgaban de las paredes, entapizadas de un papel verde claro punteado de diminutas florecillas de diferentes colores, retratos de los más aplaudidos y notables autores hispanos, y de artistas vernáculos, ya muertos algunos, que se habían cubierto de aplausos y gloria en aquel escenario: Arturo Ramirez, Eloisa Trias, Inés Ve-

lázco, Pirolo, etc., y varios bocetos de decoraciones de Arias, Gómis, Noriega, Antony. El poeta Sánchez Galarraga nos obsequió una vez con un retrato suyo de gran tamaño, que colocamos en lugar preferente; y el cual prendimos con un negro crespon el día de su sentida muerte. El saloncillo se renovaba y crecía de continuo; y ya teníamos planeadas otras reformas...

Pero el día 18 de febrero de 1935, a las doce y veinticinco minutos de la noche, la campana del destino hizo oír ese toque siniestro, fatal e inesperado, que tuerce violentamente el curso de nuestra vida y troncha en lo mejor las más bellas aspiraciones del espíritu: había tenido lugar el derrumbe de la pequeña nave central del vestíbulo del teatro. Aquella mañana precisamente habíamos firmado con el dueño de la finca, don José Solís, un nuevo

contrato de arrendamiento, el cual rescindimos después de la catástrofe, obligados por fuerza mayor; y más que nada, por el deseo manifiesto del dueño de aprovechar el incidente para llevar a cabo una completa transformación del edificio. La empresa de cine que lo ocupa en la actualidad, y a la cual deseamos el mayor éxito en sus actividades ¿durará y resistirá como la nuestra, otros treinta y cinco años de combate? Creemos que esa gloria le estuvo reservada a la empresa López y Villoch, tal vez la única que ha batido en el mundo ese récord de duración. Empezamos con el siglo...

Aunque diga el proverbio que todo pasa; que todo se rompe, y que todo se deja, no importa. Regino puede levantar mientras viva su gloriosa frente de actor popularísimo; Villoch puede mostrar orgulloso hasta su última hora sus años de laboriosidad y de constancia; y nuestro recuerdo no será tan fácil de borrar de aquella "casa roja" que nosotros convertimos, con la ayuda también de nuestros colaboradores, en una verdadera institución nacional cubana que contaba con la simpatía y el amor de todos.

Cuando dieron comienzo las obras de demolición del edificio que ocupara el teatro, ya se comprenderá con qué honda pena vimos echar abajo las paredes que demarcaban aquel saloncillo de Alhambra, prolongación casi del hogar de cuantos espiritualmente habíamos vivido treinta y cinco largos años en aquella casa. Cada cual se llevó su cuadro; su bibelot; su libro; su mueble; cuanto objeto aportó para adornar el amado rincón; mas el "alma del lugar", ese hábito que arraiga y alienta en los sitios en que se ha vivido mucho tiempo, quedó sepultada entre los escombros; como el cadáver del ser querido que las grandes catástrofes nos obligan a abandonar en nuestra huida...

La Alhambra, reedificada, es un monumento donde reposan, para la admiración de las edades futuras, cuarenta años—1891-1935—de alegría criolla y de laboriosidad artística cubana. "Alcázar: fortaleza; recinto fortificado". Muchos alcázares recuerdan el paso del árabe en España; pero el de la Alhambra, morada suntuosa de los Al-Alhamares, los superó a todos en arte, encantamiento y poesía.

—¡Adiós, Granada!—suspiraba el rey moro Boabdil, desde el mirador de Lindaraja—el saloncillo—dirigiendo una última mirada a la regia mansión de sus antepasados que iba a abandonar para siempre...

¡Adiós, Alhambra!



VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

SIETE GOBIERNOS Y PICO

TREINTA y cinco años de la República de Cuba encuéntranse vivos y latentes, con todos sus detalles pintorescos y políticos, en el archivo de obras cómicas y líricas del teatro Alhambra; por lo menos, halláramos allí la historia de "siete gobiernos y pico", acotada en las páginas de las producciones más aplaudidas de aquel género, revistas de actualidad, sainetes, zarzuelas, pasillos cómicos y entremeses, cuyos asuntos se inspiraron en los acontecimientos de la actualidad entonces palpitante. Así pues, cada uno de esos períodos gubernativos se caracteriza por una o varias obras teatrales que alcanzaron el mejor y más justificado éxito: de tal modo, en fin, han respondido a la actualidad del momento, y se han adaptado a los ideales e inclinaciones políticas o sociales de la multitud, que, cuando pasado aquel período que les dió vida, se han reprisado y vuelto a figurar de nuevo en los carteles—ya en otro ambiente distinto—han parecido sin alma, sin mérito, completamente anodinas; y hasta llega a hacérsenos incomprensible el éxito, algunas veces clamoroso, que en su oportunidad obtuvieron. De aquí que el autor de "circunstancias" no llegue a tener nunca, a pesar de su producción copiosa, un repertorio viable y duradero; y que en cambio, los que no han explotado el "asunto del momento", cuenten con un rincón confortable, por mucho tiempo, en los carteles del género vernáculo.

La primera intervención americana—1899-1902—dió vida a las obras "Los Yanquis en la Luna", "La Desinfección", "El Castillo de Atarés", sainete copia de las pintorescas escenas que se desarrollaban en la primera corte correccional que funcionó en La Habana, bajo la férula de Mr. Pitcher—el del "ten days or ten dollars"—"El Alcantarillado", donde se comentaba la concesión hecha a la empresa del Jai-Alai por Mr. Wood, quien aparecía en escena caracterizado por Regino López, practicando con la cesta correspondiente el simpático juego éuscaro; ejercicio que el general americano hacía todas las mañanas en la cancha del primer frontón que se levantó en la calle de Concordia.

Esta primera intervención americana fué una época de extraordinaria placidez, tanto para el país, como para el teatro cubano. Todo eran planes, gratas ilusiones, risueñas esperanzas, y bajo esos auspicios se desarrollaban los días, hasta que en uno de ellos, y de improviso, el Presidente de los Estados Unidos, Mr. Theodore Roosevelt—"el amigo Tedy"—hizo público su deseo de que en Cuba se celebraran elecciones generales para la erección de Presidente y establecimiento de la soñada República; y con las luchas de palmistas y masoístas empezaron a columbrarse los primeros chispazos, que en lo futuro habrían de convertirse en abiertos y rudos combates fratricidas...

Elegido Presidente don Tomás Estrada Palma, se inició el primer Gobierno constitucional; estableciéndose apenas pasada "la luna de miel de la República"—que duró lo más un año, como duran todas las lunas de miel de cualquier clase—estableciéndose, decíamos, después, aquella tenaz lucha de poderes entre el Ejecutivo y el Legislativo, que puso de manifiesto el poco arraigo de que a pesar de toda su honradez y ecuanimidad gubernativa, gozaba nuestro primer Presidente entre los elementos políticos que dominaban la situación; y de ahí la obra "La Rumba de los Dioses", cuyo rotundo éxito no habrán olvidado seguramente nuestros amigos de aquel entonces. Estrada Palma prescindió de la Cámara; y puesto que ella le volvía la espalda, se vió obligado a gobernar por decreto; y planteado por sus amigos el problema de la reelección, causó ésta en el país el mayor desagrado, viéndose obligada la empresa de Alhambra a retirar de sus carteles la obra "El Viaje de Papá", que apoyaba aquella reelección, a instancias del propio Gobierno, que ya veía el fracaso de su propósito; a no ser que lo impusiera *manu militari*, como desgraciadamente lo hizo al cabo, con el resultado desfavorable que todos conocemos. Gabinete de combate; Freyre de An-


 PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

2

drade en Gobernación; los "paquetes de velas"—milicianos—Quivicán; Wajay; segunda intervención; Gobierno de Taft; proconsulado de Magoon y reflejo de todo ello la obra "Las Desventuras de Liborio", otro éxito de Alhambra; y otro oportuno comentario a los asuntos de Cuba: el público empezó a darse cuenta de que encontraba en nuestro teatro un lenitivo a sus penas, y algunas veces, hasta la orientación de su política futura.

El furor guerrero, que en no pocos despertaron aquellos combates extramuros, y el inmoderado afán por los vistosos uniformes militares, enriquecidos de frívolas condecoraciones, vistosas banderas y áureas y pomposas charreteras, que prendió en alguno de aquellos héroes de platanal, inspiró a los hermanos Robreno su aplaudida sátira política "Napoleón", que durante infinitas noches, como se sabe, animó los carteles de aquel teatro. El Gobierno liberal y rumbo de José Miguel fué fértil en producciones alhambrescas; si se releyesen hoy las obras que durante él se estrenaron, veríase retratado fielmente en ellas el periodo exaltado, y de marcado "sabor bursátil" que informó el Gobierno miguelista: "El Gallo y el Arado", "El Bajá se Divierte", "El Centenario de Cuba", "El Divorcio en la India", "Maniobras Militares", "El Dragado", etc., etc.

¿Quién no recuerda la ruidosa alegría que corrió de punta a cabo de la isla con motivo de la campaña para Presidente, del general Mario G. Menocal? Asbert, la Conjunción, "La Casita Criolla", cien noches seguidas a teatro lleno, en el de Tacón, en donde se daba comienzo a los primeros derribos para construir el nuevo teatro, que tras laboriosa discusión se convino en llamarle en definitiva Teatro Nacional. Esta temporada marcó una fecha de oro en los anales de Alhambra: el debut, en "Regino por la Isla", del artista que estaba llamado a ser el nunca igualado *negrito* de nuestro género vernáculo: Sergio Acebal. El periodo menocalista alcanzó los dos extremos de la escala: el río de oro del vértigo azucarero, y la quiebra y moratoria de los bancos, estereotipados en las obras "La Danza de los Millones" y "Los Millones de la Danza". Los revendedores vendían las lunetas en esas temporadas a ochenta centavos, un peso y uno cincuenta, y en las famosas temporadas de Payret y el Nacional no cobraban menos de dos pesos, y dos y medio con "Las

Joyas de la Marquesa", "La Alegría de la Vida", "El Rico Hacendado", "El Delirio de Automóvil" y otras. Con la revolución de febrero, motivada por la reelección de Menocal, se debilitaron las entradas—las del teatro, y las de la Aduana—pero Calcaje levantó en cierto modo los ánimos; y volvió la isla a recobrar su normalidad acostumbrada. La guerra mundial dió motivo a "Aliados y Alemanes"—cuatro, cinco meses de llenos sin tregua—siguiéndole en éxito "El Patria en España", donde llegaron a la más alta cumbre de lo cómico los artistas Acebal, Pancho Bas, Mariano Fernández, Eloisa Trias, Luz Gil y la Becerra, la inolvidable *negrita* del Senegal... El éxito de "Cuba en la Guerra" dió motivo al banquete

con que fué honrado su autor en el hotel Telégrafo, el día 17 de mayo de 1917.

Alfredo Zayas inauguró su periodo presidencial con la desconfianza del país, resintiéndose con ello todos los negocios—"La Revolución China", "La República Griega", "Los Perros Comediantes", "La Tierra de la Rumba"—pero su indiscutible talento, sus dotes de acertado gobernante, y su nunca desmentido amor a las libertades públicas, le fueron allanando el camino; y proporcionándole éxitos verdaderamente notables. Cuba guardará siempre un grato recuerdo de la presidencia del doctor Zayas. El conato de revolución veterana de Cienfuegos—en el que jugó papel de importancia el coronel Laredo Brumbró un poco de miedo y de abstención en el público; pero el oportuno estreno de "La Isla de las Cotorras" puso otra vez en alto la estrella alhambresca, entrando los chorros de oro por aquellas taquillas, como, abiertas las represas, corre el agua, desbordada y vivificadora, por las sedientas llanuras: veinte y seis mil pesos líquidos, en poco más de tres meses, rindió a la empresa de Alhambra "La Isla de las Cotorras".

Y subió Machado: la época para Alhambra del "Lobo II", "La Toma de Alhucemas", "La Caída de Abd-el-Krim" y "Los Grandes de Cuba", obra ésta en la que se hacía desfilar los que lo fueron, para ejemplo de los que no querían serlo. El fantástico plan de obras públicas—uno de cuyos números consistía en ponerle a la farola del Morro una corona de diamantes—y el necesario empréstito de miles de millones para llevarlo a cabo, encendieron los ánimos en esperanzas sin límites; pero luego, como dicen en los Madriles, "vino la tía Javiera con la reba-



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA CIUDAD DE LA HABANA

ja"; y si es cierto que corrió el oro como un caudaloso río, también es verdad que tomó otro cauce que el del sufrido pueblo cubano, al que sólo le tocó pagar los platos que se rompieron en el opiparo banquete de los escogidos; sufrir las consecuencias y tascar la dura miseria que se derivó de la restricción de la zafra y otras "restricciones". Empezó a hacer agua la nave alhambresca por una pequeña vía, a la que no se le dió importancia; pero que fué creciendo, sin embargo, hasta ponernos a todos en peligro. La normalidad sentó sus reales; y empezó una vida precaria para todos, sucediéndose los hechos de sangre e imponiéndose una férrea censura que impedía toda manifestación política o antigubernamental en la Prensa, la tribuna y el teatro. Imposibilitada de ofrecer a su público aquellas revistas de actualidad que tanto agradaban, se vió la empresa de Alhambra obligada a un género anodino, destacándose de tarde en tarde alguna producción de mérito e interés relativos, como "Los Siete Colores", "Las Bodas de Plata" y "La Habana Futura", obra esta en que se elogiaba con justicia la administración municipal del que fué después, en 1936, electo Presidente de la República, el doctor Miguel Mariano Gómez. La huelga general, la masacre del siete de agosto, la caída del 12, y como desenlace, el negro avión que cruzó a las once de la mañana por encima de la ciudad, rumbo a Nassau, llevando a su bordo los autores de la obra que en aquel momento silbaban cuatro millones de espectadores, a lo largo de toda la isla...

Y eso fueron los siete gobiernos que llenaron el esplendoroso ciclo alhambresco: el "pico" cubrámoslo con Céspedes; con el doctor Grau; con sus cinco amigos; con Mendieta... un chistoso del género vernáculo diría que nuestra estabilidad nacional hallábase en ese último tramo, "en el pico del aura". De entonces son las obras "El Año Rojo" y "La Intervención Cubana", obra que al presente, con la visita del coronel Batista a los E. U., hubiera adquirido actualidad inusitada: esta vez, como otras anteriores, el genio alhambresco presintió muchos acontecimientos políticos que más adelante se confirmaron.

Al citar, entre las obras estrenadas durante el período machadista, la titulada "Los Siete Colores", hubiéramos querido dete-

nernos para rendirle justicia al que fué secretario de Obras Públicas en aquel periodo, el doctor Carlos Miguel de Céspedes; pero no lo hicimos para no darle mayor extensión a este trabajo. Séanos, no obstante, permitido, antes de poner fin a esta vieja postal descolorida, traer a colación un hecho de los varios que contribuyeron a la completa renovación de la antigua Habana: nos referimos al desplazamiento de aquellos quifoscos que, según los interesados proyectistas de entonces, la afeaban; y que, según los enamorados de la tradición, le comunicaban, por el contrario, un aire tan interesante como pintoresco. No pocos de ellos les infundían gran animación a las plazas públicas y estratégicas esquinas en que se levantaban, sirviéndole, además, de refugio al transeúnte perseguido por autos, camiones, tranvías y omnibus; y de oasis donde refrescar y descansar unos minutos. Además, no eran un atentado al ornato, como se dijo, para justificar la arbitraria e injustificada disposición dictada a rajatabla. Se recuerdan los que se levantaban en la Plaza del Muelle de Luz; en la Plaza de Armas, frente a Palacio; en la explanada de la Lonja; en una de las esquinas del Parque Central; y cien más en Toyo, la Punta, salidas de los Muelles, estaciones de Villanueva y Concha; y sobre todos, el muy amplio que se erguía al comienzo del Paseo de Isabel la Católica, arrancando de San José, frente a la cerca de Villanueva; y que los soldados de la primera intervención americana escogieron en 1899 para establecer en él una estafeta de correos, cuando ocuparon aquel paseo con sus pintorescas tiendas de lona y demás artefactos y enseres militares, cocinas, hornos de pan, imprenta de mano, etc., etc., convirtiendo aquel sitio en uno de los más concurridos de La Habana.

La población circulaba día y noche por las aceras que se extendían a ambos lados del paseo, entreviendo un mundo nuevo de orden, de disciplina y de sanidad, que no tardaría en hacer sentir su influencia, cambiando el aspecto de la antigua urbe colonial, necesitada de tantas mejoras: un pintor bohemio de apellido Puente, antiguo pensionado a Roma por la Diputación Provincial de La Habana, y entonces dibujante a ratos en el popular semanario "La Caricatura", compañero de Galindo, Torriente y Escámez, que



estaban en el "grito", copió en un cuadro al óleo, bastante aceptable, aquel pintoresco campamento de soldados americanos, que debió adquirirse por el Ayuntamiento o por alguien como un importante recuerdo histórico; y que seguramente fué "arrasado" y convertido en polvo, cuando la sanidad intervencionista ordenó la drástica recogida de los trastos y tarcos viejos que se amontonaban en la mayoría de las casas.

Era digna de observarse la vida que se desarrollaba en el interior de aquel amplio rectángulo del Paseo de Isabel la Católica; diríase que tenía uno ante los ojos un pequeño pueblo de los Estados Unidos, con su farmacia, su librería, sus pequeños stores de ropa blanca; su imprenta de pie en que se tiraba un boletín todas las mañanas conteniendo noticias del Estado Mayor del Ejército de ocupación y se repartía entre los soldados: no había tienda de campaña que no contase con su fonógrafo, su teléfono, su cocina portátil, su nevera; y descansando, ya en sus repisas, ya colgados por un cordón prendido a la lona, veíanse cuadros y fotografías familiares. Los soldados, unos escribían sus cartas; otros limpiaban sus armas; éstos cantaban y bailaban al son de banjos y acordeones; aquéllos sacaban olorosas barras de panes de los hornos portátiles, repartiéndolos muy a menudo entre los menesterosos y la chiquillería que por allí pululaban...

Existía un quiosco, como recordará el lector, en la esquina de Carlos III y Belascoain, que casi obstruccionaba la línea del tranvía eléctrico, y de cuya empresa esperaba obtener el propietario una fuerte suma, para retirarse, a fin de que la línea pudiera abrirse en una curva más amplia y cómoda. Durante algún tiempo se sostuvo, entre la dicha empresa y el testarudo quiosquista, una fuerte puja que daba pábulo a las habillitas de las gentes: que aquél pedía tanto y más cuanto y que la empresa no daba más que tanto; que el galaico cedía; que el galaico no cedía; que se rendía la empresa; que no se rendía; y ya se bañaba el cantinero en una soñada lluvia de oro, cuando llegó Carlos Miguel con los carros, los motores y los cilindros de Obras Públicas, y lo desalojó de allí sin más explicaciones y entre la rechifla y el choteo de los que contemplaban el espectáculo y conocían el asunto. La avaricia rompe el saco.

Con ese motivo, en la revista "Los Siete Colores", libro del postalista, música del maestro Anckermann, estrenada en Alhambra en febrero de 1926, se desarrollaba en uno de sus cuadros la siguiente escena que reproducimos del libreto, interpretando el guardia Regino López; y el galaico dueño del quiosco, el aplaudido actor del género Arnaldo Sevilla.

A la izquierda se ve un trasto representando un quiosco de los más deteriorados y sucios. Tras el hueco o ventana del despacho, vese al gallego quiosquero de gorra, chaleco y bigotudo: por derecha hace salida el guardia.

GUARDIA.—Bueno, paisano; lo siento mucho y tienes mucha razón; pero tengo orden de arrasarle con el cilindro de O. P.

QUIOSQUERO.—Paisano, es que arrancarme a mí el quiosco, es como arrancarme el corazón.

GUARDIA.—Así y todo, empieza a desarmarlo, y llévate los fosos.

QUIOSQUERO.—Pa la fosa dirás tú.

GUARDIA.—Pa donde sea, Pachín, ¡palante con la hojalata!

QUIOSQUERO.—Te obedeceré porque no me queda más remedio; pero déjame antes despedirme de él, recitándole la "Elegía del Quiosco".

GUARDIA.—Es para lo único que sirve: pa echarlo en la lejía.

QUIOSQUERO (*recitando dramático cómico con desplantes y suspiros del caso*):

ELEGIA DEL QUIOSCO

Estos, Fabio, ¡ay, dolor!, que ves ahora queoscos de hoja de lata ferrumbrosos fueron un tiempo oasis deleitosos, llenos de gente alegre y bullidora.

Aquí los mascavidrios callejeros metieron las grandes guarapetas; y aquí se daban cita los ríjeros, soteners, carteristas y cuquetas.

Firme como la iglesia de Toledo, el tiempo en su correr los respetó; pero Carlos Mijel levantó el dedo, y el cilindro de O. P. los arrolló...

Trono, hogar, almacén, cocina y cuna, todo lo fué este queosco que hoy me

(apena; pedestal de mi suerte y mi fortuna; y ventana de amor con mi morena.

Peró todo fenece por igual, y se acaban al fin las alegrías; acabáronse Zás y Menocal como queoscos también de purquerías.

Y lo mismo caerán con suerte ingrata los queoscos que pretendan imitarlos; "el uso ha de abollarles la hojalata; y el cilindro del tiempo ha de arrastrarlos..."

¡Pachín: tu comedero ha finicato; un méndigo tal vez serás en breve; cede al progreso; ríndete al ornato; y que Carlos Mijel te sea leve!... ¡Ay!

(Se seca una lágrima con el índice y la arroja al suelo como el que se sacude el sudor. El dron imita la caída de ella con un bombazo).

GUARDIA (llorando cómico).— Me has resblandecido las telarañas del sentimiento, Pachín. Pero nun puedo prevaricar... Bien de cirolones me tenjo larjado en este quiosco.... Pero el deber es lo primero (*cesa de llorar*) y cualesquiera se enfrenta con ese Gerardito cascarrabia... ¡Fuera el queosco!

Los que asistieron a las representaciones del teatro Alhambra, desde su primera, hasta su última noche, puede decirse que conocen al dedillo y de manera anecdótica nuestra historia constitucional republicana; y cada un estreno de aquellas obras ha de traerles, además, a la memoria, casos y fechas de su vida personal e íntima. Conocemos viejos y asiduos favorecedores de aquel teatro, que para designar o recordar una fecha determinada de su vida, o la de algún acontecimiento importante de la República, acaecido durante el periodo de aquellos "siete gobiernos y pico", acuden a su memoria; y por la fecha de algunos de aquellos estrenos, sacan en consecuencia el tiempo en que tuvieron lugar dichos sucesos, o los años que han transcurrido desde entonces. A muchas personas que durante un largo periodo de su

vida habían mantenido, por falzas o maliciosas referencias, un criterio poco recomendable sobre el "picaresco" teatro de la calle de Consulado, cuando un día, por una casualidad cualquiera, llegaron a conocerlo, ya en las postrimerias de sus años, tuvimos la satisfacción de oírles decir con el mayor desconsuelo:

—¡Ah!, ¿pero era así?... Pues lamento no haberlo sabido antes.

Y también a muchas damas de nuestra mejor sociedad, que acudían a nuestras funciones de Tación, Payret o el Nacional, les hemos oído referir estremecidas de emoción sincera:

—"Napoleón" me recuerda cuando se me declaró el que es hoy mi esposo...

—Yo me acuerdo de "La Casita Criolla", porque fué cuando me casé...

—Yo no pude ver "El Rico Hacendado" en Payret; porque acababa de dar a luz mi primer hijo...

El cortejo, el matrimonio, la descendencia; toda una vida, jalonada por las populares obras del teatro Alhambra.

Jamás tuvo aquella empresa el menor rozamiento con ninguno de aquellos "siete gobiernos y pico"; ni a ninguno le buscó tampoco conflictos de ninguna clase. De todos recibió las mayores pruebas de consideración y de afecto. Ellos sabían que al cabo darían por terminada su misión; y que al irse ellos, la Alhambra se quedaba. Eran como dos instituciones que se guardaban mutuo respeto. La Alhambra vino a la vida el año 1900, dos años antes que la República, que lo hizo el 1902; y cuando ésta cayó en 1933, justo era que aquélla continuase su vida hasta 1935, siempre a cuesta con los dos años que le llevaba de ventaja. Lo que vino después del 35, y cuando ya Alhambra había cerrado sus puertas: "Un altri cantarà con mellior plectro".

Go

35 25

Viejas Postales Descoloridas **EL CORONEL Y EL DOCTOR** (DEL ANECDOTARIO DE ALHAMBRA) POR FEDERICO VILLOCH

(Del anecdotario de Alhambra)

EL alto y noble ejemplo de comprensión y civismo que están en estos días ofreciendo al mundo, así el Gobierno saliente como el entrante de nuestra República, trae a la memoria del postalista, y pide un lugar en este anecdotario de Alhambra el estreno de aquella obra «La intervención cubana», libro de Villoch y música de Jorge Ankerman, que con ruidoso éxito tuvo lugar en aquel teatro durante la famosa penarquía que siguió al histórico movimiento del 4 de Septiembre, desarrollado en Columbia a raíz de abandonar el territorio nacional su presidente hasta entonces el general Gerardo Machado. De esto, caros amigos, se han cumplido ya once años, y una vez más viene a demostrarse que la Historia se repite continuamente, dándose hoy, como entonces, el caso de que vuelva a salir a la publicidad aquella cómica muletilla que constituyó el éxito de la citada obra:

—Con su permiso, Coronel...

—Usted lo tiene, Doctor...

Con motivo de ciertas anomalías políticas que allá por 1930 habían tenido lugar en la República de Norteamérica, y la reclamación tumultuosa que de sus pagas habían hecho en Washington los veteranos de la Guerra Mundial, llegando hasta amenazar al propio Congreso, el Gobierno cubano había acordado intervenir para poner orden y paz en aquella República. El negrito Acebal, que era el que conducía el Ejército Invasor, llevaba en lo alto un gran cartel en el que se leía:

«En todas partes cuecen habas. Ahora nos tocó a nosotros intervenir».

Dos noches consecutivas tuvo el teatro Alhambra el gusto—y el honor—de recibir en su escenario la visita del que era entonces, 1933, el sargento Fulgencio Batista, ascendido después a Coronel, y el que había sido nombrado en Columbia por un grupo de amigos revolucionarios, Presidente de la República, el doctor Ramón Grau San Martín, ambas visitas con motivo de la ya citada obra «La intervención cubana», cuyo éxito principal consistía en el regateo de consideraciones

y respeto entablado entre los dos protagonistas, y mediante el cual, cada vez que el Doctor iba a hablar, pedía permiso al Coronel, y éste, a su vez, también se lo pedía al Doctor en el mismo caso, con lo que el autor quería darle a entender al público que aquel Gobierno, hijo de una madrugada que le costó la silla a Carlos Manuel de Céspedes, era bicéfalo, y que nada se podía hacer, ni llevar a cabo, sino con una sola cabeza directriz, chiste o lo que fuera que corrió por toda la Habana como un reguero de pólvora y hacía que el teatro se abarrota-se de público todas las noches, lo que, como se comprenderá, les hizo la mar de gracia a los «interesados», despertándoles la curiosidad de ir una noche al teatro, para verse los dos allí de cerca.

El primero en mandar un recado a la empresa para manifestarle el gusto de ver la función, fué Batista, y dicho se

está que en el acto se le separó un grillé para complacerle, y a la noche siguiente hizo lo propio el doctor Grau. Recordamos que Batista vino acompañado de varios de sus jefes y oficiales más íntimos, entre ellos, Belisario Hernández, entonces su hombre de confianza, y que Regino, con su característica ruda franqueza, le dijo al coronel, viendo tantos soldados y ametralladoras por todas partes: «Está usted entre amigos, y aquí no necesita usted de cañones ni de escoltas ni de guardaespaldas».

Acompañamos en el grillé al Coronel varios artistas «francos de servicio» y el postalista, autor de la obra.

El Coronel recogía sus alusiones lo más serio posible, como si quisiera permanecer siempre «en el cuartel», y cuando no podía más, se retiraba un poco hacia atrás en su asiento, para no ser visto del público, y se reía con todas sus fuerzas. Pepe del Campo, que interpretaba el rol del Coronel, ponía todo lo suyo, que es como decir que sacaba el papel de quicio y le hacía largar al público las tripas a fuerza de estrepitosas carcajadas. Regino no tenía papel en la obra, lo que era de sentirse, a causa de haberse estrenado ésta en uno de los frecuentes viajes que hacía a Nueva York: a él le interesaba más las decisiones de los clubes peloteros americanos, que las rencillas de casa, y hacía bien.

Entraban y salían los jefes y oficiales en el grillé donde se hallaba Batista, trayendo recados y recibiendo órdenes; lo que dijimos: «en el cuartel». El público, que se da cuenta en seguida de todo lo que sucede en el interior del teatro, se la

HEREDIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

dió de la estancia de Batista en el grillé platea de la derecha, bajo del escenario; y excusado es decir que no le quitaba los ojos de encima, siguiendo paso a paso, y detalle por detalle, todos los incidentes de la obra. Cuando ésta terminó, el Coronel se despidió de todos con la mayor afabilidad y cortesía y hubo lo de cuadrarse y saludarse unos a otros a lo militar, etc., etc., movimiento de tropa, cuidado al jefe, y apretones de mano de éste a autores y artistas, en agradecimiento al buen rato—hora y media—que había disfrutado durante la representación de la obra. La había hecho mucha gracia lo de

—Con su permiso, Doctor...

—Usted lo tiene, Coronel...

—Con su permiso, Coronel...

—Usted lo tiene, Doctor...

Al día siguiente vino el doctor Grau acompañado de uno de sus ayudantes, y del entonces jefe de la Marina de Guerra Nacional, nuestro primo, el comandante Salvador Menéndez Villoch, y ocupó el grillé planta baja de la izquierda, y entonces le tocó a su vez a Otero, como la noche anterior le había tocado su turno a Pepe del Campo. Otero—el «gallego» de más gracia que ha pisado las tablas habaneras, después de Pirolo y de Regino—tenía a su cargo el papel de Doctor, y lo desempeñaba marcando ex profeso la pronunciación española característica del doctor Grau: —Yo no quiero nada de esto, señor —decía en uno de sus parlamentos—, a mí me han ido a buscar a Asturias para meterme en estas andanzas. Con su permiso, Coronel. Nos hemos encontrado esto hecho un

nido de gallinas cluecas, nos va costar mucho trabajo poner otra vez en orden el gallinero. Con su permiso, coronel. A mí que me dejen con mis muchachos, y con mis clases, y mis libros, y mis asuntos particulares. Con su permiso, Coronel.

Y cuando el Coronel contestaba: Usted lo tiene, Doctor, Otero daba las gracias, cargando la frase con cuatro «ces» por lo menos. Y Grau se reía en su grillé como uno de sus muchachos, en día de asueto: tirándose sobre la silla, dándose de cabezadas contra las paredes, apretándose el vientre con ambas manos, retorciéndose de risa, como si dijera, adelantándose a Trespatines: —¡Diga la gente lo que diga; pero yo gozo!...

¡De esto, caros amigos, se han cumplido ya once años! Muchos de felicidad, de satisfacciones y de triunfos habrán gozado el Coronel y el Doctor en

ese período de tiempo; pero dad por seguro que aquellas dos noches del teatro Alhambra, presenciando la obra de gran éxito, de la que todo el mundo hablaba en la Habana, «La intervención cubana», serán las que con mayor relieve se destaquen en sus recuerdos; precisamente porque se hallaban tan fuera de las enconadas luchas políticas, aquellas dos noches en que gozaron y rieron con toda la fuerza de sus generosos corazones criollos el Coronel y el Doctor. Si se sabe esperar, todo llega, y se realiza y se cumple en este mundo: las más absurdas ficciones que hayamos podido concebir, el ansia mayor de poder y gloria que haya logrado encender nuestros pechos; y sobre todo, el santo y noble ideal que ha sido norma, estrella y guía de toda una existencia. Y cábele al postalista el gusto y la satisfacción de ver reproducido al cabo de esos años, en la realidad, aquel estribillo en que se basaba el éxito de su obra «La intervención cubana». El día 10 de octubre, ya próximo, los dos protagonistas de aquella ficción teatral se convertirán en dos seres reales, y se encontrarán en la sala de recepciones de la mansión del Ejecutivo, frente a un público compuesto en parte de aquél que en el teatro Alhambra seguía el desenvolvimiento de la citada ficción cómica, y ante la silla presidencial, que por derecho aún ocupará el antiguo Coronel, el Doctor le dirá, pidiéndole permiso para sentarse en ella, y ocuparla, como Presidente que acaba de ser electo de la República de Cuba:

—¿Me permite usted, general Batista?

Y el General, con su sonrisa más cortés, y sus más finas maneras, se levantará, diciéndole, al cedérsela:

—¡Con mil amores, doctor Grau San Martín!

Y el enorme público que ocupará la sala, y llenará los alrededores de Palacio, y se hallará expectante a todo lo largo de la Isla, volverá otra vez a aplaudir con el mismo entusiasmo de aquella noche en el teatro Alhambra, al CORONEL Y AL DOCTOR.

Handwritten signature and date: Julio 27/4

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

Por FEDERICO VILLOCH

«LA ORQUESTA DE ALHAMBRA Y SUS DANZONES»

A la memoria de nuestro querido e inolvidable amigo y colaborador, el insigne músico cubano Jorge Anckermann.

HABIENDOSE ocupado en estos días varios distinguidos periodistas, entre otros, los señores Vasconcelos, Alvarez del Real, Ferrer de Couto, etc., de particularidades y recuerdos del teatro Alhambra, creemos que pueda ser de interés para nuestros habituales lectores, escribir algunas líneas sobre la orquesta de aquel histórico teatro vernáculo, y citar los títulos de algunos de los danzones que allí se estrenaron y tocaron, entre los aplausos más ruidosos y entusiastas del público. Directores de aquella orquesta fueron, por el orden en que los consignamos, Justo Soré, Modesto Fraga, Manuel Mauri, Jorge Anckermann, Jaime Prats, Sergio Pita, Horacio Montañego y Ricardo Riverón; de los violines recordamos Emilio Reinoso, David Rendón, Moya, Trápage, Crespo, Antonio Torroella, conocido por «Tata», hijo de Antonio Torroella, Pápaíto, Mauricio Ortega y Raúl Gómez Anckermann. De los flautas: Cándido Sainz, encargado de la partichela de la orquesta y Antonio Acosta, conocido por «Acostica». Clarinetes: Pedro Pablo Díaz, Andraca y Ramón Fernández. Entre los cornetines: Rarach, padre, que fue director de la banda de un batallón de voluntarios en la época de España; Carrillo, Hipólito y Luis Valdés. De los contrabajos, citaremos a Manuel Quirós, los hermanos Anckermann, Jorge y Fernando, Poligeno Erbé, José Farach, hijo y Manuel Fernández, Drunistas: Enrique Piña, una verdadera notabilidad del género; Tatita y Froilán Orosman y Timbaleros, vamos a destacar el nombre de Santiago Oquendo, que trabajó en Alhambra muchos años. Fue famoso tocando los timbales y volvió loco al público, acompañando la rumba, los danzones y los boleros. El gran primer actor italiano, Padadini, de la compañía artística de Teresa Mariani, siempre que disponía de una noche libre venía a

oírlo a Alhambra, sentándose en una luneta de primera fila para regocijarse viéndolo manejar, con aquella «habilidad superba», como él decía los palillos.

En el antiguo repertorio de la opereta bufa francesa existía una obra titulada «Le Timbal d'Argen», que en noches que ya pasaron de arte, elegancia y sociabilidad se pusieron en el Gran Teatro de Tacón varias veces, interpretada por la Judih, Paola Marié, Luisa Thao, etc., y nosotros, refiriéndonos a aquellos «timpanos» de Santiago, con las que la empresa de Alhambra había ganado tanto dinero, podíamos haber escrito otra obra titulada «Los Timbales de Oro»...

Puede decirse que Alhambra fue la cuna de nuestros mejores danzones; allí nacieron y tomaron vuelo para popularizarse muchos de ellos; y los que habían sido escritos fuera de allí, la orquesta de Alhambra les daba el «espaldarazo» para la inmortalidad. De aque-

llos sandungueros y criollísimos danzones recordamos: de Jorge Anckermann «Las Alegres Aviadoras»; «Arriba la Rumba»; «América en la Guerra»; «A Caballo»; «El Barón de Pogolotti»; «La Brujula»; de la zarzuela «El Viaje del Patria»; «Cuba tus hijos lloran»; «El Canto del Senegal»; de la zarzuela «Aliados y Alemanes»; «Las Chancleteras»; «Diana en la Corte»; «Enagüerero Bongó»; «Flor de Te»; «Fermin Barreto»; «Girasol»; «La Intervención Cubana»; «La Invasora»; «Jabón Corona»; que se hizo popularísimo «Las Mulatas en el Polo»; «Los Mantones»; «La Prieta Santa» y muchos más que nos ocuparían gran espacio el citarlos. De otros autores citaremos «El Carnaval de Venecia»; «Danzomanía» y «La Corte de Faraón», de Manuel Mauri y también citemos, porque era de los más populares, «El Fotuto del Fotingo», de Fernando Anckermann, el hermano de Jorge.

Muchas personas iban a Alhambra especialmente a oír los danzones que magistralmente tocaba aquella orquesta. Machado, cuando sólo era «Yayo», iba por la calle de la Industria a oírlos y bailarlos en el almacén de útiles del



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

teatro con Eloísa Trias, Chelito u otras de nuestras artistas; y cuando José Miguel lo nombró Secretario de Gobernación, su pena mayor consistía en no poder ir a Alhambra para bailarlos; pero así y todo, alguna que otra vez, no pudiendo resistir sus aficiones de cubiche bailador, venía de «ocultis» a bailarlos en el mismo sitio: su mayor contento era bailar un danzón con una buena compañera.

Muchas personas iban a Alhambra principalmente a oír los danzones de su orquesta; Govín, Director de «El Mundo», el banquero Hidalgo, padre de Lili, el juez Castro, etc., después que los oían, reclinaban la cabeza en el respaldo de su luneta, y echaban su sueñecito. Y no digamos los autos particulares que al cruzar por las calles de Virtudes e Industria, que al estar tocándolos la orquesta del teatro, se detenían para que los oyeran sus ocupantes, generalmente señoras y señoritas que venían del paseo. En la casa sita en Virtudes esquina a Industria residió mucho tiempo el que fué nuestro culto e íntimo amigo de la juventud don Sebastián Gelabert, acaudalado banquero y persona de refinados gustos artísticos, quien una vez confesó que su mayor distracción consistía en sentarse en la sala de su casa, con sus familiares, a oír la orquesta de Alhambra tocar sus danzones, y a los artistas de dicho teatro cantar los preciosos boleros, puntos y canciones con que se amenizaban las obras: dentro y fuera, de cerca y de lejos, aquella Alhambra querida e inolvidable constituyó el mayor encanto de los criollos, durante los dilatados años de su fecunda existencia...

Contaba Alhambra en su cuadro artístico con tres figuras que por su elegancia y su arte podían aspirar, con éxito, al premio extra, del más exigente concurso coreográfico: Regino López, Gustavo Robreño y Pepe Serna, con sus correspondientes parejas Lina Fruto, Pilar Jiménez, y Amalia Sorg y los autores tenían buen cuidado de ofrecerles en sus obras propicia ocasión para que se luciesen, ya con la vivaz antigua danza criolla, ya con el despacioso danzón moderno, ya con la alegre rumba que entonces se le calificaba de «callejera». ¡Qué elegancia la de Regino! ¡Qué gracia y sandunga criolla la de Gustavo! ¡Qué dislocaciones y sacudimientos epilépticos los de Pepe Serna! ¡Y qué estruendoso y ensordecedor aplauso aquél que estremeaba al teatro al terminarse el número!...

Ultimamente Pepe Serna le imprimió a la rumba un raro y nervioso aspecto bailándola con un estremecimiento de todo el cuerpo que hacía parecer al bailarín como atacado por el mal de San Vito; y cuando se le criticaba aquella novedad, respondía:

—Pues esa será la rumba del porvenir.

Y no se engañó el aplaudido y popular rumbero de Alhambra; esa es la rumba loca y dislocante, y sacada de quicio, con que hoy triunfan en los cabarets y en los shows los principales y más renombrados artistas de ambos sexos que la cultivan; a Pepe Serna, se le debe, pues, indiscutiblemente, la creación de la rumba moderna; y bien harían en dedicarle un recuerdo los artistas que con ella se lucen en los cabarets y en los estudios cinematográficos.

Una señora de las asiduas concurrentes a nuestras temporadas de Tacón, el Nacional y Payret, nos decía:

—Cuando la orquesta de Alhambra atacaba los primeros acordes de aquellos danzones cubanos que componían la sinfonía de todas las obras de ustedes, un escalofrío me recorría todo el cuerpo; la emoción más profunda me hacía palpitár el corazón violentamente; y algunas veces, con disimulo, he tenido que secarme las lágrimas que se desprendían de mis ojos. Era como si mi Cuba, que va teniendo escasas ocasiones de manifestarse con las modas y las nuevas inclinaciones reinantes, se me entrara hasta lo más íntimo del alma!...

¿Qué pensará, o qué sensación experimentará hoy esa señora, cuando oye empezar la tanda con un estrépito de sartenes, aullidos de saxofones y destemplados y estridentes alaridos de cornetín, interpretando una de esas extravagancias antimusicales, ajenas a nosotros, por completo, que llaman swing?

El primer danzón lo estrenó el músico matancero Miguélito Failde, en una «parranda cubiche» que se celebraba «En las Alturas de Simpson» de Matanzas una noche del año 1880. ¡Qué lejos! ¡Qué lejos se le oye ahora, y cada vez más débil, hasta que acabase por perderse en el pasado! ¿Cómo no vamos a recordar con simpatía y con honda nostalgia, «LA ORQUESTA DE ALHAMBRA Y SUS DANZONES?»

1 e 2/4



Viejas Postales Descoloridas

Por Federico Villoch
D.V. • Q.V.

UN ESTRENO EN ALHAMBRA

DESPUES de doce años de absoluto y profundo silencio—aunque no de olvido—el martes 23 del corriente tuvo lugar un estreno en el antiguo teatro



Alhambra, hoy cine Alkázár, llamado así no a gusto ciertamente de su propietario nuestro viejo amigo José Solís, con motivo de una tarja colocada en dicho edificio a la memoria del popular actor Regino López, que dice así:

«A la memoria del popular actor Regino López Falcó, fundador, con Federico Villoch, autor, y Miguel Arias, escenógrafo, del teatro Alhambra, que funcionó en este sitio desde el 10 de noviembre de 1900 hasta el 18 de febrero de 1935».

Entre otros números del programa llenamos uno con la lectura del siguiente soneto dedicado a la memoria de nuestro inolvidable consocio y amigo:

De «Cañita», la voz firme y potente,
hoy se escuchara entre risueña y
(grave);
pero «Falta una voz», canta la
(clave);
y aquí «Falta un actor», dice la
(gente).
Medio siglo ha llenado, omnipo-
(tente),
la vernácula escena; en lo que
(cabe),
fué su guía y mentor; y el que no
(sabe),
de su humorismo, morirá incre-
(mente).

Juntos los dos en venturoso día,
plenos de ensueños y pujante brío,
emprendimos del arte la ancha vía;

Y el destino dispuso en su albedrío:
que su pan compartiera con el mío;
y en su gloria también fuera la
(mia).

Concurrió tanto público como en aquellas famosas matinées en que se ponían en escena las obras «Napoleón», de Gustavo Robreño; «La toma de Veracruz», de Agustín Rodríguez; «La conga de Colón», de populares saineteros López Loyola, conocido por el Calvo López, y Manolito Mas; y «La casita criolla», de Villoch. Entre la concurrencia tuvimos el gusto de ver a los hijos del actor recordado, Oscar, Regino y Armando, acompañados de sus distinguidas esposas y sus hijos, uno de ellos, el mayor de Regino, un arrogante capitán de

Policia. Al señor ministro de Defensa, Salvador Menéndez Villoch, admirador de Regino y asiduo concurrente al Teatro Alhambra; al doctor Benigno Souza, amigo particular de Regino y ameno concurrente al famoso saloncillo de aquel teatro, donde entretenía a todos con sus interesantes charlas científico-literarias. También vimos allí a muchos artistas de aquel teatro, Blanca Becerra, Hortensia Valero, Mariano, Julito Díaz, Otero, Leopoldo Fernández, Anibal Delmar, Pepe del Campo y al viejo amigo de la casa, Pepe Serna, papacito de la rumba alhambresca. Gustavo Robreño, el compañero de siempre, simpático, agradable, deleitó al público con una bella charla referente a Regino y sus amigos; y tuvimos la gran satisfacción de ver dirigiendo la Banda Municipal a Gonzalo Roig, autor de muchas obras de aquel repertorio y de los numerosos puntos, guarachas y claves que allí cantaron, entre ovaciones y aplausos, Regino, Pilar Jiménez y Adolfo Colombo... Fue un acto histórico y emocionante que conmovió a la concurrencia profundamente.

Felicítamos con toda sinceridad al compañero del gran periódico «Información» Augusto Ferrer de Couto, iniciador de la idea, y al alcalde de La Habana, don Nicolás Castellanos, que la llevó a la práctica, sufragando los gastos de la tarja de su peculio particular... Ah! si Regino abriese los ojos, y pudiera volver a esa esquina de Consulado y Virtudes, qué asombro el suyo al ver aquella sencilla, clara y fresca casa de la Alhambra, convertida en este caserón enorme, de cosas y cosas unas encima de otras, que pudiera rivalizar con el Laberinto de Creta!... Enrique

Uthoff, el simpático y jovial periodista mexicano, llamaba a Alhambra el teatro del «regocijo», remarcando la jota como un nativo de Jaén.

Muchas personas, buenas amigas de aquel teatro y del género criollísimo que en él se cultivaba, nos preguntaron por qué no siguió Alhambra funcionando. Y a aquello podría responder un poeta diciéndolo:

No indagues del arcano en lo pro-
(fundo):
vivió lo que tenía señalado;
cada hombre y cada cosa en este
(mundo)
tiene su tiempo fijo y limitado.

Para los organizadores y concurrentes nuestra felicitación y nuestro agradecimiento más caluroso; honrar, honra, dijo el Maestro:

30

EL TEATRO ALHAMBRA: UN CAMERINO QUE ERA CATEDRAL, CENACULO, CORTINAJE
Y SENTIDERO.

Por Don Gual

Inf, ab 25/948.

A mi admirado amigo
Don Gustavo Robreño, el
gran caballero del teatro
cubano.

SI la demolidora piqueta no hubiera tumbado el viejo y poco elegante galerón donde se instaló hace 45 años, más o menos, el Teatro Alhambra, hoy el camerino de mi querido amigo y consecuente vecino Don Gustavo Robreño, se podía añadir a los lugares interesantes, reliquias de ayer, que el turista de cultura visita al llegar a nuestras costas. Dentro de su categoría hubiera sido catalogado en la ya larga lista de "landmarks" habaneros como la Plaza de la Catedral, la Alameda de Paula, el Palacio de Aldama, la casita de la calle de Paula donde nació el Apóstol, el Convento de San Francisco, el de Santa Clara, las fortalezas de El Morro, San Carlos de la Cabaña, la de Atarés, la de la Punta y la del Príncipe, la Iglesia del Santo Angel, las ruinas de las murallas, y otros lugares que recomienda nuestra hoy acéfala Corporación Nacional de Turismo. Pero Don Pepe Solís, dueño de la finca donde se levanta el viejo teatro de Pírolo, de Regino, de Villoch y de los Robreños, con sentido práctico y progresista exigió el teatro Alkazar, cuyo frontis acaba de ser embellecido, contribuyendo a mejorar esa cuadra de Consulado, entre las calles de Neptuno y de las Virtudes, que todavía afean un almacén de tabacos, varias fonduchas, y otras modestas tiendas, todos condenados a desaparecer en breve plazo.

Cuando mi amigo Don Pepe construyó el nuevo teatro "Alkazar", yo sugerí que se le siguiera llamando "Alhambra" como homenaje al templo bufo cubano, y al famoso palacio moruno, que inspiró uno de los mejores libros de Washington Irving. Pero, entonces, hace muy pocos años todavía, el nombre de aquel teatrillo sonaba a algo muy pecaminoso... El tiempo nos ha demostrado, que de eso tenía muy poco, ya que muchas obras de género chico, representadas en otros coliseos de la capital, dejaba al pobre "Alhambra" incluido entre las "inocencias" de las cosas de ayer, antes de la era del bar privado, el highball, el divorcio, los cuentos picantes y las trusas infimas.

Recuerdo, cuando hace más de cinco lustros, una gran dama habanera, le echaba en cara a nuestro compañero Massaguer, las páginas de desnudos y de bañistas de Mack Sennet, que salían en la inolvidable revista "Social". Si hoy la bondadosa señora, viviera, hallaría que, en justicia, aquellas planas que tanto la alarmaban están ya casi catalogadas entre las estampitas de primera comunión.

¿No hace poco que el hecho de que una damisela saliese sin la "chaperona" era un escándalo? ¿No se criticaba duramente a la doncella que saliera a la calle, más de tres veces durante la semana? ¿No era terrible que una bañista (tan vestida; con gorra, mangas hasta el codo, medias negras, y reducido descote) se sentara sobre la arena, sin involucrase en su negra capa?

Pero todo pasa y todo cambia. Y en Cuba y en el resto del mundo, las cosas han cambiado tanto, que ya sabemos que el francés empieza a descartar el vermuth aperitivo por el cocktail, y la dama inglesa no toma tanto te como sus abuelos. Todo esto me viene a la mente, al recordar aquel rinconcito, profano santuario, donde el culto y cordial actor y comediógrafo, reunía a sus amigos, y

huéspedes ilustres, que visitaban el teatro de Virtudes y Consulado

DESFILE GLORIOSO

Debo confesar que mis múltiples ocupaciones, después de la puesta del sol, me prohibían ser un asiduo del cenáculo del buenazo de Gustavo, pero si recuerdo la pequeña habitación decoraba con cientos de retratos autografiados (uno de ellos el dedicado a G. R. por los hermanos Alvarez Quintero, todavía se conserva en su despacho del Vedado), dos cuadros de Anglada Camarasa (el egregio pintor español) y aquel busto de William Shakespeare, que parecía presidir la Peña, formada por escritores, artistas del lápiz, críticos, muchachos de la Acera del Louvre, y hasta altos oficiales del gobierno

En ocasiones distintas visitaron el "sanatorio" presidentes cubanos como los generales Menocal y Gómez, los también generales Machado y Batista, el doctor Miguel Mariano Gómez, y el que hoy rige los dudosos destinos de la República. Dos ex presidentes extranjeros también fueron huéspedes de G. R.: El célebre y pintoresco Cipriano Castro de Venezuela y Woss y Gil de la república quisqueyana.

Entre los alcaldes habaneros recuerdo la presencia del inquieto y barbudo general Fernando Freire de Andrade, el anguloso Don Marcelino Díaz de Villegas, el risueño "Manuelito" Varona Suárez, el combatido José María de la Cuesta (descendiente de los Condes de la Reunión de Cuba y de los Marqueses de Prado Armeno), el feo y simpático Eugenio Leopoldo Azpiazu, el recién fallecido "Pepito" Izquierdo, y por último el doctor Raúl G. Menocal y Seva, hoy figura prominente del Frente Opositor, por su conspicua posición en el Partido Demócrata.

Para mucho de mis lectores será una sorpresa (me refiero a los jóvenes que leen mis crónicas) enterarse de que el egregio Ermette Novelli, astro italiano aparece en la gloriosa lista de los visitantes del "camerino". Por allí pasaron otros grandes actores como los italianos Carlos Dusse, Ruggiero Ruggieri y Armando Falconi, los españoles Emilio Tuillier, Mariano de Larra, Balaguer, Ernesto Vilches, Pepe Santiago y Miguel Villarreal; los célebres cantantes Tita Ruffo y E. Mansueto, de la ópera; el intánge actor catalán Enrique Borrás; el mundanisimo Andrés Perelló de Seguróla, y hasta Fernando Porredón. Los diplomáticos, aficionados a la tertulia intelectual acudían a menudo a la "peña" aquella; Gaytan de Ayala, de España; Stéfano Carrara, de Italia, Tulio Cestero y Osvaldo Basil, Max Enriquez Ureña y Fabio Fiallo de Santo Domingo; y el locuaz paisano Don Mario García Kohly. No recuerdo si el ministro español Alfredo de Mariátegui acertó a caer en ese recinto alguna que otra noche pues era uno de los "acostados".

LOS LITERATOS

La lista de hombres de pluma, que visitara a Robreño en su santuario es extensa, y como mi lector verá incluye los más ilustres nombres de la época, además de los ya mencionados Max Enriquez, Cesteros y Basil, debo incluir a nuestro formidable crítico y poeta Emilio de Bobadilla, aquel Fray Candil que hizo famoso y temible su pseudónimo, tan bien cotizado en diarios y revistas. Cuando el cardenense regresaba de algún viaje se colaba de roñón en el camerino. Don Ramón del Valle Inclán con su zezeo, sus antipa-

rras, su manga vacía y "sus barbas de chivo" consagradas éstas por Darío, visitó el lugar varias veces, y deleitó con sus sarcásticos cuentos a los contertulios. El impulsivo Vicente Blasco Ibáñez, que estuvo de paso, en un viaje hacia Nueva York y Chicago, donde los editores le ofrecían cheques en blanco por sus futuras novelas y cuentos. Don Jacinto Benavente, con su perilla en el mentón, que hacía compañía a la de su inseparable habano. El talentoso dramaturgo español Linares Rivas, con sus ojos saltones e inteligentes. Waldo Frank, el yankee de corazón indoamericano. Nuestro paisano Eduardo Zamacois, orgullo de Pinar del Río, y de nuestro mundo literario. Pepin Rivero con su "tic" y sus deliciosas anécdotas. Alfonso Hernández Catá, que leía a veces capítulos de su más reciente novela. Vargas Vila, que conservaba aquellos ojillos maliciosos, que observaban todas las miserias y... las niñas bonitas. El brillante novelista Jesús Castellanos, que a ratos dibujaba los perfiles de la concurrencia. Don Juan Gualberto Gómez, con su puro, sus gafas y su bastón, que nos contaba la odisea del 95 o hacia observaciones sobre el último libro llegado de Francia. El vehemente José Antonio Ramos, que discutía acaloradamente diferenciando sus acanzadas ideas. Don Fernando Ortiz, que entonces no era tan voluntarioso, ni tan afro-cubano. Gabriel R. España que trataba de convencernos a todos que no debíamos de morir sin conocer la Madre Patria, cuyo nombre él llevaba como apellido. Aldo Baroni, que ya creía que Cuba era "un país de mala memoria", pero no lo decía sino a "tutto voce". El coronel Manuel María Coronado, que era senador, además de ser director de aquel gran diario "La Discusión". El magnifico mexicano Don José María Lozano, que tanto le gustaba vivir entre nosotros. Wilfredo Fernández con sus cristales oscuros, que me inquietaban mucho. Mario Muñoz Bustamante que reía los chistes de Jesús J. López, y los "colmos" del "Chamaco" Longoria, que siempre llegaba como el Artañán con aquellos tres mosqueteros que eran (Portos) Uthhoff, (Athos) Mario Vitoria y (Aramis) Paquito Sierra. El impecable Emilio Morales de Acevedo, que fumaba el puro de sobremesa, acompañado del "incroyable" Gómez de Garriga. ¿Te acuerdos Pepe? Paquito Chacón (Santibaner) un poco enfermo se dejaba ver allí, algunas veces. Don Mariano Aramburo con su aspecto abacial, sus trajes de obscura alpaca y su abaniquito criollo. El "Conde Kos-



tia", que aprovechaba cualquier oportunidad para recitar, engrifado todo, la Eneida. Espronceda o los versos de Tula; Antonio Irazós con el penacho negro todavía, que tiraba "chinitas" diarias desde su cotidiana columna de "Tit Bits". Enrique Cautafieda siempre monopolizaba la atención con su elocuencia mundana y profunda. Paco Ichazo con los pantalones largos de Don León, se colaba a veces, y pretendía engolar la voz, para no revelar sus pocos años. Ezequiel García Enseñat, limpiando constantemente el cristal de su monóculo hablaba siempre del lejano París, de su visita a la Malmaison, de las comedias de Molière y Racine y del último canto de Rostand que por ser de un "Chantecler" despertó a medio mundo. Ubago, con su cara de pocos amigos, los hacía a cientos en cuanto había la boca. Angel Ga-

briel Otero y Lorenzo Frau Marsal, que llegaban a la tertulia del Café El Casino, donde le tomaban el escaso pelo al Maestro Gay; Evelio Álvarez del Real, entonces un pollito no mal parecido, que no soñaba en tornarse un grave Ministro de Justicia en 1948; Juan J. Remos, con su aspecto de tímido colegial oía mucho y callaba más; Rafael Conte, en cambio oía poco y hablaba mucho, sobre todo de su "Hermano Pepe"; Don Perico Herrera Sotolongo, sin el apéndice peludo de hoy, recordaba con Isidro Corzo sus días de Madrid; Mariano Corona, en visitas breves, venido de su rincón oriental, le gustaba pasar un rato entre cultos y enterados camaradas; Sergio Carbó, que ya hacía jinitos, y soñaba con ser un gran editor de semanarios y diarios, y ver "los toros desde la barrera". (Sergio una vez cayó en el redondel, pero dió un pase magistral diciendo: ¡Fo! ¡Ahi queda eso!). El Arquitecto Bens Arrate, que escribe y habla bien, era otr "habitué" Néstce pas?

MAS CHICOS DE LA PLUMA

Aunque no por ser chico, comenzaré este párrafo con Don Pepe Hernández Guzmán, que ya se tocaba con la gorra turística, con lo que lo caricaturizó magistralmente Rafael Blanco; el bueno de Martín Pizarro con sus ojos de abencerraje miope; los compañeros Raúl Marsans, Antonio González Mrs. Isaac Álvarez del Real, Alberto Vila, Gustavo Rey, Pepín y Agustín Rodríguez, el "ocurrente" Ramón Gárate; el amable don Antonio Martín Lamy; Fuentevilla, con los bolsillos llenos de primeras pruebas y notas de reportero; Lillo Giménez, que ya despun-

taba como repórter y cronista de gran futuro; Félix Soloni, que hace años nos dejó para vivir a la sombra de los rascacielos, donde "periodiquea" con Oscar Massaguer y Pepe Perona; el cordial Manuel Serafin Pichardo con sus bigotes engomados, y los bolsillos llenos de "Ofélitas"; el adusto Eduardo Alonso, que cuando me miraba un poco me sentía ya desafiado y... traspasado; el querido Juan Bonich; el infortunado Leopoldo Fernández Ros; el ortofónico Tomás Servando Gutiérrez, que le hacía competencia a todos los fonógrafos de la ciudad; Don Eduardo Varela Zequeira, que nos producía calofrío cuando nos detallaba el asesinato de los Muñoz Sañudo o la hecatombe de Isasi; Lugo Viña, que llegaba de Cienfuegos, lleno de ilusiones y proyectos; el nervioso Armando André; el simpático Jorge Fernando de Castro; Guillermo de Blanck, con sus grandes orejas y su "monocle" londinense, que como "Raconteur" siempre nos deleitaba; Julito Gaudaurd, a quien temíamos por sus preguntas indiscretas a ciertos "venerables"; Tomás Juliá que no se quedaba atrás; Raúl Gay, con sus "bigotes de gato"; Juan Borotau con sus ojos "alborotaus" y sus gafas de negra cinta; Pizzi de Porra, con su giocondesca sonrisa; y por último, Emilio Roig de Leuchsering, que ayudaba a Massaguer a hacer "Gráfico", "Social" y "Carteles", y ya soñaba con el museo de San Cristóbal de La Habana.

LOS POETAS

Pichardo llevó a José de los Santos Chocano al camerino de Robreño. El autor de "Los Caballos de los Conquistadores" se

apareció una noche, impecablemente vestido, con largos bigotes y florido pañuelo y recitó su "Nostalgia".

"Hace ya diez años que recorro
(mucho;
He vivido poco, me he cansado
(mucho
Quien vive de prisa, no vive de
(veras.
Quien no echa raíces, no puede
(dar frutos..."

También el sublime muchacho, aquel Federico García Lorca, también fascinó recitando entonces sus casi desconocidos versos. Villaespesa nos recitó también sus cosas, llevándonos hasta el mismo Patio de los Leones, al narrarnos los amores de una bella princesa musulmana con un príncipe cristiano y español. Lozano Casado, que frecuentaba el concafe, mu-



"Yo debí de haber nacido en la España de un rey moro".

Don Enrique Hernández Miyares, ya muy viejo y cansado, iba alguna que otra vez y en una noche solemne (en el camerino había sólo dos o tres amigos) nos recitó inflamado su soneto-cumbre: "La más Fermosa"; Don Bonifacio Byrne, cuando desde su rincón yumurino, venía a pasar unos días a La Habana, no perdónaba una visita al querido Gustavo. Otros bardos que vi allí con frecuencia eran Emiliano Hernández, el pobre Gustavo Sánchez Galarraga, Ernesto Fernández Arrondo, Pastor del Río, Hilarión Cabrisas...

LOS "PINTAMONAS"

Recuerdo bien al grupo de caricaturistas y escenógrafos que se reunían en el santuario robreño. Empezaré a recordar a Ricardo de la Torriente, el afortunado editor de "La Política Cómica", que llegó a completar su "tenue" de artista (chambergó, chalina, barbilla y melena) con la álea cadena de los acaudalados que le cruzaba ya el redondeado abdomen, delator de "La curva de la opulencia". Luego Rafael Blanco, que se reía de los ataques del creador de Liborio, que no le perdónaba al ajedrecista que le hubiera quitado el cetro de máximo caricaturista cubano, Heriberto Portell Vilá, tan languirucho como hoy, pero todavía con un canchero colgado de sus faldones; Ferrufino, que pasó por aquí como una exhalación, dejando una estela de dibujos inquietantes por lo "sicalípticos"; Escamez, que ya se separaba de Torriente (estilo y negocio) para emprender largo viaje por la América indoibera, de donde volvía con cheques y retratos de personajes y personajillos, para dar en halagadores álbumes; Massaguer, con treinta libras menos, con su bella revista "Social", sus "sidoburns", su inseparable bastón, y el optimismo que todavía conserva a pesar de que no olvida al poeta que escribió:

"Corazón, ya estamos viejos"...

A veces lo acompañaba su primer discípulo, el diminuto y miopé "Sirio", que una noche nos decía: "Como Manzanares me vuelva a decir que yo copio a Massaguer, le tiro esta botella, pero con más puntería que la anterior"... ¡Pobre Sirio! A pesar de estas "exposiciones" se conservó fiel a su joven maestro, hasta hacerle decir a Hernández Catá en Madrid:

"Massaguer va a llegar, y ya Sirio alborozado se lo dice a to-

do el mundo. ¡Ya viene mi maestro! ¡El maestro! Y es como un milagro oír eso, pues el amargado caricaturista está peleado con todo el mundo. Se ha alejado del camerino de Casimiro Ortas, y hasta de la Embajada de Cuba". Efectivamente, el muchacho, - bre, triste y enfermo se había vuelto hurano. Desde niño la vida lo había puesto así. Y murió un día que el dolor pintó en su rostro la última caricatura.

Pruneda, el gracioso caricaturista mexicano, que nos lo empujó para acá, en 1913, la revolución, iba a menudo a saludar a Robreño y trazaba las caricaturas de los concurrentes de aquel salón. Don Miguel Arias, que como escenógrafo de Alhambra, era de casa, solía asomar las narices. También el inolvidable Pepe Gómez, tan bueno, tan caballero y tan artista, y Nono Noriega, con el cual he platicado mucho de aquellos tiempos. Roseñada, recién llegado de Colón, con una carta de presentación de José Manuel Gutiérrez o de Fernando Arrondo, para Massaguer, se apareció allí un día. Silva, con su sonrisa de "enfant-gaté" llegó un poco tarde, cuando se iniciaba el derrumbe. Lo mismo "Arroyito", la contra figura de Eddle Cantor, quien quizo una vez prohibirlo Diego Fernández, quien todavía disimula sus setenta y pico de años, dibujaba entonces para "La Lucha". Y Manolin del Barrio, todo un registrador de la propiedad, en provincias, venía de vez en cuando, para recordar sus días de dibujante de "El Figaro", cuando firmaba postales a las lindas habaneras hasta que conoció una hermana de Tomás Jústiz, que lo hizo firmar en el Registro Civil junto al bello nombre Emelina.

LOS ESCULAPIOS, LOS TOGADOS Y LOS POLITICOS

En aquella algarabía se imponía ¡claro está! la voz sonora y penetrante del efemérico y quirúrgico Benigno Souza, que ya ocultaba la calvicie haciéndose esa obra maravillosa con el peine, que lo hace lucir melenudo a veinte metros de distancia.

El Pobre Gómez, que era delgado y delicado, le huía al manotazo de Benigno, que le resultaba maligno...

A Pereda, (apuesto a que lee mis crónicas de recuerdos) lo conocí allí con su uniforme de médico del ejército, donde entró por coquetería y no por necesidad de un sueldo, ya que Don José era el cirujano más de boga. Renté de Valdés, con su bomba, sus barbas nazarenas, su puro de Vuelta Abajo, su historiado chaleco y su bastón de puño de oro, su complicada cadena del reloj, parecía cantar siempre:



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

46 37

"Es verdad que soy un poco antiguo pero en poniéndome mi frac..."

El pobre Renté veía en cada fémula una posible conquista, y luchaba, sin jamás enseñarnos su "average". El inconmensurable don Juan Artigas con Fortunato Sánchez Ossorio hacía un aparte. Antiga, ex pelotero, le decía a F. S. O.: No, chico, tú no me discutas, porque te pongo out en primera, o te cojo dormido entre la segunda y el short. El minorista-sabático ya llevaba debajo de la axila la gramática rusa y en el bolsillo las nueces y las aveilanas que era su próximo almuerzo. Y frecuentemente me decía:

—Don Gual, tú comes demasiado. Aprende de mí. Diez avellanas, cinco nueces, cinco almendras y un vaso de agua. Y ya soy hombre alimentado por varias ho-

ras. Y reía con aquella sonrisa ancha y pareja, con dientes que no tenían nada de homeopáticos. Cuando me tenía más convencido del plan alimenticio que me transformaría en una silueta algo recortada de Don Alonso de Quijano, hice un viaje con él a México (año 1926), como invitado de honor de cierta célebre excursión, que propugnaba aquel Encalada que el "viento se llevó". Alejo Carpentier y yo, fuimos sus compañeros de mesa, en el barco español. ¡Qué sorpresa! Don Juan comió lo que Alejo y yo rechazábamos ahitos. ¡Qué desfile de paelas, fabadas, caldos, filetes, merluzas, jamones, tocinos y lacones hicieron su descendimiento por el esófago de Don Juan, en medio de un torrente de vinos de Málaga, y sidra de Asturias!... Desde entonces no creo en la buena fe de los dietistas... Y que me perdona el que tengo "en turno". Pancho Polanco, Enrique Fortún, Matías Duque (gran causeur), Carlos Guás y Cecilio Acosta (el entonces Cecilio, de la Acera) formaba el "coro de doctores", al que se unían a veces Domingo Ramos, que entonces no presumía de su melena blanca, sino de ser entusiasta sostenedor de la campaña "Eusebio Hernández, Presidente". También recuerdo a Pancho Rayneri, Otto Bluhme (hoy muy retirado, quizás desepcionado, después de la revolución antimachadista)...

También se aparecían por el camerino de fama internacional Chuchú Barraqué, Alberto Barreras, Pepe Castillo, Eulogio Guinea, el Comandante Enrique Recio, Rogerio Zayas Bazán, Enrique Loynaz Carlos Miguel (tan despeinado como siempre), Eduardo

Dolz que impuso en Alhambra su "casita criolla", el chalinudo Benito Lagueruela, el culto mulato Don Martín Morúa (tan oído y respetado) el Dr. Rosado Aybar, el Coronel Collazo con su "brazo", el nervioso y talentoso Carlos Manuel de la Cruz, el malogrado Doménico Boni, los hermanos Fausto y Pablo Menocal, Pepe D'Strampes, Andrés Hernández Lino Dou, Lorenzo Fernández Hermo y Manolo Mañas, y allí se rozaba el tema político con elegancia.

Y era en los tiempos en que el liberal lo era de veras, y el conservador convencido, no se lo llevaban con facilidad a... "la acera de enfrente" Hoy, ya lo sabes lector, todo ha cambiado.

El campeón Capablanca, cuando volvía de un viaje donde dejaba la banderita de la estrella solita

en el pináculo de los torneos mundiales, iba a contarle sus impresiones a Gustavo, que lo oía alborozado, al lado de su padre Don Joaquín y su hermano Pancho que sudaba entre bastidores, "soplando" dirigiendo a las huestes de Regino y Villoch. Este, entonces, menos adiposo y más administrativo, se afincaba en la oficina de la contaduría y comentaba las "cosas del día" con Ricardo Gras o con el Maestro Ackermann.

Y PARA TERMINAR

Cerraré recordando otros grupos. Los de los artistas de la paleta como Rodríguez Morey, Fernando Tarozona, Agolfo Galindo, García Cabrera, Abela, Jaime Valls y Mariano Miguel que eran todos del patio. Y el camerino de Robreño se vió honrado también con la presencia de Zuloaga, Graner, Pepe Pinazo y algunos otros que escapa a mi ya vacilante memoria.

El beisbol, la aviación el jalalai y hasta el boxeo y las luchas tuvieron sus embajadores, pues allí saludé a Rafael Almeida, Adolfo Luque, Miguel Ángel González, José Mendéz, Eustaquio Pedroso, su tocayo Gutiérrez, Marsans, Jacinto Calvo y Alfredo Suárez, entre los "diamantinos". Jack Johnson, Kid Chocolate, Kid Charol, el Conde Koma y el "Español Incógnito", entre los ases del ring, Baracoldés, Isidoro, Irún, Navarrete, Zarrasqueta y Eguiluz, entre los de la cancha, y allí "aterrizaban" a menudo el pobre Agustín Parlá y el ecuánime Domingo Rosillo.

Los músicos como Pepe y Manuel Mauri, Marín Varona, Palau, Prats y Anckermann daban la nota, cuando el ambiente desafinaba.

Y así se pasaban las noches en aquel rinconcito rectangular del viejo "Alhambra", donde Gustavo reinaba con su cordialidad y su talento. Fué "rendez vous" acogedor, donde de modo asiduo o esporádico, el caballeroso actor que a tor se dió el gustazo de tener su "salón", como tuvieron, en el siglo XIX los grandes de Francia y de España.

Yo no olvidaré nunca, que fué coel querido compañero del periodismo. Víctor Muñoz, quien me llevara hasta el "santuario" cierta noche en que había tanta gente, que Frangipare exclamó:

¡Parece un juego, entre el Habana y el Almodares; ¿Quién estará picheando?

Recuerda con Emoción Luz Gil Sus Días en el Teatro Alhambra

Tuvo más de Setenta Mil Pesos y los Perdió
en la Quiebra del año 20. Vive con Pobreza

Por J. M. VALDES-RODRIGUEZ

ALHAMBRA fué durante más de cuarenta años expresión superior y casi única del teatro vernáculo, de la fórmula escénica bufo-cubana. De 1891 a 1930 ó 32 se puede decir que no dejó de abrir sus puertas un solo día, exceptuadas las interrupciones determinadas por las breves actuaciones de la compañía en Payret y el Nacional. Es lo que Gustavo Robreño, figura teatral polifacética como acaso no haya otra en la historia de nuestra escena y uno de los pilares de Alhambra, ha llamado la temporada teatral más larga de que él ha tenido noticia.

Y no sólo fué extensa esa jornada de Alhambra y sus huéspedes, cáusticas y cubanísimas, sino que se la ha de considerar como un factor trascendente en la vida pública nacional; sobre todo a partir de la instauración de la República. Las dos décadas primeras del siglo, años críticos por razones que no es necesario recordar aquí, fueron el ápice de la actividad artística y la influencia política y social del teatro de Virtudes y Consulado, cuya concurrencia habitual, integrada sólo por hombres, representaba todo un corte vertical en la sociedad cubana.

En 1913, los días de "La casita criolla" que acaso marque la culminación del género en Alhambra, vino a ocupar un sitio principal entre las figuras primeras del elenco una artista llegada a Cuba muy poco antes: Luz Gil, que en seguida se ganó el favor general. Somos muchos a recordarlo. Así lo pensábamos, mientras evocaba ella misma los días esforzados y triunfales y las horas amargas y dolientes.

Mexicana, llegó a Cuba cuando andaba cerca de los 20 años. Nos la trajo el amor, viene a decirnos; determinada por una pasión, la primera, avasalladora; ¡que en Luz Gil ha mandado siempre, muy fuerte, el corazón! Había hecho teatro desde muy joven, ejercicio de una vocación celosa y excluyente. Y aquí, en esos cuarenta años la escena ha sido

para ella una necesidad permanente hecha de señorío y servidumbre; gozoso cultivo vocacional y obediencia a veces forzosa a la profesión como medio de vida. Lo nuevo para Luz fué el género bufo-cubano, lo vernáculo isleño, pero muy pronto lo sintió como propio; como si su don teatral hubiera esperado desde siempre nuestra fórmula escénica popular.

El recuerdo de aquellos días emociona a Luz Gil. Nunca ha podido evocarlos sin perder, en alguna medida, el dominio de sí. Por eso, al hacer en la TV la pieza de Gustavo Robreño "Aliados y alemanes", representada en Alhambra casi 40 años antes, no pudo contener las lágrimas, nos afirma para explicar el sollozo de ahora que entrecorta la exposición de su amistad con Eloisa Trias, la notable característica. "Le debo", subraya, "lo que fui en aquellos años". Y hace un fervido elogio de la capacidad de la Trias, artista inimitable en su género. "Su labor, era producto del estudio, de la observación; a veces de la improvisación inspirada".

Para la amistad cálida y desinteresada de otra artista de mucho valer, de Mary Munné, tiene Luz palabras efusivas, de gratitud y reconocimiento. A ella debe buena parte de sus aciertos en la TV y en la radio. reitera.

Son pocos los que saben que Luz Gil, actriz mimada de una larga etapa teatral durante la cual tuvo efecto la era famosa de la danza de los millones que dió nombre a una pieza de Robreño, llegó a tener una fortuna considerable. Hay dolor en sus palabras, cuando nos relata cómo se le convirtieron en sal y agua muy cerca de setenta mil pesos. Y del largo esfuerzo para lograr una vejez segura le quedó, lo dice despacio, con recóndita tristeza pero sin amargura ni encono, ¡sólo el panteón que compró pensando más en la madre que en ella misma...! "Y también", añade, "una lección de ingratitud y desafección de quienes todo me lo debieron en hora buena; y todo lo olvidaron, con la llegada del tiempo difícil".

No es Luz Gil mujer de poco ánimo, o inclinada al regodeo en la desdicha. Y menos gusta del recuento inculpador. Vigorosa al inicio de una vejez sana, ágil y alerta, no ha perdido el gusto de vivir. El infortunio y la in-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

21

gratitud no le han quebrantado ni el cuerpo, ni el espíritu; ni la fe en el hombre. En la felicidad remansada de hoy recuerda algunos de sus éxitos del ayer lejano; y al hacerle se emociona, reiteramos, en una añoranza sin resentimiento.

Después de Eloísa Trias recuerda gustosa entre los compañeros a Zarzo, vegetariano, hombre bondadoso; a Pepe del Campo, compañero de muchas piezas; a Arnaldo Sevilla, atildado y cuidadoso, buen cantante; a Gustavo Robreño, autor agudo y cómico de fuste, con algunas caracterizaciones inolvidables, como la de Freyre de Andrade y la de Napoleón, y una extraordinaria, afiladísima: la de "El eterno Don Juan"; a Inés Velasco, característica magnífica, como fueron actrices de ley Hortensia Valerón y Blanca Becerra. Esta última, con una gran popularidad, bailadora además; como Chicho Plaza que bailaba con maestría y rivalizaba con Pepe Serna en el danzón, la danza y la rumba.

Pedimos a Luz Gil que nos diga de algún momento con especial significado para ella. Sin detenerse un punto nos responde que el primer beneficio, al poco tiempo de estar en Alhambra, fué para ella una noche imborrable. No esperaba una demostración así; por la emoción apenas podía tenerse en pie mientras interpretaba su personaje. Otro momento memorable fué su personificación de Mona Lisa, en la obra de Gustavo Robreño "Alrededor del mundo" con música del maestro Anckerman. Quedaba ella inmóvil, al fondo del escenario, enmarcada como la figura imperecedera creada por el genio de Leonardo. En seguida nos dice de la inspiración y el talento, de la capacidad del maestro Anckerman como compositor y como director de orquesta.

Luz Gil es, ya cumplidos los sesenta, una mujer guapa. Le recordamos el garbo, el tronío de real hembra, la condición de actriz hábil y flexible, con excelente voz manejada con acierto. En alguna ocasión tuvo éxito muy señalado en el drama, trascendiendo el marco limitado del sainete y lo bufocubano. Fué en Cienfuegos; conocíamos el hecho por boca de López Ruiz, autor, director y actor valioso. Luis hizo allí, entre aplausos, la protagonista de "Alma Guajira", la pieza señalada de Marcelo Salinas. Quienes la vieron dicen que superaba a Camila Quiroga, la reputada actriz argentina que estrenó la obra en La Habana.

Luz Gil vive hoy a unos pasos del Alkázar, donde estuvo Alhambra. No sabe alejarse, nos dice. Porque fué el centro de su vida, y no puede sustituirlo con nada... Hoy su mundo está centrado en Lourdes, la niña que ha

criado como hija. Y también en Miguelito, el pequeño vecino que la toca en lo vivo cuando, entre zalemas, le llama "Mamachute". En el amor y el cuidado de ambos y en el culto de San Lázaro está toda la vida de la actriz cubanísima, en cuya habla asoma alguna vez algo de acento mexicano. "Sobre todo cuando me enojo", nos dice.

Luz Gil es bien cubana, sin duda. Pero aún no es ciudadana de nuestro país. He ahí otro dato curioso de esta mujer singular. Hace casi tres décadas, justamente veintiocho años, desde 1926, que inició, en Santiago de Cuba, su expediente de nacionalización... ¡Y aún no lo ha terminado! Ni ella misma sabe por qué. Nadie más cubano que ella en el pensamiento y en la manera de ser; y nadie tan lejos de serlo en el orden legal. Pero ahora, nos dice al despedirnos, lo será pronto; muy pronto. Se lo aseguro delante de Lourdes, de Miguelito y de San Lázaro...!

M, feb 9/54

COMEDIAS

Juan Bautista Silficeo.

1599, junio, 2: Juan Bautista Silficeo "pide su trabajo de la ocupación que tuvo en dos comedias que se hizo en las fiestas de Corpus de este año".

1600, febr. 29: El Sr. Pedro de Caravajal presenta petición de libranza de 694 reales por la cera del día de Candelaria de este año de 600, " y los gastos que hizo para las fiestas de Corpus del año ~~xxxxxx~~ de 99 en el tablado, como consta por las cartas de pago que presentó.



COLISEO

1773, julio, 3 (Fol. 74 r - 78 r)

El Gobernador Marqués de la Torre dirige comunicación al Ayuntamiento pidiendo-le ceda el terreno de la antigua cárcel, que esta derrumbada desde el ciclón del 15 de octubre de 1768, para levantar en el un Coliseo que se cederá a la Casa de Recogidas que se está contruyendo (En cabildos anteriores están las diligencias de adquisición de terrenos para esta casa en las afueras de la Fuerta de Tierra)

Ade más de estos solares se tomará parte de la Plaza ~~XXXXXXXXXXXX~~ para la pared del frente principal del Coliseo se seque hasta una línea que corra igual con los pilares o columnas de la Casa de la Ciudad [que estaba en la Plaza de San Francisco en la Lonja actual] pues esta mayor extensión es absolutamente necesaria para que el teatro sea de más dimensiones regulares y al paso que no causa deformidad a la Plaza de San Francisco, que antes bien quedará hermo seada con este nuevo edificio en lugar de las tapias viejas que hoy existen" Tampoco perjudicará ~~XXXXX~~ a la entrada de las calles de Oficios y Lamparilla " porque en aquella esquina se le formará un ochavo proporcionado a dejar francas y espaciosas las bocas de ellas .

Por la mañana del día anterior se había celebrado en Casa del Gobernador una reunión de los principales de la Habana para exponer el proyecto; el discurso del Marqués de la Torre en dicho acto está copiado íntegro y en el el proyecto que consiste en levantar el Coliseo por donativos y

cederlo una vez construido a la Casa de Recogidas, la cual tomará posesión de el

y abonará a los donantes el capital invertido.

Actualmente se están representando las comedias, con gran éxito, en una casa particular.

El primitivo Coliseo, a juzgar por lo anterior estaba levantado, o se iba a levantar, en el costado norte de la Plaza de San Francisco actual.

1773, julio, 9 (Fol. 80 r)

El Gobernador dice en oficio de extraordinaria sequedad administrativa, que en vista de la tasación que se ha hecho del terreno de la cárcel, ^{y de los materiales que hay} desiste de construir el Coliseo en el y manda que cese toda diligencia sobre el caso. El cabildo se da por enterado.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

COLISEO

1775, enero, 13.

Oficio del Gobernador Marqués de la Torre dando cuenta al Ayuntamiento de que el día 20 (el oficio ~~es~~ es de fecha 10) comenzarán las representaciones en el Coliseo que se ha construido "a espensas de la generosidad de algunos vecinos" y participando que tiene dispuesto que "el aposento situado en el centro del primer orden principal esté reservado para los Sres. Auditor de Guerra y Alcalde Ordinario que alternativamente deben concurrir en calidad de Jueces, y para los demás individuos del Ayuntamiento, sin que haya de pagarse alquiler alguno al impresario (sic).

Pueden invitar al palco a algún caballero que los acompañe, pero pagando éste el precio establecido para la entrada.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Espectaculos "La Niña Invi-
sible".

1817, 7 Febrero (Fol. 329 v)

Instancia de "D. Pedro Espineta con el objeto de se le de permiso para poner a la vista del público una maquina que titulan La Niña invisible, la cual habla por cuatro conductos con voces de grande estimacion. Se acordo: no ha lugar y devuelvase a D.E. la citada representacion"

id. 27 Febr. (Fol. 348 r)

Se deniega el permiso solicitado por D. Antonio Gonzáles para "manifestar el público ~~el espectáculo~~ su maquina titulada La "Niña invisible".

Expectaculo:Maquina
titulada "El Juicio Universal".

1817, 20 Feb. (Fol. 342 v)

"D. Domingo Vitale pide permiso para manifestar al publico su maquina titulada el Juicio Universal para la que le concedio licencia el Sr. Gobernador interino D. Juan "cheverri, que acompaña".

Se acordo que informe el sindico.

id. 27 Feb (Fol. 347 r- 347 v)

Informe favorable.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Teatro mecánico

1819, 22 Enero (Fol. 16 v)

El embajador de España en los Estados Unidos recomienda el mérito del Sr. F. B. Mafley para que se sirva protegerlo en todo lo que tenga relación con su teatro pintoresco y mecánico".

Pasa al síndico para informe.

El escrito del gobernador remitiendo al del ~~encargado de negocios~~, en el fol. 21 r
ministro plenipotenciario.

id. 12 febrero (Fol. 40 r y v)

Informe favorable del síndico y acuerdo del ayuntamiento en consonancia con él. (El texto del informe, en los fol. 44 r-44 v)

Teatro-Reglamento

1820, 1 Dic (Fol. 238 v-243 r)

Está íntegro el aprobado para el
teatro

TEATRO

Antonio López Prieto: Apuntes para la historia del teatro en Cuba.

en

El Palenque literario, tomo III
(1882) pag. 121-126, 145-150



RIGE EN LA HABANA EL REGLAMENTO DE ESPECTACULOS PROMULGADO EN EL 1886

Obligación legal de usar en los teatros luces de situación producidas con velas. Las exhibiciones cinematográficas están regidas por medio de decretos alcaldicios

Por LUIS R. LAMULT, de la Redacción de EL PAIS

LA municipalidad de La Habana tiene vigente todavía el reglamento de espectáculos públicos dictado por las autoridades coloniales en 2 de agosto de 1886. Un competente funcionario de nuestro Municipio, don Manuel J. Cobreiro, confeccionó un folleto en el año de 1915, contentivo de esa reglamentación y de las disposiciones posteriores dictadas por alcaldes de la era republicana, sobre espectáculos modernos. Este folleto continúa siendo de aplicación obligatoria para las empresas de espectáculos públicos en nuestra progresista capital. Nada nuevo se ha hecho sobre el particular.

Seguramente que la extrañeza será grande aun para los mismos vecinos de esta ciudad. Durante cerca de 50 años de vida independiente, aunque persistiendo el espíritu tradicionalista, los señores ediles no han podido, vamos a decir, no han querido, estudiar y poner en vigor una reglamentación para espectáculos de todas clases, de conformidad con las exigencias del momento.

Las regulaciones que rigen en cuanto a funciones cinematográficas, de creación posterior al aludido reglamento colonial, están contenidas en decretos o resoluciones dictados por los alcaldes, a tenor de como iban presentándose los problemas con la instalación de locales destinados a exhibición de películas cinematográficas.

Varios proyectos de reglamento de espectáculos se han elevado en distintos periodos a la Cámara Municipal, pero nunca, que sepamos, ha sido posible ni siquiera llegar a la ponencia previa a toda discusión en el pleno del Consistorio.

Este caso tiene la gravedad de que es sintomático de la apatía cubana para la resolución de cuestiones vitales. De esta manera, el modernizar usos y costumbres, el llevar nuestra mentalidad al nivel progresista del mundo de hoy, es obra de titanes.

Queremos ilustrar estas líneas con algunas de las regulaciones del reglamento de 1886, que resultan de extraordinario contraste con lo que tenemos hoy a la vista cuando asistimos a alguno de los magníficos centros de diversiones con que cuenta nuestra población.

—«No podrá verificarse ningún espectáculo público desde el miércoles al viernes santo, ambos inclusive».

—«Las empresas habrán de destinar un palco de preferencia, con entrada y escaleras especiales, para el Gobernador General».

—«Las mismas empresas reservarán hasta las cuatro de la tarde, dos palcos también de preferencia, a disposición de la Autoridad Civil y el Comandante General de la Provincia o Departamento. Si a la hora indicada no hubieren recibido orden de entregarlos a dichos funcionarios, previo el pago de su importe, que será el señalado en la tarifa del despacho, las empresas podrán disponer de tales localidades».

—«Las luces de aceite y esperma que debe haber en todos los coliseos, según el Reglamento de 27 de octubre de 1885, deberán encenderse siempre antes que las de gas y apagarse precisamente las últimas».

—«Las funciones teatrales comenzarán a la hora que se señala en los carteles y terminarán antes de las doce y media de la noche».

—«Queda prohibido fumar en todo espectáculo público que no se verifique al aire libre, fuera de las salas destinadas al efecto».

—«La Autoridad podrá impedir que se ponga en la escena, en cualquier forma que sea, a persona determinada. Bastará la reclamación del interesado o de cualquier individuo de su familia, para que la Autoridad impida la presentación en escena del personaje a que la reclamación se refiere».

2

EJEMPLARES DE OBRAS DRAMATICAS

«Los representantes de las empresas de teatros en esta capital, tendrán obligación de remitir por medio de oficio a la Secretaría del Gobierno general, y los de provincias a los respectivos Gobernadores Civiles, dos ejemplares de cada una de las obras dramáticas que hayan de estrenarse; con objeto de que pueda suprimirse todo lo que afecte al orden público, a la moral o a las buenas costumbres».

LAMPARAS DE ACEITE DE OLIVA O DE COCO

«Prohibido por completo el uso del gas para el alumbrado de los teatros, se establecerá como supletorio el de las lámparas de aceite de oliva o coco, colocadas en número suficiente para que iluminen la sala, escaleras, galerías, vestíbulos y dependencias, de modo que se distingan perfectamente las salidas. Dichas lámparas tendrán bombas de cristal claro y cristal rojo las que marquen los diferentes puntos por donde pueda evacuarse el teatro. Unas y otras se encenderán antes de la entrada del público y permanecerán encendidas hasta que se desocupe enteramente el local. El Gobernador de la Provincia determinará el número de lámparas de alumbrado supletorio que deban colocarse en cada teatro, y lugar que deban de ocupar».

«Queda prohibido que, para el servicio interior del escenario, los transportes, carpinteros y asistencias, usen velas al descubierto, como hoy se verifica, las cuales sustituirán por faroles de cristal fuerte, del sistema que emplean los mineros, y que habrán de conservarse en buen estado, castigándose cualquier infracción con multa de diez a cincuenta pesetas».

Pad. de 1917



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Las Ilusiones



Jun 1919
Por Gustavo Robreño

EN Guanabacoa ha sido derribado el teatro "Las Ilusiones", histórico y risueño lugar que alegró generaciones de cubanos durante medio siglo y ofreció amplia tribuna a los prohombres de la política colonial, para que en ella explicasen cívicamente a la juventud, el valor exacto de las palabras Patria y Libertad.

En aquel escenario vibró la voz de nuestros oradores más excelsos, sin excluir al Divino Maestro: el apostólico Martí.

Desde aquel prosenio partieron notas y versos, emitidos por artistas de valer, los más notables del mundo,

que al visitar nuestra urbe, jamás dejaban de actuar en la villa heroica, sabedores de que allí les aguardaba un público selecto, inteligente y rico.

El teatro "Las Ilusiones" evoca, además, el recuerdo amable de la Tutelar de Guanabacoa, fiesta tradicional y criollísima, a la que la muchachería habanera presta anualmente alegre concurso y cuyo punto objetivo fué, durante más de cincuenta años, el gran baile popular en el viejo coliseo.

Tiene, por último, el demolido teatro, el privilegio envidiable de traer a nuestra mente la más grata sensación patriótica experimentada por los cubanos que en la Habana asistimos al cambio de soberanía.

Era en diciembre del año 1898; terminada felizmente nuestra guerra de independencia, los ejércitos beligerantes que, en realidad, no se odiaban, convinieron, prudentemente, en no ostentar armamentos, ni hacer grandes concentraciones militares en la Habana, con objeto de evitar algún choque, que el placer de la victoria o el dolor de la derrota, pudiera producir en los espíritus exaltados.

Nada hacía sospechar que esto sucediese, pues desde la concertación del armisticio, se había visto confraternizar en todas partes, a los enemigos de la víspera; pero fué aquella una medida previsora que todos encontramos bien.

En gracia a la cordialidad, la población habanera tuvo, pues, que renunciar a la contemplación de las tropas cubanas.

Los libertadores entraban en la Habana, pero separados y vestidos de paisanos, sin armas ni atributo guerrero alguno que evidenciase la sublime victoria a tanta costa obtenida.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

3

2

58

Y no era esto, ciertamente, lo que deseaban las familias cubanas, después de cuatro años de angustias y sobresaltos, reconcentración y exterminio.

Querían ver a los soldados de la Libertad marchando a tambor batiente y con las banderas desplegadas; convencerse de que no eran falsas las noticias bienhechoras y gozosas que habían anunciado el feliz término de la contienda, pero... era necesario esperar; la patria libre exigía, como último sacrificio, este pequeño retraso en la delectación suprema del triunfo.

Por fortuna, la mortificante prohibición no se hacía extensiva a las poblaciones limítrofes de la capital, en la que forzosamente, debía permanecer el elemento oficial exdominador, hasta el día próximo de la evacuación, y así era posible a los ansiosos habaneros, trasladarse a Guanabacoa, en donde habían hecho su entrada triunfal, con toda la pompa y solemnidad con que lo hiciera César en Roma, a su regreso de las Galias, las gloriosas y bien equipadas tropas del general Rafael de Cárdenas, en las que figuraba el famoso regimiento "Habana" que tantas proezas supo

realizar, bajo el mando genial y prodigioso de aquel sublime adolescente, bravo hasta la temeridad y cubano sin tacha, que se llamó Néstor Aranguren.

Y allá fuimos todos, a la villa heroica, a Cuba Libre, a Guanabacoa la bella, verdaderamente bella, entonces, más que ninguna otra ciudad del Mundo, o así, al menos se nos presentaba a nosotros, a los que nos habíamos criado en el amor sacrosanto de la Patria, acariciando el ideal bendito de la emancipación y venerando el recuerdo de los mártires caídos a lo largo de la epopeya redentora. La villa de las lomas, con sus vetustas casas patriarcales, sus calles irregulares y enfangadas, sus edificios ruinosos y la mugre consiguiente a la odiosa reconcentración, antojábasenos, sin embargo, una ciudad riente, limpia, confortable y bien delineada, pero cuya edificación correcta no podía apreciarse por los miles de banderas que la cubrían.

En efecto: era aquello una sinfonía tricolor, plácida y continuada, gratamente interminable; y las estrellas blancas que por doquier lucían en campo rojo, podían competir ventajosamente, en número, con las del propio firmamento.

¡Y qué alegría en los semblantes! ¡Qué inefable sensación de dicha nunca sentida! ¡Ni un relámpago de odio! Ni un sólo recuerdo amargo, a pesar de los vejámenes sufridos y del comportamiento execrable de algún militar sanguinario. Sólo se escuchaban vivas a Cuba, que contestaban miles de voces, para callar de pronto y dejar oír los vibrantes sonos del himno bayamés, los marciales acordes de la Marcha Invasora o bien las sandungueras guarachas, rumbas, boleros y puntos guajiros que la musa popular improvisó, rebosante de amor patrio, en loor de Cuba, redimida y feliz.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

3

Y allí, en la noche, cuando el cielo, hasta entonces tímidamente azul, como para destacar más las franjas cobálticas de nuestra bandera, vistió sus mejores galas y en la negrura endrinante de su bóveda prendió el ascua infinita de las estrellas, los corazones cubanos se ensancharon con tal violencia, que amenazaban estallar de ventura, en medio de una orgía de luz.

El punto culminante de la fiesta era el gran baile público que se celebraba en el teatro y he aquí la triste remembranza que en mí evoca la demolición de tal edificio.

Recuerdo que aquella noche, al llegar al baile, en confuso tropel, envuelto en una ola humana, ebrio de gozo y de todo, ví sobre el pórtico, un tablero gris que, en gruesos caracteres, decía: "Las Ilusiones".

Y entré; o mejor dicho: fui lanzado dentro del teatro por un movimiento brusco de la muchedumbre.

Allí en el amplio salón, el entusiasmo llegaba al paroxismo: las orquestas de Valenzuela y Félix Cruz daban al viento las más agudas notas de sus cornetines, en floreos rítmicos, vibrantes y salvajemente enardecedores; por los rincones se veían grupos de libertadores que cantaban y llevaban el compás del danzón, repicando con una cucharilla en sus machetes desnudos. Apenas se bailaba; se reía, se bebía, se cantaba; los hombres se abrazaban con efusión, las mujeres, olvidando todo recato, besaban con patriótica impudicia a los soldados de la Libertad, que lucían gallardos y atrayentes, con sus trajes crudos de campaña, sus corrajes terciados, sus polainas relucientes, los machetes que algunas jóvenes se empeñaban en adornar con cintas, los amplios sombreros de jipijapa con cinco abolladuras "a la mambisa" y coquetonamente colocada, la escarapela tricolor, ya redonda o en forma triangular.

Algunos soldados, a quienes daban el nombre de "impedimenta" llevaban, orgullosamente, colgados sus *jolongs* y cacharros de lata, moviéndolos mucho al caminar, para que alborotaran bastante y sumar su alegre ruido al sonar de las espuelas, los taponazos de champagne, el isócrono acompañamiento de las *claves* o *palitos*, los lamentos de la guitarra, el repiqueteo bullicioso de los timbales, el chocar incesante de las copas y el estallido de las carcajadas estrepitosas, producidas por cien bocas de mujeres cubanas que, encintadas de azul y suelta la cabellera, saturaban el ambiente de alegría reidora.

Era la apoteosis del ruido dulcificado por el ideal.

Tal el himno de victoria que repercutió aquella noche en los ángulos del Teatro "Las Ilusiones".

¡Las ilusiones! sí, pero ilusiones que se tornaban realidades y quedaban allí, remedando las bambalinas del vetusto escenario y prendidas, como festones de gloria, o guirnaldas de flores, arrancadas al ramo que anhelase Martí para su tumba.

Y en aquella decoración fantástica ¡cuántas promesas de paz y venturanza, de nuevas leyes, de honradez, patriotismo y constancia, capaces de perpetuar la Santa Independencia, ideal de nuestros mayores y vehemente anhelo de toda nuestra vida!

De aquella dicha inefable que como un éxtasis, gocé al lado de seres queridísimos que ya no existen, guardo un recuerdo que pugna por esfumarse y retengo a viva fuerza.

Y al ver ahora cómo ha caído, por un grosero golpe de piqueta, el teatro "Las Ilusiones", arca santa de las mías, en aquella noche de ensueño, de juventud, de halagadoras promesas y de fe en el porvenir, me pregunto decepcionado:

¿Serán éstas las únicas ilusiones que se derriben?

¡Ojalá!

Junio 1, 1922 -



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Renacimiento del Teatro Cubano con los buses de Salas

*Memorias... a la familia
por Gustavo Reboreño*



iplina, que su actuación en nuestros teatros se prolongó varios lustros, hasta alcanzar los primeros años de la República.

Don José Ortiz (gran comediante) los hermanos Poveda, Rodrigo González, Nicolás Herrera, Enrique Ruiz del Castillo, Joaquín Arcay, Enrique Terradas, Pedro Hernández César Morales y otros que por el momento no recuerdo, fueron también directores de compañías españolas en cuyo seno contábanse muchos cómicos cubanos que habían sabido sacar buen partido de las provechosas enseñanzas que a su paso por Cuba nos dejaron los más afamados artistas mundiales de la época, no siendo los españoles los que menos contribuyeron a esa educación escénica, pues no debemos olvidar que aquí vinieron, en todo tiempo, los que en Madrid ostentaron la suprema jerarquía del arte teatral, dándose, a veces, el caso de ver reunidos en la Habana y en una misma compañía, tres o cuatro estrellas de primera magnitud como cuando actuaron juntos Rafael y Ricardo Calvo, Emillo Mario y Balbina Valverde, artistas notabilísimos que han logrado, a justo título, envidiable posteridad.

Muy abundante cosecha de aplausos y de dinero recogieron siempre en Cuba esas buenas compañías hispanas a las que el público agasajaba sin reservas, pero si bien es cierto que éste gustaba de los dramas y comedias procedentes de España, no es menos evidente que sentía la nostalgia del género teatral criollo, no sólo porque en él se reproducían fielmente nuestros usos y costumbres y el lenguaje familiar por nosotros empleado, si no porque dicho género, iniciado en los comienzos de la guerra separatista y dadas las circunstancias que concurrieron en los sangrientos sucesos de Villanueva, simbolizaba para los cubanos el ideal patriótico y robustecía el anhelo de independencia que vibraba en todos los corazones.

La posesión de un teatro autóctono debía ser el primer paso hacia la desvinculación total de la Metrópoli, por la cual se luchaba tenazmente en los campos de la revolución.

Ese cariz rebelde y cubanísimo que todos quisieron darle al nuevo género, hizo que éste hallase siempre la repulsa de las autoridades españolas.

bición de representar, en plena guerra, obras del país que no fueran las escritas por la Avellaneda Millán, Luaces, Mendive y otras cuyas asuntos y personajes eran extranjeros.

El nombre de "Bufos Cubanos" llegó a considerarse subversivo, pues en el ardimiento y los rencores engendrados por la guerra, la condición de cubano aplicada a hombres y cosas se interpretaba por el Gobierno como un acto de hostilidad hacia España, ya que todo lo existente en Cuba era, según el criterio integrista, sencillamente español, sin otra clasificación.

Así bien puede afirmarse que en el interregno comprendido desde Villanueva hasta la Paz del Zanjón, fueron muy pocas las veces que los artistas cubanos cultivadores del género bufo, lograron organizarse y ofrecer alguna que otra representación, no sin someter las obras a previa censura y estar sujetos a una vigilancia extrema por los agentes de la autoridad, prestos a reprimir con mano fuerte cualquier desorden que de esas representaciones pudiera derivarse.

Sólo después de haberse firmado en los campos aquel pacto, más o menos falaz, que abría un paréntesis en la lucha armada, pudo organizarse en la Habana una compañía de bufos, aunque no con el nombre de cubanos para no avivar el fuego de las pasiones si no con la dominación de "Bufos de Salas".

Nombre que, además, se justificaba por ser el director del nuevo conjunto artístico, Miguel Salas, talentoso actor criollo, nacido en Trinidad, en cuya villa trabajó como aficionado pasando después a Manzanillo, donde vivió y actuó en el teatro por largo tiempo; viniendo luego a la Habana para propiciar el renacimiento de nuestro teatro vernáculo; empresa que acometió seguidamente, reuniéndose, al efecto, con algunos de los fundadores del género bufo en Villanueva: Pancho Fernández, Pancho Valdés Ramírez y Andrés García, a quienes se les sumaron nuevos y muy valiosos elementos artísticos entre los que figuraban Elvira Meireles, actriz procedente de compañías dramáticas pero que encajó perfectamente en el nuevo género y llegó a ser, según lo vaticinó el propio Salas, la mejor actriz cubana de todos los tiempos dentro del género nacional.

sandungueras guarachas que para ella escribieron Santiago Zamora, Manuel García, Enrique Guerrero y otros compositores) si no el de todas las poblaciones que más tarde visitó en sus "torunées" por las Antillas.

Esta genial actriz, a quien traté y quise desde niño, vive aún y es curioso oír como a los setenta y ocho años de edad, su portentosa memoria evoca con precisión de detalles diversos pasajes de su accidentada vida teatral.

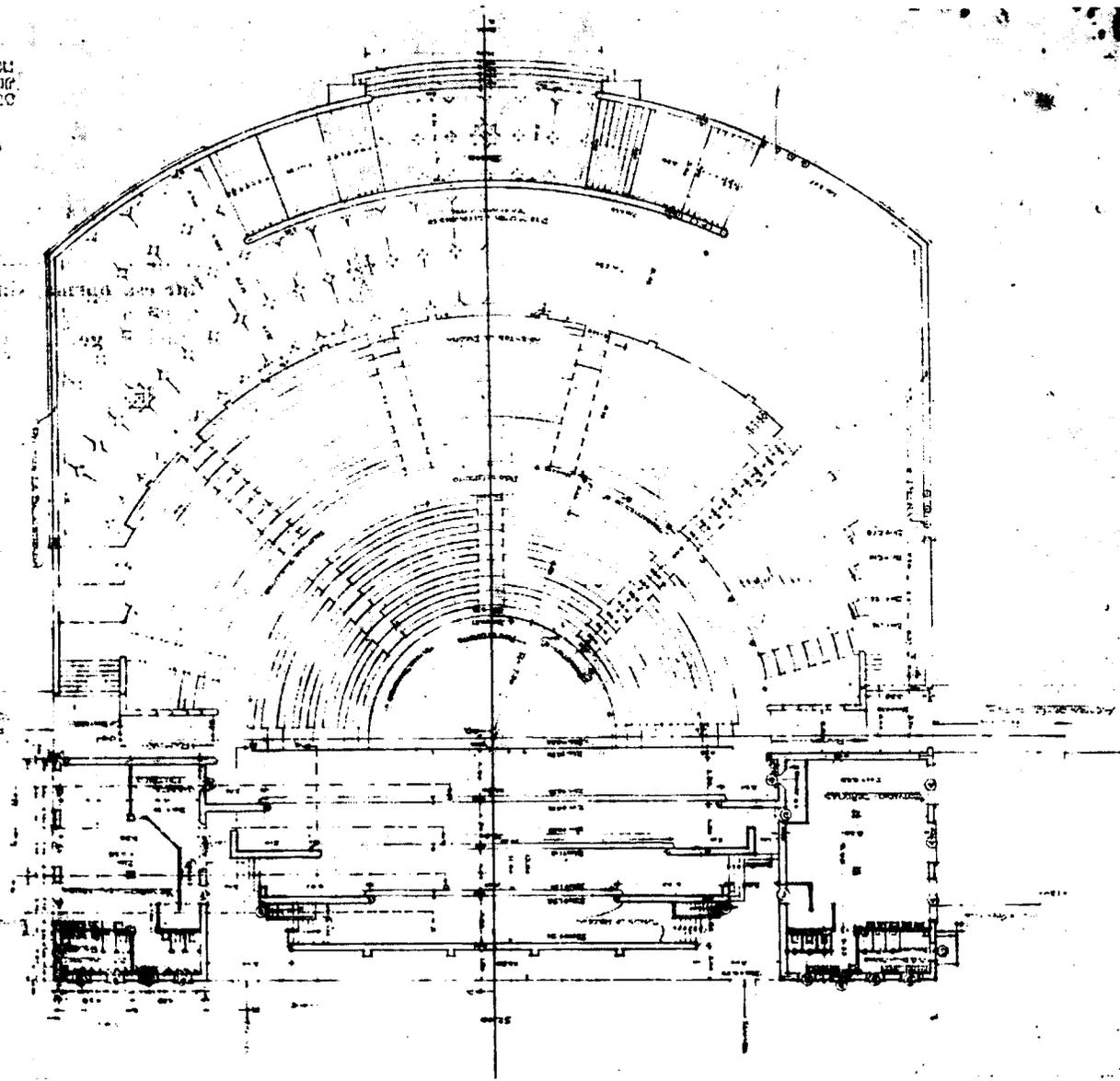
Al lado de la Meireles figuraba en el elenco de los Bufos de Salas Petra Moncau, talentosa y atractiva, que supo distinguirse en los papeles de "negrita catadrática", refistolera y facistora" y "mulata de rompe y rasga"; completando el cuadro de mujeres la que llegó a ser eminente característica Inés Velasco, artista portorriqueña de fealdad tan pronunciada como su gracia y a quien auxiliaba en su cometido José Candiani, actor genérico, de origen mejicano, que se especializó en los papeles de "vieja isleña" y "negra conga" logrando en ello tal perfección, que difícilmente podía convencerse el público de que era un hombre quien interpretaba semejantes tipos femeninos.

Artistas de tal valía, tenían como director y jefe máximo al citado Miguel Salas, de indiscutible talento, creador de dos tipos bufos que han logrado perpetuarse dentro del género y son: el borracho callejero (o "mascavidrio", como entonces se le llamaba) y el negro chévere, dicharachero y zumbón con ribetes de "ministro" americano, personajes de tal consagración, que cuantos actores los han interpretado, a través del tiempo, han tratado invariablemente de imitar a Salas, aunque en realidad, muy pocos lo han logrado.

Pancho Fernández, Andrés García, Pancho V. Ramírez, Carlos Llorens, Santiago Zamora y algún otro que, por el momento escapa a mi memoria, completaban el elenco de los Bufos de Salas el año 1878, siendo éste el primer intento formal de compañía cubana logrado después de Villanueva y cuyo cuadro artístico después de actuar en la Habana, se trasladó a Sancti Spiritus y más tarde a Santiago de Cuba, donde gustaron de tal modo y fué tanto el entusiasmo y fervor patriótico despertado por sus presentaciones de

ARMONIO MENTAL DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

PLANTA DEL TEATRO AL AIRE LIBRE DE LA AVENIDA DEL PUERTO. NO. 11. 7555. 1920.



Planta del Teatro al aire libre de la Avenida del Puerto.—Por el Arq. Eugenio Batista.

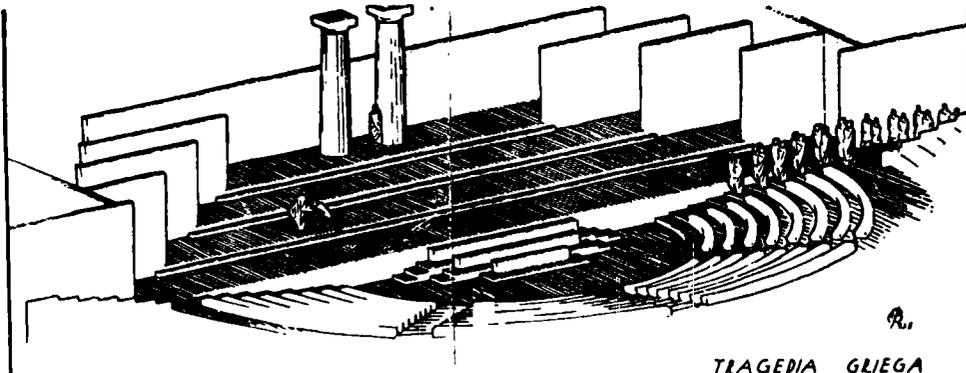
vez de acompañamiento rítmico. En esta forma se representó la feria de Chicago hace dos años con efecto insuperable el "Pageant of Transportation", modelo irrefragable de espectáculo al aire libre.

Esta idea de lo que debe ser un teatro al aire libre, en la cual estuvimos de acuerdo desde el principio Aquiles Maza y yo, sugirió la forma del escenario en varios niveles o terrazas escalonadas y con bambalinas permanentes de piedra. Los distintos niveles tienen por objeto, no solo completar la composición artística del parque en el cual el escenario es un foco de interés, sino dar oportunidad al movimiento de los actores en sentido vertical, más visible al público y por lo tanto de mucho mayor efecto que el de profundidad, es decir, el de frente a fondo del escenario. Las posibilidades y la extraordinaria vitalidad que una diferencia de niveles comunica a un escenario se vio patentizado en la reciente producción

de "Fuenteovejuna", en la que tan excelente partido supo sacarle el Dr. Baralt al escenario en tres niveles que Hurtado de Mendoza diseñó. Lo mismo que las bambalinas, estas diferencias de nivel se han construido de manera permanente, tanto para completar la composición invariable del jardín, como por facilitar la producción de las distintas clases de espectáculos con un mínimo dispendio de escenografía y de tramoya.

Esto no significa que el escenario ha de presentar un aspecto invariable y monótono. Forma parte del equipo del teatro una serie de tarimas de madera especialmente diseñadas, por medio de las cuales es posible cambiar la forma del escalonamiento de los niveles. En vez de cuatro terrazas de 2.50 metros de profundidad, es posible obtener una serie de 8 terrazas de 1.40 metros cada una, o un piso de 5 por 11 metros en el centro, o un cambio brusco o una escalinata en cualquier punto.

En los croquis que acompañan este artículo he tratado de sugerir algunas de las variaciones posibles, pero ningún dibujo puede dar idea de los efectos posibles con la sola agrupación de los actores como medio de expresión con la ayuda de los trajes y de algunos pocos muebles. Estos últimos quizás puedan limitarse a mesas y asientos. Su uso debe justificarse alguna necesaria distribución o acentuación del espacio sobre la escena, y nunca un simple motivo decorativo o de descripción. También es posible suplir con ventaja la falta de escenografía por el uso de la comparsa. Así por ejemplo, en el croquis titulado "Escena final de Fuenteovejuna", la simetría de la composición y los pendones portados por heraldos establecen el ambiente de pompa y ceremonia de la corte real. Del mismo modo puede una tienda de campaña a la vista del público sugerir un campo de batalla, un cajón vacío al frente y un policía al fondo dará la



Escenario para una tragedia griega en el Teatro al aire libre en la Avenida del Puerto.
Diseño de Eugenio Batista.

TRAGEDIA GRIEGA

idea de un meeting de protesta, y un botellón de agua fría identificará la oficina pública.

El lugar, la hora, el clima, el estado del tiempo, y un sinnúmero de circunstancias de las que pueda requerir una obra dramática para su representación, pueden ser sugeridas por la iluminación eléctrica. Para esto cuenta el teatro de la Avenida del Puerto con una magnífica instalación eléctrica proyectada por el Sr. Frederick von Osthoff, arquitecto especialista en teatros y actualmente catedrático director del teatro al aire libre en la Universidad del Estado de Louisiana, quien desinteresadamente prestó su inestimable cooperación a este proyecto.

Varias veces durante el desarrollo del proyecto otras consideraciones obligaron a introducir en él modificaciones o sirvieron de orientaciones secundarias. Así por ejemplo, cuando el estudio de la resistencia del terreno para decidir el tipo de cimentación que se debiera emplear hizo ver que el teatro de la Avenida del Puerto no podía pretender ser, como lo fueron sus antepasados en Grecia, una escultura tallada en piedra, sino que necesariamente sería una estructura de hormigón armado revestida de piedra. Entonces el diseño de la gradería y de los asientos

así como el de las fachadas de los pabellones del escenario, fueron modificados para obtener una mayor economía material en la estructura y economía artística en su expresión arquitectónica. En otra ocasión el diseño general de los parques, siguiendo la dirección de la Avenida del Puerto, obligó a adoptar una forma más rectangular para la planta, en vez del completo semicírculo que los teatros griegos sugirieron al principio.

Pero cualesquiera que fuesen las variaciones introducidas por razones secundarias, los dos principios arriba mencionados fueron la norma general

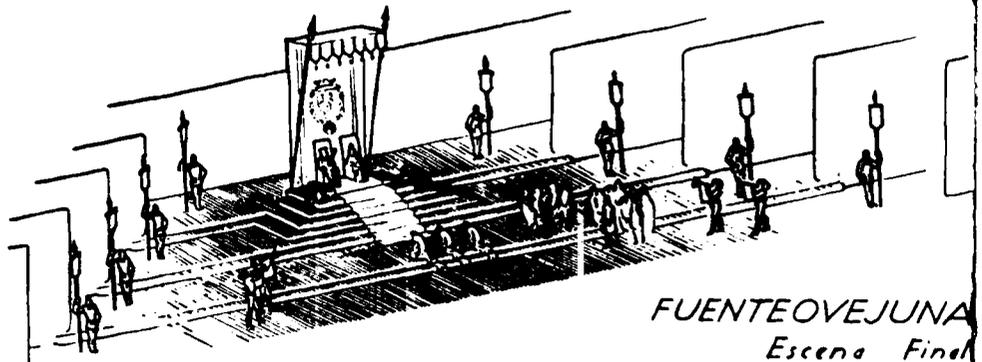
y que hicieron imposible, so pena de perder cualquier valor artístico conseguido hasta entonces, introducir cambios sugeridos a última hora.

Aquiles Maza, quien había empezado a estudiar el proyecto de teatro antes de mi llegada a la Habana y había terminado ya su emplazamiento y la forma general de las graderías, no solo estuvo de acuerdo desde el principio en adoptar esa norma, sino que a él se debe en gran parte su expresión. A su cooperación generosa y decidida, así como a su entusiasta apoyo en momentos de duda, se debe en gran parte la forma que el proyecto adquirió en definitiva. También fueron ayuda eficaz la apreciación inteligente del Ingeniero Jefe de la ciudad de la Habana, señor Eduardo Gastón, y del Jefe del Distrito, Sr. Francisco Saladrigas y su apoyo en cuestiones en deliberación. Al Ingeniero Sr. Francisco Centurión se debe la ejecución del proyecto de los jardines, así como el emplazamiento de los cocoteros que se encontraban ya plantados antes de empezarse el proyecto.

Eugenio Batista,

Arquitecto, M. F. A.

Princeton, Noviembre de 1935.



Escenario para el final de Fuente Ovejuna en el Teatro al aire libre.
Diseño de Eugenio Batista.

FUENTE OVEJUNA
Escena Final

Viene de la Pág. 11

O'Bourke y José Fontán, como miembros de la Comisión de Ética y Revisión de Planos, y comunicar a los miembros de la misma la felicitación acordada por el Comité Ejecutivo Nacional en demostración de reconocimiento de su elevada labor en beneficio de la profesión. El Comité Ejecutivo Provincial acuerda por unanimidad adherirse a dicha felicitación.

Acuerdo 63.—Conceder dos meses de licencia solicitada por el señor Alberto Prieto como miembro del Co-

mité Ejecutivo y Presidente de la Comisión de Urbanismo y designándose el sustituto que reglamentariamente corresponda.

Acuerdo 64.—Se nombra una Comisión integrada por los señores León Dediót, José A. Vila y A. Broch para que estudien y presenten una ponencia en relación con el proyecto presentado por el señor León Dediót sobre la constitución de una Comisión permanente de "Ensayo y Experimentación" y felicitarlo por su moción.

MIGUEL SIERRA

MAESTRO PLOMERO

Instalaciones en General

RASTRO No. 8½, ALIOS

TELEFONO A-9492

HABANA

TEATROS

Lescano Abella, Mario: Historia sintética de los teatros habaneros.

Arquitectura.Habana, añoX(1942) pag.
481-488.

[Teatro principal, Tacón, Villanueva, Albisu, Payret, Cervantes, Iroja, Alhambra, y el Politeama habanero]

El Baile de Despedida de Año en el Plaza

Pocos días faltan ya para el tradicional baile de despedida de año que se celebrará en los salones y oof garden del Plaza, de Neptuno Zulueta, el próximo sábado día 1 de 9 de la noche a 5 de la mañana.

La comisión organizadora de estas elegantes fiestas que como es sabido entre nuestra juventud bailadora no repara en gastos ni esfuerzos para que las mismas resulten del agrado de todos ha encomendado los bailables a conjuntos de tanto valor como son el Diab'lo ojo, la típica del maestro Mojica, así como la magnífica orquesta de iguelón.

Los caballeros pagarán solamente \$1.00 por el billete de entrada y las damitas con invitación para disfrutar de este grandioso baile que se espera ver aún más favorecido que en años anteriores, pues además de la música que reinará toda la noche se repartirán pitos, macacas, gorros, globos, serpentinas, etc., y se presentará un show de medianoche.

El comité de damas anuncia por este medio que estos dominios serán regamente iluminados y con ello adorno floral.

El próximo domingo día 10. de año de 3 de la tarde a 12 de la noche se efectuará la tradicional marinée de la temporada que es la quinta de su cadena de éxitos y en la que los caballeros abonarán sólo 80 centavos, siendo amenizada por Belisario López, Jóvenes del Mayo, Conjunto Casino y Hermanos Castro.



la entidad, asociados y amigos de la referida institución.

También nos ruega saludemos en su nombre a los compañeros del sector.

Muy agradecidos al amigo Bouso, tan consecuente, por su atención.

Será Muy Festejado Manolo San Andrés

Incontables muestras de afecto ha de recibir el día primero de enero, el querido compañero Manuel San Andrés Roca, cronista de sociedades españolas de «Mañana», con motivo de celebrar su santo.

Aunque no ofrecerá fiesta, llegarán hasta el afectuoso amigo numerosos mensajes de felicitación de los dirigentes de las sociedades hispanas, en las cuales disfruta de merecido aprecio por la labor en pro de las mismas que realiza.

Actos para Hoy

CENTRO GALLEGO.—Junta de la sección de propaganda, a las ocho de la noche, en su local social.

CENTRO ASTURIANO.—A las ocho y media de la noche, presentación de candidaturas en el Circulo Pravianio, para cubrir los cargos vacantes. A la misma hora, directiva del Club Luarqués. A las nueve, continuación de la directiva del Centro y comisión de altas y bajas.

paña política que de manera tan dinámica y entusiasta han desarrollado los esforzados elementos que respaldan la Candidatura número dos.

Igualmente se nos informa que el campamento político de Afirmación y Defensa, estará situado el domingo próximo en San José y Consulado, Palacio de Cristal, a cuyo lugar pueden dirigirse los simpatizantes de la Candidatura número dos, para recibir instrucciones referentes a la mesa electoral que le corresponde votar, lo cual podrán hacer los asociados desde las 9 de la mañana hasta las 6 de la tarde, hora en que se cierran las puertas del Palacio Social.

Fiesta Extraordinaria en los "Ferreteros"

El próximo sábado, el Palacio-Balneario del Club de Ferreteros, en Primera y Veinte, Reparto Miramar, será escenario de una de las mejores fiestas de despedida de año que se ofrezcan. Las innumerables familias que han reservado sus mesas y han solicitado invitaciones para acompañantes, confirman lo extraordinario del interés por asistir a dicha fiesta, que estará plétórica de atractivos. El menú confeccionado para la cena que ha de servirse, es exquisito; las familias que no deseen cenar y si quieren tener mesas reservadas para disfrutar cómodamente de la fiesta, también pueden hacerlo; y los que deseen ir solamente a disfrutar de las delicias del baile, también puedan hacerlo así. La Comisión de Fiestas, ha tenido en cuenta todos los detalles.

La música, confiada a dos renombradas orquestas; la gran pista de baile, una de las mayores de América; el grato ambiente que se percibe en el Club de Ferreteros, sus comodidades y facilidades para una fiesta como esa, serán también factores de éxito que ha de alcanzar esta fiesta. Y por si ello fuese poco, habrá un interesante show en el



Silvia Hernández, exquisita artista cubana que partirá en breve hacia la ciudad de Buenos Aires, ventajosamente contratada para actuar en el teatro "Gardel", el Buró Artístico Deportivo. Participamos éxitos a la bella artista criolla.

Repartirá Juguetes el Lyceum en Reyes a los Niños de La Habana

Para los niños a quienes los «reyes» no visitan en sus hogares el Lyceum hará un reparto de juguetes, ropas, golosinas, etc., a fin de que se ha hecho un llamamiento a las asociadas, a fin de que contribuyan a ese empeño.

que tomarán parte los más destacados artistas de la radio y el teatro. Para informes, pueden utilizar los teléfonos L3001 y U 5237.

Suscríbese a EL PAIS

teatro «Bianquita», actuación en...

ARRIBARON LAS CIEN BELLEZAS DE LOU WALTERS QUE INAUGURARAN EL GRAN TEATRO "BLANQUITA"



Procedentes de los Estados Unidos, y para dejar inaugurado el próximo viernes día 30 el gran teatro «Blanquita», arribaron en

la mañana de hoy a esta capital, las cien bellezas que integran el formidable espectáculo de Lou Walter, el famoso empresario nor-

teamericano. La presente composición gráfica capta dos aspectos del recibimiento a las esculturales «girls», del magno evento «De

New York a Paris», que asombrará a toda La Habana. En primer plano, instante en que las es-

trellas de Lou Walters descrendían de uno de los aviones que las condujeron a La Habana. En segundo lugar, cuando posaban es-

pecialmente para EL PAIS, con el deslumbramiento de la belleza y el garbo que ha hecho famosas a las muchachas de Lou Walters.

«De New York a Paris», será una revista inolvidable, un espectáculo que dejará huella en la vida artística cubana

BAUTIZO, ESTA MAÑANA, DEL GRAN TEATRO "BLANQUITA".



Los niños Blanquita y Alfredo Izaguirre y Rivas, que actuaron como padrinos en la ceremonia íntima del bautizo del gran teatro «Blanquita», de Miramar, construido como un aporte a la cultura artística de Cuba por el ilustre senador Alfredo Hornedo y Suárez; los padres de los graciosos infantes, señora Rosa Rivas de Izaguirre y Alfredo Izaguirre Hornedo y monseñor Alfredo Llaguno, que bautizó el gran coliseo, reunidos junto al busto de la inolvidable dama Blanquita Maruri de Hornedo, en memoria de la cual ha sido erigido este monumental templo del arte cubano.

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

ASPECTOS DE LA CEREMONIA DEL BAUTIZO



Dos aspectos de la ceremonia del bautizo, celebrado esta mañana, del gran teatro Blanquita, en Mi-

ramar, erigido por el ilustre senador señor Alfredo Hornedo y que será inaugurado el próximo

día 30. A la izquierda, los padrinos que actuaron en el bautizo niños Blanquita y Alfredo Izagu-

Tablas y Pantalla

LA APERTURA DEL TEATRO BLANQUITA

Desde hace no menos de seis u ocho años se ha repetido en todos los tonos la necesidad de que La Habana contara con un gran teatro, semejante a los existentes en Estados Unidos y otros países. Con un millón de habitantes y un número relativamente reducido de salas la ciudad demandaba un local de amplias proporciones, capaz de permitir la presentación a precios reducidos de espectáculos costosos por sus dimensiones y calidad.

Nadie ha discutido nunca la cuestión, aceptada como incontrovertible por ser producto de una realidad objetiva fácilmente apreciable aún por el más lerdo. Sin embargo, no surgía el hombre arrestado dueño de los cuantiosos recursos demandados por tal empeño. El senador Alfredo Hornedo ha sido ese sagaz hombre de empresa. A su clara visión y al generoso deseo de servir a la ciudad en nombre de un claro y férvido recuerdo, debemos la erección del gran teatro demandado por La Habana, largamente anhelado por todos.

La noche del viernes abrió sus puertas el teatro Blanquita, colmado por una enorme concurrencia que hizo lucir pequeño, digamos así, ese gran coliseo de Miramar.

Una marquesina de gran vuelo corre sobre el extenso frente en el que se abren numerosas puertas de cristales que dan acceso al amplio "foyer", del cual parten las entradas al patio de lunetas. Este, con una longitud y anchura que recuerdan las de los mayores teatros del mundo, se divide en dos planos sobre el último de los cuales está situado el espacioso balcón.

El ancho y profundo escenario responde a la enorme capacidad de seis mil espectadores. Pero además de esas dimensiones es un ejemplo de eficacia técnica, sobre todo en el orden de las luces, quedó probado en la función inaugural.

Diversas razones nos impiden detallar las características del extraordinario coliseo, pero no queremos dejar de señalar cómo el costoso y valiente empeño debe tener la más decisiva influencia en la vida teatral habanera. Ese es el criterio de dos talentosos compañeros en el periodismo, Francisco Ichaos y Leandro García. Porque, en manos de un empresario de las condiciones del señor Hornedo ajeno al interés económico y comercial por sí mismo, dispuesto a propiciar al pueblo habanero la ocasión de gozar de grandes espectáculos a un precio muy moderado, un teatro de la capacidad del Blanquita puede, y debe, rendir una función social de importancia. Hay en Cuba, muy especialmente en La Habana, un verdadero interés por el teatro. Por el teatro bueno, en cualesquiera de los géneros escénico. Se desea ir al teatro, ver teatro, pero bueno. Y para ello es capaz la gente criolla de pagar más de lo permitido por las condiciones económicas de cada cual. No hay que subrayar la enorme medida en que el teatro Blanquita y el senador Hornedo pueden satisfacer ese afán popular, contribuyendo al propio tiempo a la superación del gusto y la cultura del medio.

El programa de apertura del Blanquita y de estas semanas iniciales, bajo la dirección del señor Lou Walters, consiste en la presentación de la revista musical De París a New York, dividida en dos actos y veintiún cuadros a cargo de un numeroso elenco de artistas europeos y americanos.

Algunos de esos números poseen notable calidad dentro de su clase. Otros, no tienen relevancia mayor; y no faltan artistas desprovistos de merecimiento real.

★ **Un acontecimiento artístico** *Sm*

VIERNES. 1º DE FEBRERO DE 1859

Sm
Este día fué estrenada en La Habana la ópera de Donizetti, "La Favorita", en el Teatro Tacón. En el espacio de 22 años, Donizetti había compuesto unas 50 óperas. El libro fué escrito por Alfonso Royer y Gustavo Vaiz. Se estrenó en el Gran Teatro de la Opera, de Paris, a fines de 1840, encomendada a la prima donna señora Stolz, al tenor Duprez, al baritono Borollhet y al bajo Levasseur. El libreto original es francés. Era de Francesco Jan-
netti la traducción que se represen-

tó en Milán, y traslada la acción a Sevilla y otros lugares de España, en lugar de Francia y Cesárea. "No es la música una obra maestra, pero hay piezas de mucho efecto y situaciones dramáticas interesantes", dijo un crítico habanero. "Siendo el asunto español, no tiene una sola página con colorido nacional. La música es de carácter italiano y en algunos casos francesa, pocas veces originales. La ópera tiene una gran sinfonia bastante original, de la cual sólo se ha tocado el primer tiempo lento, en obsequio, sin duda, de la brevedad" La crítica, en el estreno, elogió la romanza del tenor, "muy expresiva y tierna", imitación de los romances franceses; el coro de la dama, "muy lindo y gracioso", el dúo de la tiple y el

tenor, "bellísimo, primo hermano de todos los dúos de maestro"; el final del segundo acto, con el cuarteto y coro "bellísimo, solemne, bien trabajado, bastante original y de grande efecto". El público se entusiasmó en la cabeletta del dúo final, a cargo de la señora Steffanone y señor Salvi, aquella excelente cantatriz y artista dramática. En resumen, un crítico dijo: "La ópera no

ha hecho fiasco ni tampoco ha hecho furor". "La Favorita" al ser estrenada en La Habana, fué cantada por los siguientes artistas: "Elda", señora Steffenone; "Ida", señora Bellini; "El Rey", César Badiali; "Gilberto", señor Salvi; "Everando", Marini; "Godofredo", Baratuni; "Un criado", Martinelli.

Sm, Jan 5/59

Cuando al teatro "Capitolio" se le cambió el nombre por el de "Campoamor"

Por ENRIQUE AGUERO HIDALGO (HISTORIADOR DEL CINE EN CUBA)

EN esta encantadora ciudad de La Habana, situado en la esquina de San José e Industria, existe un moderno coliseo que goza de la originalidad de ostentar en su fachada dos distintos nombres.

En la misma esquina por donde tiene precisamente su entrada principal el edificio, en lo cimero, junto a la cornisa, exhibe en relieve el nombre primitivo. Teatro Capitolio. Sobre la puerta, pintado en color oscuro y en grandes caracteres, se destaca otro nombre al igual que en los dos anuncios lumínicos que sobresalen por cada una de las dos citadas calles: Campoamor.

Al entrar en el vestíbulo se nota en lo alto, como principal adorno, un lienzo pictórico donde preside la venerable efigie del siempre bien recordado poeta de otra época más romántica, el famoso asturiano que fuera autor de versos tan sublimes como sus originales Doloras y los poemas El Tren Expreso y ¡Quién Supiera Escribir! Nos referimos a Don Ramón de Campoamor.

Pues bien; para satisfacer la curiosidad que despierta la originalidad que significamos permítasenos recordar ciertos acontecimientos que guardan relación con la historia del actual Teatro Campoamor y del que existió donde está el Palacio del Centro Asturiano, dando su frente a la calle de San Rafael.

En ese mismo sitio había existido el Teatro Albisu, que por muchos años había presentado el espectáculo inolvidable de las zarzuelas españolas y llegándosele a considerar como la catedral del género chico. Adquirido Albisu por el Centro Asturiano, fué derribado para dar paso a un coliseo más moderno ya que el anterior existía desde el 17 de diciembre de 1870.

Al siguiente día el cronista teatral de El Mundo mencionaba entre otras frases:

Y con el nombre de Campoamor fué inaugurado el 17 de noviembre de 1915, con la asistencia del Presidente de la República, Mario G. Menocal, el Gobernador Pedro Bustillo, el Alcalde Fernando Freyre de Andrade y el Ministro de España en Cuba Alfredo de Mariátegui. Tomó participación en tan solemne acto la Banda Municipal dirigida por el maestro Guillermo Tomás. Fué ofrecida la representación de "Marina", por una notable compañía de zarzuela, donde figuraba principalmente la tiple Amparo Romo.

En el intermedio del primero al segundo acto, en el escenario fué firmada el acta de la inauguración oficial por el Alcalde Municipal, el presidente del Centro Asturiano Vicente Fernández Riaño, el ingeniero constructor del teatro Ricardo Martínez y dando fe el notario Enrique Raig.

"En suma: un buen comienzo de temporada y un motivo de orgullo para la colonia asturiana, que ya tiene en "Campoamor" un teatro que por su elegancia indiscutible, es digno de los hijos de Asturias que con nosotros conviven y a quienes la prosperidad de nuestro país debe tan relevantes servicios".

En abril de 1916 presentó este teatro por vez primera el espectáculo de cine. A partir de entonces lo alternó con el de presentación de compañías teatrales de distinta índole, hasta que consagrándose exclusivamente a exhibiciones, llegó a constituir a través de los años el cine más elegante de La Habana.

Llegó el año 1921. Frente a los terrenos que fueron del Ferrocarril de Villanueva, en la esquina de San José e Industria y en el mismo sitio donde había un año lo ocupaban unas miserables casuchas, se embellece ese lugar céntrico de nuestra ciudad, y surge un moderno coliseo ostentando en lo más alto, esas mismas sobresalientes letras que aún de-

nuncian su nombre: Teatro Capitolio.

Los populares empresarios Santos y Artigas lo habían hecho construir y significaba un colosal esfuerzo de ellos, sin economizar gastos ni energías, a pesar de las dificultades de la época. Ellos así se expresaban en la prensa diaria al lograr tan ansiado propósito:

"Ya tiene La Habana un Teatro Palacio. Ya hemos pagado una deuda que nosotros mismos nos habíamos impuesto: hacer algo que demostrara al público nuestra inmensa gratitud por el continuo favor que dispensan a todos nuestros esfuerzos, a todas nuestras empresas".

El 20 de octubre de 1921 fué inaugurado oficialmente el Teatro Capitolio con la presencia del Presidente de la República doctor Alfredo Zayas. En nombre de Santos y Artigas habló Eduardo Dolz.

En escena fueron ofrecidas las siguientes interpretaciones: La zarzuela Felipe Segundo, por la compañía del Teatro Actualidades; la opereta La Niña de los Besos, por la compañía de Velascó del Teatro Martí; el actor Alejan-

7

2/

Fdrio Garrido, director de la compañía del Teatro de la Comedia, representó el monólogo de Joaquín Dicenta, El Tío Gervasio, y la compañía del Teatro Alhambra finalizó la función con el sainete Delirio de Automóvil.

Ese día en la prensa diaria había aparecido la siguiente recomendación:

"Nota: La empresa ruega a todos sus amigos que durante los primeros quince días se abstengan de pedir pases de favor. Para ellos no es un gran sacrificio pagar sus tickets, para Santos y Artigas sí lo ha sido construir un teatro de categoría.

Efectivamente que representó un "tour de force" para ellos, pues su costo fué de \$300,000.

Al siguiente día a la una y media comenzó el espectáculo cinematográfico con las películas El Puñal Ensangrentado y Contra Viento y Marea, exhibiéndose además el breve film documental titulado "Dónde y cómo se construyó el Capitolio".

A partir de entonces, este teatro también alternó sus espectáculos escénicos y de cine en competencia feliz con los demás coliseos habaneros.

El día 23 de octubre de 1913 el Teatro Campoamor estrenaba "La Novia del Aviador", película protagonizada por Pina Menichelli y distribuida por Santos y Artigas. A las ocho de la mañana del siguiente día comenzó un fuego de grandes

proporciones en la manzana que ocupaba el Centro Asturiano y el Teatro, al igual que otros establecimientos entre ellos las oficinas de la Universal Film, dedicada al giro de distribución. Aunque la manzana que ocupaba el edificio quedó casi destruída, el Teatro Campoamor sufrió pocos desperfectos. A poco, continuó ofreciendo su espectáculo de cine, cada vez con más auge, hasta que surge la decisión de la directiva del Centro Asturiano, que acuerda en junta que celebra el 7 de enero de 1925, el cierre de Campoamor para el 15 de ese mes, para proceder a derribarlo y fabricar el palacio que hoy luce con orgullo ese centro regional.

Se prorrogó ese plazo hasta tres días después y el domingo 18 ofreció su última función de cine exhibiéndose la película "Seis Días", por Corinne Griffith y Frank Mayo, presentada en estreno por los distribuidores Carrerá y Medina.

Ante tal disyuntiva del cese obligatorio de Campoamor interrumpiendo así su tan feliz temporada de alto cine que en él se había afianzado con tanto arraigo, he aquí que surge una idea feliz que encontró gran comprensión y acogida para ponerla en práctica acto seguido, según por lo que se desprende de un anuncio publicado a cuatro columnas en los periódicos, por varios días, a partir del 17 de enero:

Campoamor ha muerto!! Viva Campoamor!!

"Conforme a los viejos usos que prevan en las cortes europeas y que al grito de: "¡el Rey ha muerto!" dicho en alta voz por el jefe de la casa militar o chambelán de servicio con gesto compungido, hacen suceder el de "¡Viva el Rey!"; queriendo significar así que ape-

nas ha ocurrido un tránsito fatal e indispensable, la empresa del teatro "Campoamor", es decir del templo máximo de la cinematografía en nuestra capital, dirá dentro de breves días: "¡Campoamor ha muerto!" "¡Viva Campoamor!"

"Esto merece una explicación detallada. Como sabe el público y más todavía los fieles del teatro antes dicho, que constituyen legión, "Campoamor", el "Campoamor" actual, caerá dentro de poco bajo los golpes de la piqueta demoleadora... Pero la empresa, con gallardo entusiasmo, ha determinado que "Campoamor" —su obra y su cariño de años— no muera. ¿Cómo permitir que caiga porque sí ese gentil punto de reunión de lo más distinguido de nuestra sociedad?...

"Al efecto, la empresa ha llegado a un acuerdo con los dueños del que hasta estos momentos se denomina teatro "Capitolio" y mediante él "Capitolio" pasará dentro de pocos días a denominarse "Campoamor", trasladándose así el espíritu de un coliseo al otro.

"¿No es perfectamente comprensible ahora nuestra frase: "¡Campoamor ha muerto!" "¡Viva Campoamor!"

"El día 26, pues, comenzará el nuevo "Campoamor" a celebrar sus tandas habituales, con las mismas películas, el mismo personal, las mismas lunetas y la gran orquesta del maestro Gonzalo Roig.

"Se inaugura con la cinta "Beau Brummell" o "El Ídolo de las Mujeres", por John Barrymore.

"Quede impuesto el público de La Habana de particular tan importante".

★

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

EL DOMINGO 25 celebró su última función ese teatro con el nombre de Capitolio presentando la película "Dinamita Smith", por Charles Ray.

Al siguiente día en los periódicos se publicaba la siguiente información:

"El nuevo Campoamor. Ya Capitolio no existe.

"A las doce de la noche pasada dejó ese nombre el coliseo que está situado en Industria y San José para tomar el de Campoamor.

"Se debe esto a que lo ha tomado la empresa que controló el que antiguamente así se llamaba y que será derribado por acuerdo asombroso, para construir el Palacio del Centro Asturiano, que será un portento de arquitectura y un nuevo orgullo de nuestra ciudad.

"Quiere decir esto que la empresa Poli, tan ventajosamente conocida, que tantas garantías ofrece al público, dirigirá los destinos del que hasta ayer fué teatro Capitolio.

"Como que Capitolio no funcionará con el nombre de Campoamor hasta que no se realicen algunas reformas que lo harán ganar mucho en confort y elegancia, la fiesta que podríamos llamar de "bautismo" no se efectuará hasta el 29, a pesar de que primero se pensó en el día de hoy".

Y en efecto: el 29 se llevó a caba la inauguración de la temporada con el nuevo nombre, ofreciéndose en las tandas elegantes de 5¼ y 9½ en estreno la película ofrecida "Beau Brummel", que era una extraordinaria presentación Fernández con derechos controlados por la Compañía Cinematográfica Cubana. Fué exhibida con el acompañamiento de música clásica especialmente adoptada, interpretada por una orquesta de veinticinco profesores bajo la dirección del maestro Gonzalo Roig.

Y cuando al transcurrir de los días, el 28 de marzo de ese año venía al suelo derribada, la última columna del portal del Teatro Campoamor, que ya había desaparecido completamente, el fiel propósito de Fernando Poli, el último empresario que lo había regentado, estaba totalmente logrado: "trasladar el espíritu de un coliseo a otro".

Cinema,



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



El histórico Teatro de Villanueva, sede del género popular cubano, donde ocurrió la trágica función del 22 de enero de 1869.

Antecedente del cine en la Habana

1816, 13 Dic. 286 r)

Se da cuenta de oficio del Gobernador pasando al Ayuntamiento instancia de Don Antonio Guerrero "dueño de la diversion nombrada Dioptrica o Camara obscura" solicitando permiso para exhibirla ("nuevo permiso") en los pueblos del interior.

Vease la instancia en el tomo "Documentos" de este año.

1817, 31 Enero (Fol. 320 v).

Oficio del Gob. trasladando petición de D. Jose Ceija sobre que se le de permiso para abrir una curiosa diversion titulada Camara obscura o Gabinete de Copia (sic. ¿Por "Optica"?) portatil".

Se acuerdo que para informe al sindico Proc, grañ.

id. 7 de Febrero (Fol. 334 v- 335 r)

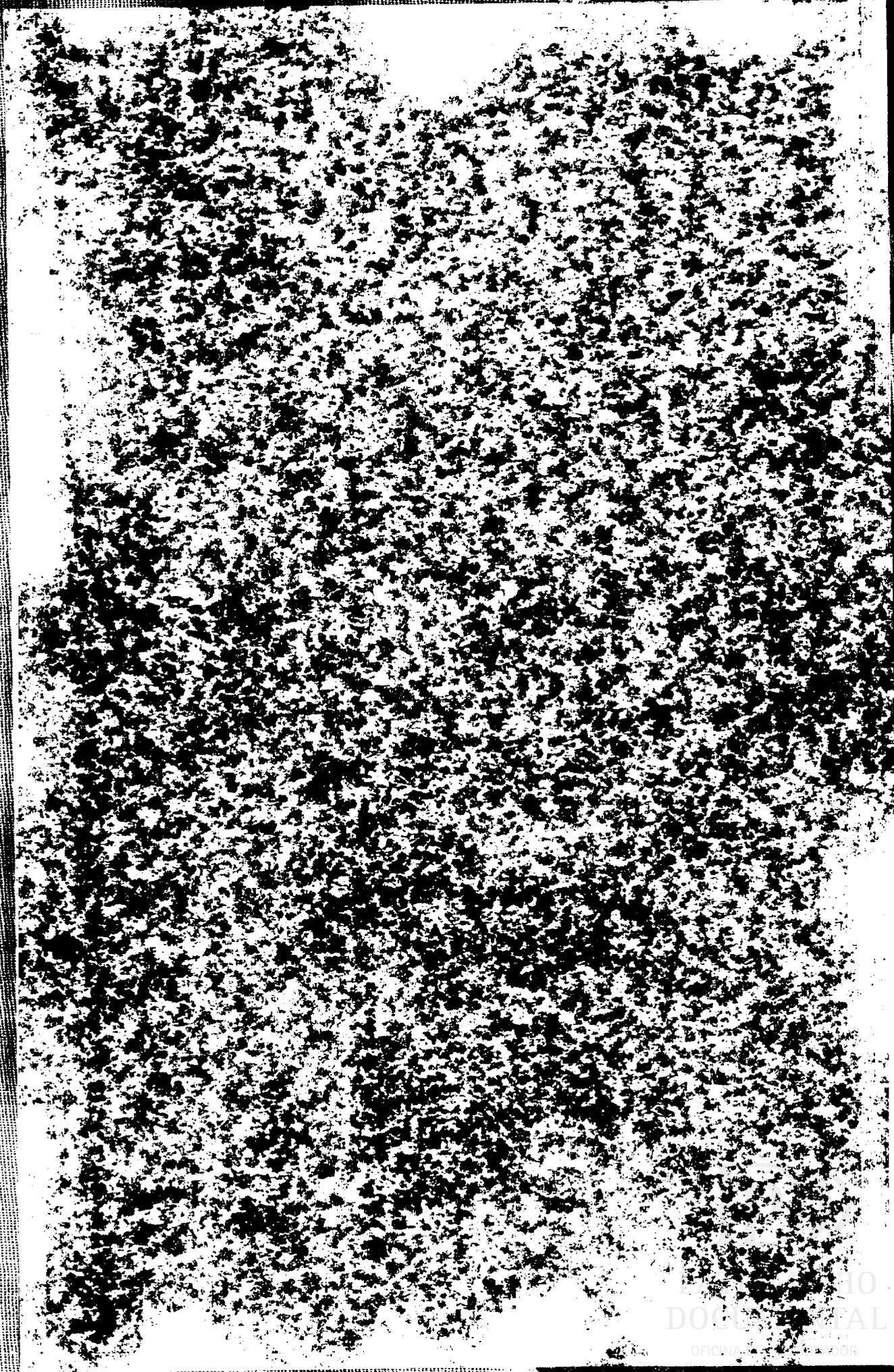
Informe del sindico sobre la maquina ~~xx~~ expresada. Se trata de una maquina que ha formado "la cual es en su efecto semejante a la que aqui conocemos con el título de Totilimundi o Mundinovi aunque con la particularidad de copiarse cualquier fachada de edificio, ciudad, campaña etc".

Ofrece la cuarta o quinta parte de la recaudacion para premios a los niños que mas se distinguan en las escuelas.

Se concede la licencia y que el sindico se ponga de acuerdo con el interesado para la contribucion.

1817, 25 Abril (Fol. 395 v y 396 r)

El sindico informa, para que se pueda fijar la contribucion por el espectáculo,



NO.
DOCUMENTAL
ORIGINAL

